

462-3

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 20-26 diciembre 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - Il. Época - Núm. 577 Depósito legal: M. 5.869 - 1946

FIESTA DE TODOS, EN LA QUE TODOS PARTICIPAN





*** AL PRIMER SINTOMA...**

El primer síntoma es la llamada que a las personas prudentes apercibe contra la amenaza.

Quienes desoyen los avisos de la Naturaleza, suelen lamentarse después diciendo que el catarro "llegó de improviso". Por precaución, y hasta por estética, no se deje sorprender del estornudo, la destilación nasal o la ronquera.

El más eficaz coadyuvante de los antibióticos.

EUBRONQUIOL

AFECCIONES DE LAS VIAS RESPIRATORIAS

LA NAVIDAD LLAMA A LA PUERTA

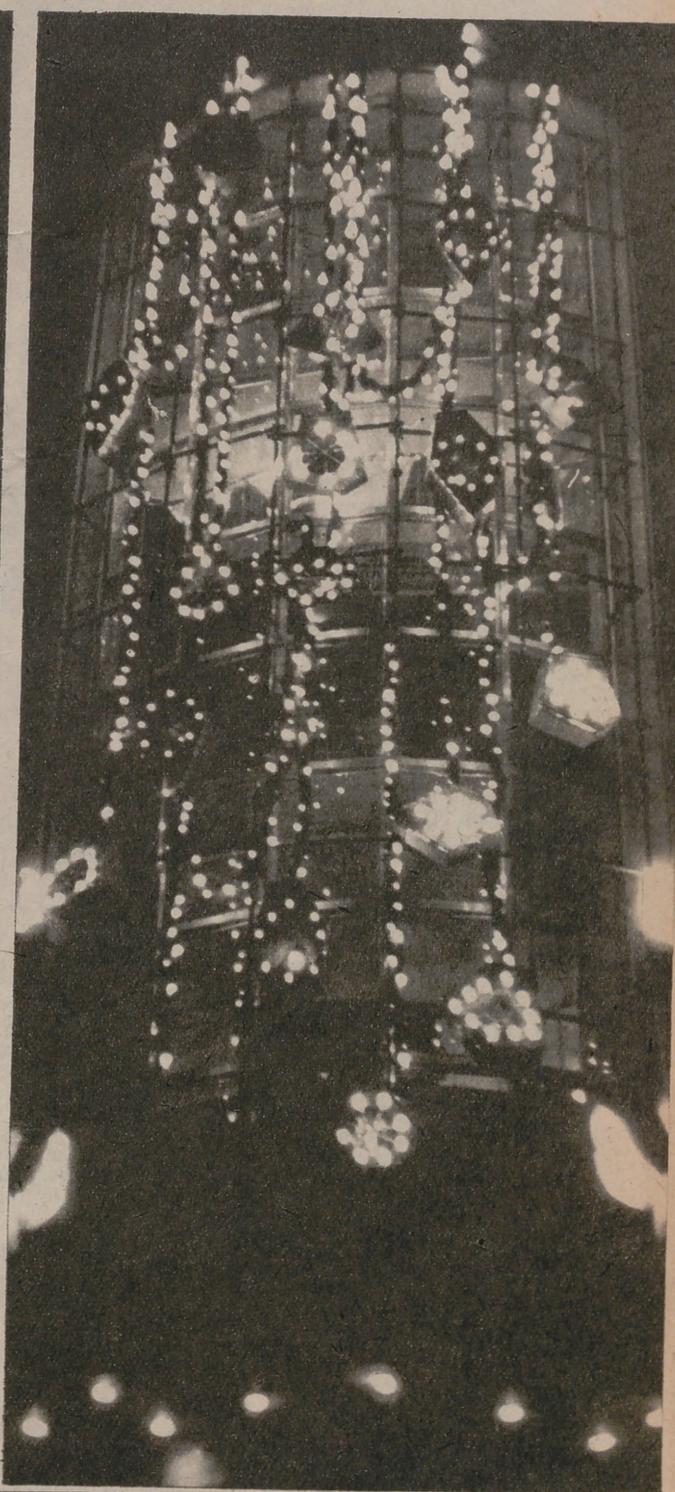
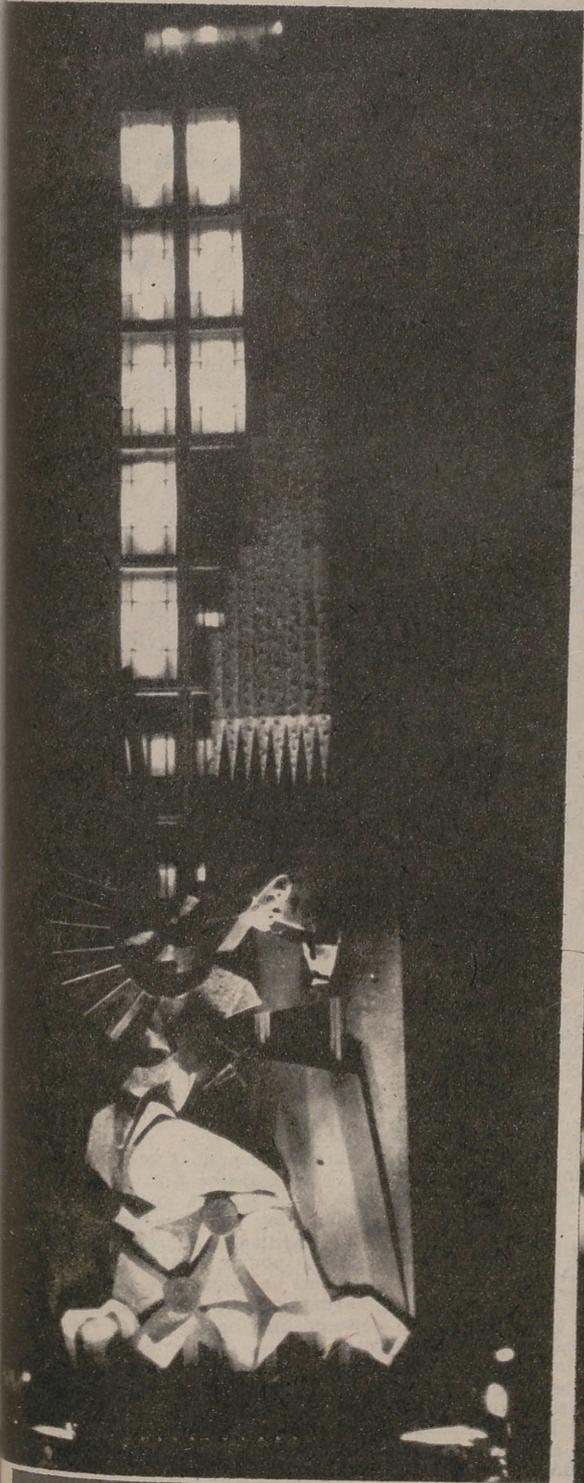
FIESTA DE TODOS EN LA QUE TODOS PARTICIPAN

YA de capa caída el otoño, el alegre zunzuneo de las panderetas navideñas empieza a levantar por las villas y pueblos de España. Tras la cena, las noches peladas de diciembre, con las es-

trellas más limpias que nunca, regalan siempre ocasión tibia para armar la marimorena de los villancicos al calor de la lumbre del fogón, apiñada la familia en torno a la mesa camilla o des-

parramada en el cuarto de estar. Fuera, araña el frío.

De cabo a rabo, el mapa peninsular suele verse en las visperas navideñas barrido por rachas heladas del Norte. El juego del



Los grandes comercios estrenan todos los años decoraciones apropiadas al simbolismo de la Navidad. Luces, colores, músicas en la calle para la gran fiesta anual.

cielo, en buena ley de cabañuelas, baraja siempre por estas fechas vientos, nieves y fríos calmos; se espabilan así cariños en la familia y la cita próxima con la Nochebuena abre la espita al corazón de pastorcillo en el Portal que los españoles llevan dentro.

Es la hora de los villancicos. Los aparatos de radio no paran. Noche y día se dejan oír en las casas, en los altavoces de los comercios vestidos de colorín y cadenetitas; en las mismas calles incluso, volcadas de gente ajetreada y risueña, con dinero fresco, que se entrega alborozada a la feria rumbona de la Navidad.

Toda una teoría de recetas domésticas despierta en la familia española cuando el calendario se acerca rápido a la Nochebuena. Una teoría que, como casi siempre, saca a flor en recetas culinarias y encuentra decorado, música y sonrisa propia. Es, ni más ni más, la gran fiesta española, la que hace echar las campanas del corazón al vuelo celebrando con todo el derroche de entusiasmo que puede la venida al mundo del Niño Dios.

ESCENOGRAFIA DE LA NAVIDAD

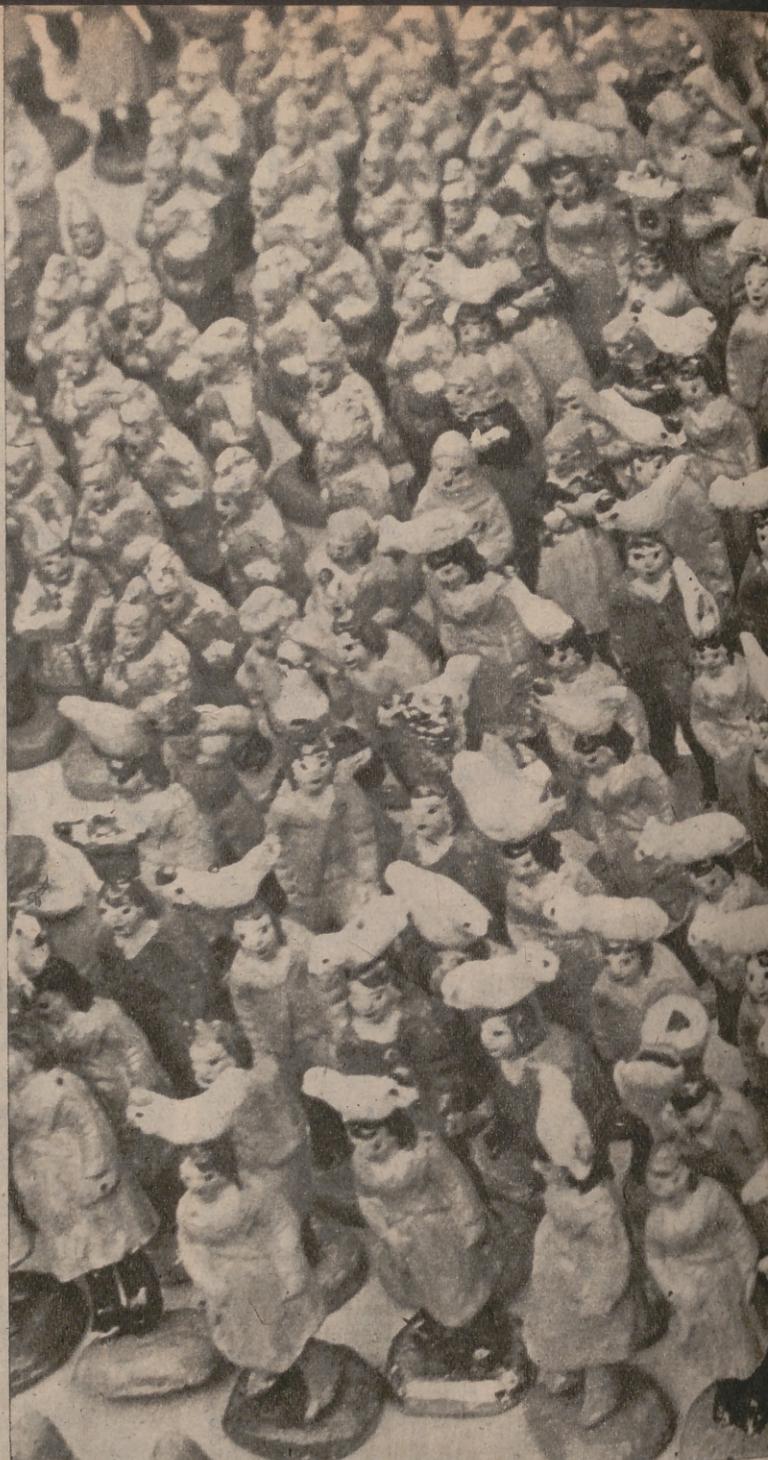
En la Navidad no hay tramoya que valga. Se entra, se vive en ella o nada. Pero por fuera ya se sabe, tiene su escenografía, su liturgia profana —con profundo sentido religioso en lo hondo— que va desde la juguetería del día de Reyes a los confites hogareños, el Belén casero que no debe faltar, el muestrario sin término de los llamados adornos navideños, el pavo y los «árboles de Papá Noel» ahora de moda.

Sin embargo, el Belén es el eje de todo en la cara doméstica de la Navidad española. El Belén tiene historia en nuestra Patria —aunque a más de uno sorprenda— no demasiado lejana. Se remonta a los días de aquel Rey arquitecto, excelente Alcalde, buen padre y mejor gobernante, que la Historia conoce con el nombre de Carlos III. Don Carlos, durante su etapa de Rey de Nápoles, se encariñó con los «presepios», que no eran otra cosa sino figuritas de barro representando a pastores entre la Virgen, San José y el Niño. Eran verdaderos Belenes como los de hoy.

A Carlos III le gustó ver a los napolitanos cantando en torno a los «presepios», le emocionó también saber que no había casa en la ciudad del Vesubio en la que, gracias a unas cuantas figuritas de barro puestas entre hierbas y trapos encalados, la gente no «viera» realmente a Dios venir al mundo, aparecer ángeles, acercarse los pastores cantando y bailando al Niño, llorar rocío la Virgen, en tanto San José, con su vara de nardo en mano, permanecía filosófico al lado.

Cuando llegó al Trono de España, Carlos III mandó organizar en Palacio el «Belén del Príncipe», para que sus hijos los principitos y las infantitas cantaran con villancicos y también para que a los españoles se le encandilaran los ojos y se les abriera el corazón con la escena real de la venida de Dios al mundo.

Así empezó la hermosa afición hogareña de montar Belenes en



España. Antes ya los había habido, sin embargo. En muchas iglesias españolas se encuentran altares con escenas del Nacimiento de Jesús, y en algunas regiones se tenía la costumbre de montar un «misterio» con el Niño, San José y la Virgen, la burrita y el buey incluso, donde se cantaba de lo lindo por la Nochebuena.

SOLERA DE LOS FIGURINES ESPAÑOLES DE BELÉN

Pero un Belén, un Belén como hoy lo entendemos, hasta los tiempos de Carlos III no fue construido en nuestra Patria. La costumbre se extendió por todas las tierras españolas, repitiéndose año tras año, siglo tras siglo, y fue incorporando las novedades que los adelantos técnicos ofrecieron. Hoy, los Nacimientos de importancia se llevan tanto de

cables eléctricos como musgo en las orillas de sus ríos de miniatura; tantas hojas de papel plata como cal y algodón simulando nieve; sin embargo, lo esencial viene siendo lo mismo, las figuras.

Las figuras de Nacimiento tienen en España una solera sólo equiparable a la que gozan en Italia. Hoy su fabricación se ha estandarizado bastante. Sólo un experto podría distinguir las elaboradas en tierras de Levante, de las catalanas o andaluzas. Se ha creado un tipo de pastor —el dieciochesco—, con medias, calzón corto, sombrero de ala vuelta y chaleco de pieles; los Reyes Magos son reyes medievales a los que no falta más que la espada, y San José, la Virgen y el Niño Dios, con su piernecita levantada, en el pesebre de finas virutas, responden también a una interpretación dieciochesca.

INTERPRETACION POPULAR DE LOS PERSONAJES

Sin embargo, en los primeros tiempos de los Nacimientos en España no fue así. Al divulgarse, nació una interpretación popular de los personajes, acorde con la especial manera de entender el «Misterio» cada región española. Así hubo un tiempo en que las figuritas de Nacimiento catalanes llevaban todas barretina, las levantineñas traje típico de valenciano, las murcianas el sombrero y los típicos de la Huerta, las andaluzas, zahones de caballista y sombrero catite de bandolero y todo.

Después, esto desapareció; pero aún es fácil encontrar recuerdos, si se fija uno bien, en el Rastro madrileño por los días visperas de Navidad, en la Feria de Belenes barcelonesa, o cual-

quier otro rincón de nuestras ciudades donde la gente feriante llegue con su quebradiza mercancía de figuritas, sus tenderetes, sus bártulos asomando almohadillado de virutas por todas partes, lista a dar salida a regimientos y regimientos de pacíficos soldaditos de Navidad, con avejas y corderitos al hombro para ir a ver al Niño Dios.

Todavía se puede encontrar un pastor rasgueando una guitarra o llevándola a la espalda en una figura que lleve en su peana el sello de Jaén. Aun el traje típico valenciano asoma en algunas figuras, más o menos adulterado y si encuentra un pastor que lleva gaita al hombro no hay que dudar que, puesto al revés, llevará en la base de su alma de barro la marca de un alfarero gallego.

Esto, a lo que toca a las «culturas» con firma, las caras, las

Las figuras de barro de los tradicionales Nacimientos, alegría de la familia española

que se cotizan hasta setenta y cien pesetas unidad. En las otras, la masa de las anónimas y cuneras, las pequeñitas que tienen por nariz un pellizco rápido en el barro, las orejas son dos y el pelo un brochazo, la similitud es completa. A base de años y años haciendo los alfareros de toda España modelos de Nacimiento y copiarse unos a otros, han creado un estilo totalmente homogéneo.

MUCHAS FAMILIAS TRABAJAN PARA LA NAVIDAD

Es difícil saber el número de gentes que se dedican hoy al Belén como negocio. La razón es muy sencilla. Desde el punto de vista sindical, pueden elaborar y

vender figuritas todos los alfareros de España. Y unos se dedican a ellos y otros no, según.

Sin embargo, no son sólo talleres sindicados de ceramistas y alfareros los que se dedican al bonito menester de modelar figurillas de Belén. En la región levantina, principalmente, se cuentan por centenares las familias en los pueblos que durante los meses del otoño fabrican figuras de Nacimiento en sus casas, que luego venden a los talleres.

La actividad reviste dos caras laborales: hay familia en Murcia, en Alicante, en Valencia, en las cuatro provincias catalanas, que se dedican a ello por entero todo el otoño, trocado después el menester por otros de alfarería y artesanía en general. En cambio, también se da la familia levantina que fabrica figuritas de Belén un poco por "sport", es decir, en horas libres y por ayudarse a pasar mejor las Navidades. El marido va a la alfarería y trae el barro fino, ya bien amasado. La madre distribuye las pellas, los niños hacen pastores, las hermanas se especializan en pastorcillos con una cesta de manzanas en la cabeza; el hermano mayor, angelitos para colgar en el Portal, con un cartel ondulado que diga "Gloria in excelsis Deo", y el que más maña se dé, las figuras de San José, la Virgen, los Reyes Magos y el Niño Dios.

Pasadas las figuras por el horno, apartadas las averiadas, aquellas que dejan ver entre rajaduras sus esqueletos de alambre, las que se torcieron una pierna al secar

o que, con el calor, la cabeza se les fue, son eliminadas. El resto, a brochazo rápido, son pintadas y comienzan su peregrinación comercial. Pasan a los distribuidores, que suelen ser los mismos de la juguetería infantil. De éstos a los bazares baratos y a la gente de feria que monta sus tinglados en la plaza Mayor de los pueblos, a la puerta de los mercados y en todo sitio donde niños y mayores puedan acercarse con sus ojos navideños.

En Madrid, esta gente feriante suele ser la misma del Rastro. Por estos días muchos abandonan sus muestrarios de objetos variados tendidos en el suelo y se acercan a la Puerta del Sol para desplegar sus figuritas bajo los soportales de la Plaza Mayor.

Todo esto, claro, en lo que toca a los pastorcillos populares, los de pellicco en el barro por nariz y brochazo en un santiamén. Luego está la figura de Nacimiento «artística», la realizada por un artesano especializado que sabe lo suyo de modelado y escultura; ésta consigue llegar hasta los escaparates de los bazares de lujo y venderse a precios bien altos.

LOS ARBOLES DE NAVIDAD, MAGIA INVERNAL

En estos tiempos la vocación por los Nacimientos, aunque bastante incrementada en relación con cualquier otra de época anterior, tiene carácter eminentemente popular, lo que justifica que cada año sean menos los bazares de lujo que ofrecen pastor-

cillos, Reyes Magos y "Misterios" de barro, a no ser que constituyan verdaderas obras de arte. Lo que priva en estas tiendas suelen ser los adornos para los llamados "árboles de Navidad" o "árboles de Papá Noel". Es ésta una costumbre del norte de Europa que ha venido ganando adeptos en nuestra Patria durante los últimos años, hasta llegar a constituir una verdadera amenaza de los tradicionales Nacimientos, sobre todo en cierta gente "snobista" de la sociedad.

El "árbol de Navidad", visto con imparcialidad, tiene muchos motivos para tener defensores. El primero de todos es el reducido espacio que ocupa. Se puede poner un árbol del tamaño que se quiera; todo depende del dinero que se esté dispuesto a gastar en él. En las viviendas modernas este problema del espacio es decisivo. El más reducido Nacimiento (a no ser que se limite al "Misterio" sólo) ocupa siempre un espacio dos o tres veces mayor que un "árbol" bien poblado de ramas.

La segunda razón para que los "árboles navideños" hayan sido plantados en las casas españolas está en lo fácil de su preparación. Un Nacimiento requiere siempre un montón de elementos diversos—serrín, musgo, pintura, cartón, telas, etc., etc.—; en cambio, con el "árbol" se solventa todo en un santiamén: todo se reduce a comprar por unos duros el trozo de pino, plantarlo en un flesto y colgar de sus ramas lo que se quiera.



Felicitaciones, una fórmula de cortesía para familiares amigos y conocidos



Cuidadosos colores sobre la figura; de las manos femeninas saldrá un Rey Mago

Y el Nacimiento exige además un gusto artístico, aunque sea elemental: jugar la carta de que "salga" o no, de que después de tanto trabajo y tantas horas todo resulte un fiasco. El "árbol" no presenta este problema. De sus ramas se puede colgar lo que se quiera y todo resulta bonito y espectacular. Es la ley del mínimo esfuerzo.

El "árbol de Navidad" es una abstracción, una fantasía. Ante él sólo cabe respirar el clima de ilusión, de magia invernal, que de sus ramas repletas de estrellas, de sus hilachas de algodón destilando cristales encendidos, se desprende como un aura de fantasía y sorpresa. Nada más. Difícilmente tiene en él sitio el villancico, la zambomba gorda que marca el rataplán, la pandereeta chillona, el corazón loco de los niños que con los ojos muy

filijos y mordiendo los labios ven a los pastorellos con sus ovejitas al hombro acercarse pasito a pasito hasta el Niño Dios, que tiene frío, entre San José, la Virgen, la burrita y el buey.

Peró como lo que manda es el gusto de las gentes, también en los últimos años ha prosperado una industria navideña dedicada por entero a decorar "árboles de Papá Noel". Barcelona, en esto, se ha llevado la palma. Los artesanos vidrieros catalanes, en muy pocos años han alcanzado maestría insuperable en la fabricación de finas bolas de cristal azogadas por dentro, estrellas, campanas, perlas, ovas, lágrimas, los mil chirimboles brillantes, en fin, que pueden colocarse entre las ramas de un pino enano de cuento, que lo mismo podía haber sido plantado por el buen anciano Papá Noel o San Nico-

lás, que surgido al conjuro de un hada, ésa es la verdad.

Los "árboles de Navidad", naturalmente, no evocan otra cosa que el dulce sentimiento humano de paz y amor que regala siempre la Navidad, nunca la raigambre religiosa de la festividad. De aquí que los Nacimientos tengan el calor auténtico de lo español, de lo que sabe rimar realismo con fantasía, profundo sentido religioso con arte y emoción humana. Lo uno es nórdico; lo segundo, latino, meridional. Ahí está la diferencia.

TAMBIEN EN EL ESTUDIO DE UN ARTISTA

La ilusión de la Navidad no sólo ha supuesto actividad para todos estos artesanos que durante tan señalados días laboran más que durante el resto del año.



La Navidad llega a la cocina. Las amas de casa se preparan con tiempo

Los artistas plásticos, tanto pintores como escultores, se sienten atraídos por la magia de las fechas más cordiales que la Humanidad conoce y se han dispuesto a realizar obras menores en intención, aunque la calidad sea tan depurada como si de mas al² tos empeños se tratase. Y es que el verdadero artista, aunque realice lo más mínimo e intrascendente, siempre imprime a su obra algo de ese espíritu superior que en él alienta.

Esto ha sucedido con las obras

Los dulces de la fiesta,urrones, mazapanes, un gran capítulo de exportaciones

que cuatro artistas exponen en estos días en el estudio de uno de ellos—César Manrique—, pintor canario que ha sabido aduñarse de los quemados y volcánicos contrastes de su isla natal—Arrecife—, llevándolos a la pintura en inquietantes gamas quemadas.

Junto con el pintor mencionado exponen sus obras, bajo el tema "El arte como un juego" (primera frase del texto del elegante catálogo), la ceramista Maud Westerdahl, el escultor Pablo Serrano y el pintor Fernando Mignoni. Toda la casa está convertida en una fastuosa fiesta de colores; estos cuatro artistas nos demuestran que aun es posible encontrar nuevas fór-

mulas tanto para la decoración de la casa en estos días navideños como en los objetos para regalo que es costumbre intercambiar, como en las felicitaciones que con el nombre de "christmas" ya hace años tomaron carta de naturaleza entre nosotros.

CUATRO PERSONALIDADES DISTINTAS

No es el primer año que se celebran estas Exposiciones privadas de artículos y novedades para la Navidad; ya en otras ocasiones, y en este mismo estudio, se habían reunido artistas y sus amigos y admiradores para fozar con los productos del ingenio y la habilidad artística.



En la de este año, cuatro personalidades muy distintas se conjuntan y complementan. Maud Westerdahl, ceramista francesa, que trabaja el esmalte con primor y aplicado sobre joyas de hierro, consigue adornos para la mujer de gran originalidad. Maud tiene su taller en Tenerife y allí elabora sus obras, que luego expone en muy diversos rincones del mundo.

Del escultor Pablo Serrano se muestra una interesante colección de joyas realizadas con muy varios metales y procedimientos. La característica de estas realizaciones de orfebrería es que en ellas están ausentes las piedras preciosas, utilizando, por el contrario, guijarros y piedrecitas de río de pulimentada superficie. Con filamentos de oro, plata o simple alambre de cobre, el escultor ordena sus formas con el mismo cuidado que si de grandes esculturas se tratase; el sentido escultórico trasciende hasta de estas delicadas y fuertes a la vez joyas.

Felicitaciones con temas como si se tratase de grandes cuadros; ésta es la novedad que el pintor Fernando Mignoni aporta a la Exposición. En lo único que se diferencian estos "christmas" de los cuadros que el artista presenta en sus Exposiciones personales es en el tamaño; por lo demás, la misma temática de temas específicamente españoles: la campesina de rostro requemado, el torero de mirada lejana, el guitarrista, el cantor de flamenco... Figuras todas con las que está encariñado el pintor desarrolladas con perfiles de agresivo trazo y coloración limitada voluntariamente.

El dueño de la casa, César Manrique, ha logrado estilizar elegantemente los "árboles de la Navidad" con estructuras metálicas recubiertas de brillantes adornos. También presenta móviles de alegres metales que giran colgados del techo al menor soplo de aire; las bolas espejantes características de estas fechas cobran calidades planetarias o como de estrella que guía, sobre las fiestas familiares, a cuyo trabajo no sólo ya acuden los artesanos tradicionales, sino los artistas de consideración.

FIESTA TAMBIEN EN LA COCINA

Pero la Navidad conmemora la llegada al mundo del Hijo en el seno de una familia que casualmente se hallaba hace mil novecientos sesenta años en el pueblecito de Belén por ello la fiesta de la familia cristiana.

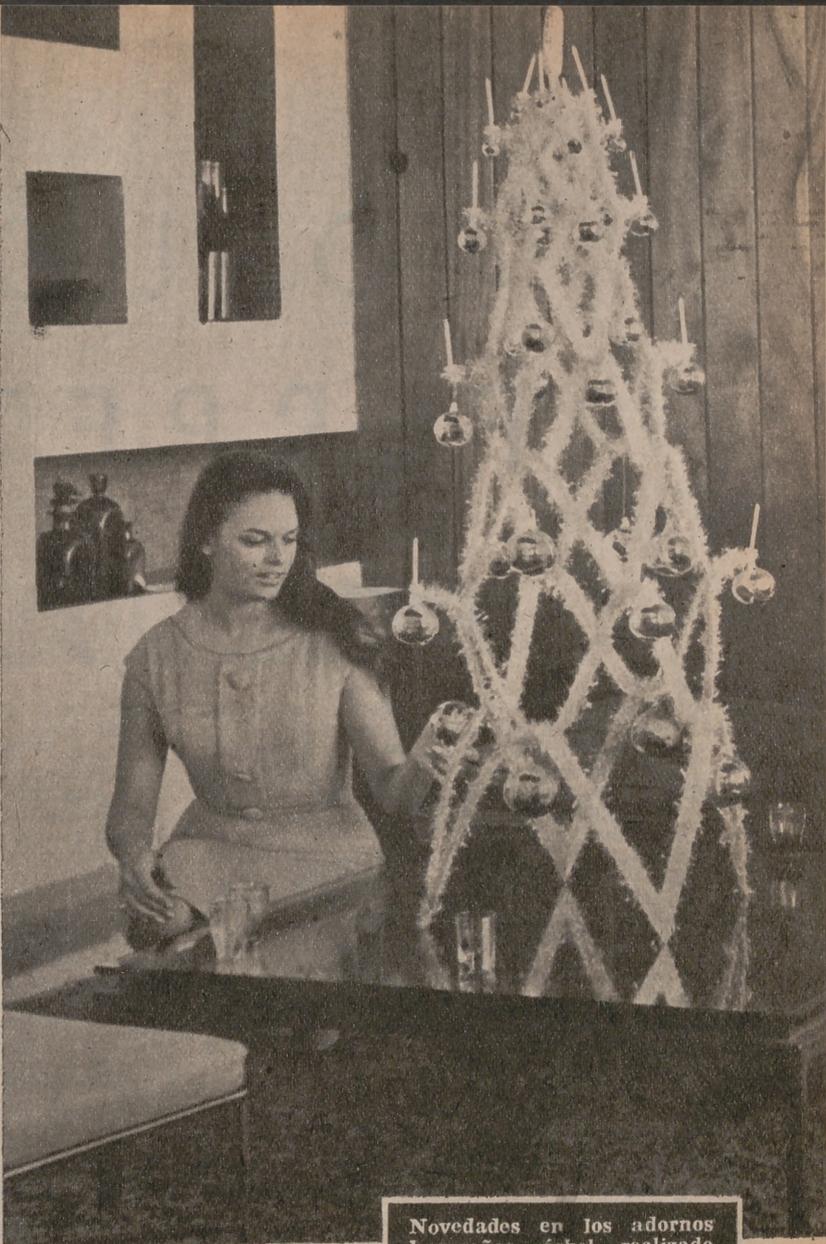
Los españoles la celebramos por eso en plan grande, en unión de los hijos, quien los tiene, o acudiendo a la cita en la mesa de los padres, quien puede hacerlo, para otra vez sentarse y recibir el calor del hogar. Vuelven los viejos guisos, el pavo solemne patas arriba, el champán de las grandes ocasiones y los brindis. Y se destapa la caja de los polvorones, sale al tapete la fuente de los pesiños, las tortas de manteca rociadas con azúcar menuda y canela, el vino dulce, el coñac, el turrón de almendras y el turrón de frutas, los alfajores, las rosquillas, el maza-

pán, las frutas en dulce...; toda la fina repostería española, sin miedo en la Nochebuena a lo que al día siguiente vendrá de resultas del atracón.

La misa de gallo es el contrapunto de esta sana orgía gastronómica. Pero también es misa de alborozo, misa con órgano a todo meter y coros entusiasmados, con mucho incienso triunfal aquí y allá, que por algo el Niño ha nacido ya.

FIESTA DE TODOS

Nadie podrá calcular nunca lo que los españoles consumimos en los días navideños. La razón es que desde un mes antes del 25 de diciembre, las "campanas de Navidad" comienzan en los comercios a todo tren. Nadie por eso sabrá nunca la cantidad de latas de alimentos en conserva que son abiertas en estos días, lo de chacina que se rebanda, los kilos de carnes de todas clases que se consumen, las cajas de turrón, de mazapán, de alfajores, mantecados, caramelos, bombones... Súmense a esto los rebafios de pavos que de las granjas y cortijadas llegan a las ciudades, el cordero pascual, los cochinitillos, las toneladas de pescados almacenadas en los frigoríficos y que de pronto son puestos en las tiendas; los miles y miles



Novedades en los adornos hogareños, árbol realizado con chapas metálicas y guirnaldas

de cajas de frutas y verduras necesarias para condimentar y, sobre todo, el río de vino necesario para digerir todo esto como Dios manda, con su acompañamiento de buenos licores.

Añádanse los cientos de millones de pesetas que se invierten en regalos, en juguetes, el día de Reyes; en correspondencia, en esa bonita innovación en la corteja navideña que son los "christmas", donde tanta ocasión tienen de lucirse los dibujantes españoles y maestros en Artes Gráficas.

Con la Semana Santa, la Navidad es la fecha entre las fechas en el mundo cristiano. En todas partes donde la palabra del Señor ha llegado, la semana última de diciembre hace plantar candelas de entusiasmo y espabila sentimientos que muchos no aciertan del todo a entender qué son. Es una mezcla entre piedad y melancolía, con mucha dosis de comprensión y ganas de sano jolgorio, que hace ver las cosas más con el corazón que con los ojos, como siempre debiera ser.

Y es que Dios ha nacido en un Portal de Belén.

Federico VILLAGRAN

DEUDA PERPETUA

Por T. CASTRILLO AGUADO

LA Cristiandad, aislándose de sus preocupaciones y sobresaltos, se entrega estos días al júbilo del Nacimiento—y de los Nacimientos—, eco del mensaje del ángel a los pastores de Belén: «No temáis; os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: Os ha nacido hoy un Salvador.»

La época sin fin de las heredadas esperanzas terminaba allí; mejor dicho, empalmaba allí con la era de la realidad, apenas entrevista, soporte de una «esperanza mejor», porque descansando en Cristo «no defrauda jamás», al decir de San Pablo.

Por eso en la conmemoración de aquella entrada de Cristo en el mundo y en la Historia nada más propio que unas reflexiones sobre lo que a la presencia de Cristo deben la Historia y el mundo.

Y no se trata de una frase más o menos bri-

llante, sino de una verdad que atañe a la sustancia misma de la crónica humana. Ni es tan sólo que la Historia habría de quedar mutilada al prescindir de la radiante figura de Jesucristo, bastante para llenar y caracterizar una época a la manera de los grandes personajes que en mayor o menor grado han contribuido a enaltecer y guiar a los pueblos en su marcha sobre la Tierra.

Entre éstos los hay, muchos en número, de cuya ausencia la Historia no se resentiría sensiblemente. De hecho, ¿cuántos, pese a cierto influjo en su tiempo y en sus civilizaciones respectivas, dicen tan poco y exigen mucho menos a la posteridad?

Aun desde este punto de vista Cristo no puede ser eliminado de la Historia. Diéronle entrada, si bien como a un meteoro, historiadores muy cercanos a él: el judío Flavio Josefo y los latinos Suetonio y Tácito. Mal informados, en total desorientación, algo presentían, sin embargo, de un mundo que fermentaba extrañamente bajo la sugestión de aquel Cristo condenado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato. Mundo que a poco—días y pluma de Tertuliano—iba a proporcionar la sorpresa de una sociedad cristiana bullidora y desbordante, con la excepción de los templos, poster baluarte y último patrimonio de aquel paganismo envejecido y desahuciado.

Movimiento de tal pujanza supone en su origen una figura colosal, capaz de este verdadero milagro sin ejemplo ni parangón en los tiempos precedentes y posteriores. Escamotear esta figura valdría tanto como cavar un abismo en los anales humanos y dejar inexplicable e inexplicable el acontecimiento más estupendo de los siglos.

Se puede creer o no en Cristo; lo que no cabe es ignorarle. Cristo y su obra—de la que es inseparable, porque en un sentido él mismo se identifica con ella—son dos realidades que además de pertenecer a la Historia se presentan en ella—y es la singular característica del caso—con una peregrina e inédita pretensión: o con El o contra El, sin términos medios. Y esto, so pena de haberlo perdido todo en relación con una vida inmortal, ultraterrena, cuyas llamadas no pueden por menos de escuchar el corazón y la conciencia. De ahí que no sea prudente ni correcto cerrar los ojos o pasar ante Cristo indiferentes y despreocupados.

La tragedia de tantos investigadores recientes del Evangelio, que se vieron de pronto cercados y aturridos por su luz, está en que paladines de la Historia se les volvieron de espaldas para esquivar las últimas consecuencias. El derroche de sus alabanzas, el acervo de páginas fulgurantes, la tromba de admiraciones extremadas, no logran enderezar las líneas torcidas de un dibujo de Cristo que se despega de la Historia. Con todo, véase que no pudieron concebir la Historia sin Cristo. Es algo. O mucho pesa la verdad.

Tampoco se requiere capacidad especial para

Suscríbase

a

«El Español»

El semanario gráfico
de mayor circulación

Administración:

PIÑAR, 5 - MADRID

calibrar otro hecho sobre el que sí debiera reflexionarse un poco más. La civilización humana, canalizada por los grandes Imperios de la antigüedad remota, para verterse después en el océano de la cultura griega y de la técnica romana, quieras o no, tuvo que acodarse en los cauces cristianos, donde iba a cambiar de espíritu y de nombre.

Aunque lo parezca, no es un tópico decir que el mundo civilizado vive sobre un subsuelo cristiano y en un clima de Evangelio, deudor en más o en menos al Cristianismo y a la Iglesia. Por mucho que se hayan volatilizado estos elementos renovadores, todavía hoy sigue hablándose de una civilización occidental y cristiana, como si estos conceptos no pudieran disociarse sin peligro para ambos. Arrancar todo esto de la Historia equivaldría a falsificarla y a suprimirla en gran parte.

Mas con lo dicho apenas si se roza el fondo de la cuestión. En el IV Evangelio, que desde el prólogo concibe la Redención como una empresa de penetración lenta, pero segura, de la Luz y de la Vida—es decir, Cristo—en el ámbito de las tinieblas y la muerte, recoge una declaración de Jesucristo, clave del fenómeno histórico al que se deben el rumbo y el sentido nuevos de la Historia. Jesús, a dos pasos de su tragedia, habló así en Jerusalén: «Y yo, si fuere levantado de la tierra—alusión a su cruz—atraeré a todos hacia Mí.» Destaco ese «todos», del que depende el alcance de este vaticinio de Jesús.

Dos cosas sorprenden aquí: primera, que Cristo se presenta como centro de gravitación; segunda, que dentro de ese campo de gravedad están situados todos, absolutamente todos, los hombres. De otra manera: que El es el eje sobre el cual, a partir de la Cruz, girará toda la Humanidad o, lo que es lo mismo, la Historia. Se columbran los haces luminosos de la cristología paulina, gemela, dígame lo que se diga, de la del evangelista San Juan.

Pero cabe una pregunta: Las palabras de Jesucristo, ¿promulgan la universalidad de destino de su obra y, si se quiere, la aceptación de su mensaje por toda la Humanidad en una etapa cumbre, acaso la postrera sobre la Tierra, o hablan de un movimiento general de los hombres, los unos y los otros, por odio o por amor, mas del que el único polo había de ser El mismo? Esto último, ciertamente.

De entonces acá, a medida que los hombres han ido encontrándose con Cristo sobre la redondez del mundo, indefectiblemente han sentido su atracción. En torno suyo se movieron y se mueven, con la adoración o la blasfemia en el pecho, en los labios, en la pluma...; pero en una u otra forma constelaciones y planetas de este Sol divino, cuyos rayos, como él dijo del sol material, alumbran y reaniman a los buenos y a los malos.

Ninguno como Jesucristo ha despertado odios y amores tan singulares. Siglo tras siglo, entre estas dos líneas, al fin convergentes en Cristo, los hombres vienen encuadrando su pensamiento y su quehacer, sus ilusiones y desengaños: material y argumento de su Historia. Material y argumento, no molde ni última razón de ser, pues esto le viene a la Historia de más hondo.

Antes de Cristo se había escrito una Historia con trazos de luz y borrones de sombra, que al acercarse a la meta se amasaron en un común desvarío. Ese tema que obsesionaba a San Pablo y le dio el punto de mira para comprender la nueva Historia con su epicentro en Cristo Jesús.

A San Pablo se le desbordaban las ideas y las fórmulas hablando del «misterio de Cristo», que guarda en el tesoro de su haber esta efectiva proyección de sí mismo sobre el mundo y sobre la Humanidad, creados, como todo, «para él». Siempre la Historia se redujo a una crónica de la Humanidad en marcha hacia Dios, su destino; ahora la Humanidad continúa este peregrinaje, portadora, sin embargo, de una latente energía que la impulsa y la eleva: Jesucristo.

Conforme adelantan los siglos y la técnica reduce o anula las distancias, y con ello se expande y manifiesta la fuerza re-creadora del fermento cristiano, también las resistencias se multiplican y endurecen.

Analícese con serenidad la historia de Europa a partir de Lutero y de Trento—por no subir más arriba—y dígame si hubiera sido posible sin Cristo y sin su invisible—y visible—presencia en nuestra cultura y nuestra vida. Hoy más brava y peligrosa la refriega, la delimitación de los campos tenía que ser más meta. Ahondando en el problema actual, no hay modo de evitar la deducción de que Cristo—y todo lo afín a su mensaje, aunque sea sólo en lo fundamental—es lo que agrupa con instintiva cohesión a uno de los bandos, mientras que el otro ha llegado tan allá en su hostilidad a Cristo y a toda religión, que suscita la sospecha de si actuará ya en la Historia aquel «misterio de iniquidad», cuyos rasgos y caracteres pudieran tener antecedentes hereditarios en algunos capítulos de la Historia actual. Una vez se atrevió a insinuarlo el Papa Pío XI.

La Historia tiene un sentido, esbozado en el Proto-Evangelio, a raíz de la primera culpa: la guerra perpetua entre el bien y el mal. Allí mismo, sin embargo, está prevista una segunda y larguísima etapa, en la que Cristo—el Hijo de la Mujer—será el centro de esa lucha y el caudillo de un ejército que, parcial y aparentemente derrotado en el curso del tiempo, vencerá finalmente el día en que la Historia se consuma.

Hacia esta «consumación»—concepto y vocablo son de Jesucristo—se orientan como a meta final todos los caminos de la Historia. Allí se encontrarán definitivamente en Cristo.

En esa ruta estamos, y sus vicisitudes son lo que configura la historia de la Humanidad pecadora y redimida. Nada ni nadie podrá tergiversar este sentido.

Ni como objeto, ni como sujeto, ni como razón filosófica de la Historia, Cristo puede ser desterrado de ella. El portal de Belén fue el viejo solar donde con Cristo nació una nueva Era. Ya está «entre nosotros» la fuerza que había de transformar la vida de la Humanidad, fuente de su Historia.

CS.16362



Contra dolores,
gripe, resfriados,
reumatismo

EL PRODUCTO DE FAMA MUNDIAL.

TRES NOMBRES EN LA PLANA MAYOR DE LA LITERATURA

TORRENTE BALLESTER, BUERO VALLEJO Y JOSE HIERRO, PREMIOS "MARCH" DE NOVELA, TEATRO Y POESIA



Gonzalo Torrente Ballester

GONZALO Torrente Ballester me dijo un día, ya va para un año largo, mientras tomaba un té en un café de la glorieta de Bilbao:

—He publicado un libro y, por lo visto, nadie se da por enterado. Y lo más curioso es que hoy tuve que enviar una carta de agradecimiento a un crítico, que por su reseña, no ha entendido nada del libro. Pero lo ha hecho con buena intención, y eso vale.

Torrente Ballester, como siempre, se resguardaba detrás de sus gafas negras. Movía el azúcar parsimonioso, dentro de la taza, casi transparente. Hablar con Torrente, sin conocerle a fondo, es como hablar con un personaje casi antipático. Es terriblemente exacto en sus juicios, no le duelen prendas; derriba ídolos cuando los ídolos son de barro; acusa defectos que para los demás pasan inadvertidos, y tiene cierta violencia, al hablar. Torrente, sin embargo, lleva dentro de sí un aliento hermoso, casi poético. Uno se da cuenta, a poco de charlar amigablemente, que busca la justicia escueta, sin máscara ni paliativos. Pero se arriesga siempre, como se arriesgó, sin género de duda, en aquella auscultación suya en un libro a la literatura española actual que debió de traerle más de un disgusto, y más de dos, eso su-

poniendo que Torrente se disgustara por las cosas que considera verdaderas, lo que dudo mucho.

—¿No hubo éxito, pues, con «El señor llega»?

—Ni éxito de crítica ni éxito de público. El libro no se vende. En fin...

Y se bebió tranquilamente su té, sin más comentarios. Me di cuenta que aceptaba el hecho con escepticismo, como si de antemano, como si antes de escribir una línea supiera ya el destino total de «El señor llega». Ahora, de repente, gracias al concurso literario acaso de mayor imparcialidad y objetividad —un concurso con la cualidad estimable y absolutamente revolucionaria de que los autores no se presentan a él— se ve sorprendido por un premio de trescientas mil pesetas y lo que es más importante todavía, con un prestigio inusitado que le coloca, al menos oficialmente, como el mejor novelista de estos últimos cinco años.

Con Antonio Buero Vallejo sucedió algo extrañamente semejante. Yo estuve presente en el estreno de «Hoy es fiesta». Mejor sería decir que me pasé dos horas —las del estreno— hablando con él. Se paseaba por el camerino del teatro Marja Guerrero, pálido como un muerto, balbuceante, incapaz de escuchar las

palabras que le decían, porque sólo tenía fuerzas para mirar las preocupaciones que le aleteaban por el corazón.

Recuerdo que dijo, sin detenerse en sus paseos:

—La culpa la tengo yo... ¿Quién me manda escribir este teatro?... Si me dedicara a hacer comedias facilonas, de éxito más o menos seguro, estaría tranquilo...

Y se acercaba al pequeño velador y se bebía un poco de coca-cola. Luego intermitentemente, volvía a sus pensamientos. La palidez se le acentuaba por momentos. Llegaban empujados a decirle que todo iba sobre ruedas, que el patio de butacas estaba tan absorto por la obra como si estuviera en una función sagrada. Buero no se creía ni pío. Es más, tenía la asombrosa seguridad de que el pateo comenzaría en el acto tercero y que todo se hundiría de repente, como un castillo de naipes. Tal era su ensimismamiento que, interesado a mi vez, por el desarrollo de la parte anecdótica de las gentes de su obra que esperaban la salida del gordo de la Lotería, le pregunté:

—¿Toca o no toca el gordo?

Y Buero, casi demencial, me dijo:

—¡Ah, eso no se sabe, eso no se sabe!

Cuando salló a saludar, estuvo



Antonio Buero Vallejo



José Hierro

a punto de desmayarse. Allí estaba Claudio de la Torre, que le echó una mano; allí estábamos todos, cercanos al hombre que más sufre en los estrenos, al hombre que daría cualquier cosa por huir, por desaparecer; pero que, indefectiblemente, se mete en un saloncillo en los estrenos, al que no lleguen ni siquiera las reacciones del público, y allí espera a sus amigos que le van diciendo la verdad, que, generalmente, es una verdad muy agradable.

«Hoy es fiesta» alcanzó también días pasados el mejor galardón. «Hoy es fiesta» es oficialmente la mejor obra teatral española estrenada en el transcurso de los últimos cinco años.

Con ellos, un poeta, José Hierro, alcanza también la alegría del Premio March por su libro «Cuanto sé de mí». Ya se sabe que los poetas tienen su mundo, más limitado que los demás, y quizá por ello sienten ahora no tener un recuerdo retrospectivo de sus afanes y de sus dudas, porque entonces el círculo se cerraría sin dificultad.

TRES TELEGRAMAS BIOGRAFICOS

Torrente Ballester nació en el año 1910 en El Ferrol del Caudillo. Cursó la carrera de Filo-

sofía y Letras en la Universidad de Santiago de Compostela, obteniendo el Premio extraordinario de Licenciatura. Luego se hizo abogado y en 1936 ganó por oposición la plaza de profesor auxiliar de Historia de la Edad Antigua en la Universidad de Santiago y fue pensionado a La Sorbona. En 1942 es nombrado director del Instituto de Enseñanza Media de El Ferrol. En el año 1947 obtiene el título de profesor de Historia General de la Escuela Naval de Madrid. Durante la guerra comienza su carrera literaria. Su primer libro, «El viaje del joven Tobias», lleno de poética emoción. En 1943, primera novela: «Javier Mariño», a la que siguieron otros seis libros. Ejerce la crítica teatral en «Arriba», que aún continúa. Y, por fin, en el año 1957, «El señor llega», una novela escrita, según confesión suya, para demostrarle a un novelista que lo puso en duda que él también sabía escribir novelas. Cinco meses de darle a la máquina.

Antonio Buero Vallejo nació en Guadalajara en 1916. Cursó el bachillerato, se dedicó al dibujo y a la pintura e ingresó en la Escuela de Bellas Artes. En el año 1946 escribió dos obras teatrales que nunca estrenaría, y ya en 1949 su nombre cae co-

mo una bomba en los ambientes literarios españoles al serle concedido el Premio «Lope de Vega» por su obra «Historia de una escalera», acaso el único éxito verdadero de los Premios «Lope de Vega». La obra se hace centenaria en el escenario del teatro Español, y desde entonces, automáticamente, Buero Vallejo queda incorporado al grupo de nuestros autores importantes. Su producción teatral no es, en absoluto, copiosa. Buero tarda mucho tiempo en escribir sus dramas, hasta tal punto que lo más que escribe al día son dos o tres cuartillas, que al día siguiente sufren de nuevo el análisis crítico del autor y quedan convertidas en la mitad. Su segunda obra, «En la ardiente oscuridad», plantea el mundo de los ciegos de nacimiento y de los que perdieron la vista en el transcurso del tiempo, y del choque de los dos mundos surge la llamarada trágica. Luego escribe ocho obras más, tres de las cuales han sido llevadas al cinematógrafo.

José Hierro nació en Santander en 1921. Cultiva desde niño la poesía, el dibujo, la pintura y el cuento y pertenece al grupo literario de la revista santanderina «Proel». En 1947 publica su primer libro, «Tierra sin nosotros», y consigue el



Una escena de «Hoy es fiesta», la obra de Buero Vallejo por la que ha merecido el Premio «March» de Teatro

Premio «Adonais» de Poesía con «Alegria». Publica seguidamente en revistas y toda clase de publicaciones, realizando críticas, cuentos y poesía, ganándose con su labor crítica el Premio de libros y publicaciones de 1957. Luego escribe «Cuanto sé de mí» y gana el Premio «March».

LA NOCHE DEL TRIUNFO

Gonzalo Torrente Ballester llegó a la Redacción del diario «Arriba» a eso de la una de la madrugada. Antes, cumpliendo, como cada día, con su trabajo periodístico, asistió al estreno de «El hombre que se vestía de perro». Los periodistas, los amigos, los espectadores le vieron igual que siempre: más bien sí-

lencioso, fumándose su cigarrillo habitual con gesto de tomarse una limonada por una paja, extrañamente tranquilo.

La Redacción de «Arriba» en pleno le recibió con aplausos, batir de palmas en las mesas; en fin, un alboroto cariñoso y fraternal. Torrente, así como asustado, se sentó en una de las sillas de la Redacción. Allí, en murmullo, le dijo a Juan Rojas:

—Si este Premio lo recibo hace tres años, hubiera sido el hombre más feliz del mundo.

Tres años antes vivía ella, Josefina, la mujer de Gonzalo; la mujer que había compartido con el escritor día a día el peso de la lucha, el que el tiempo pasara y Torrente no encontrara su merecida recompensa. Ella creía en él ciegamente, y Gonzalo Torrente Ballester de-

vuelve con su tristeza suave, sintetizada, toda aquella fe cierta. El hombre que ha definido su línea literaria—Cervantes, Flaubert, Stendhal, Dostoyewsky—dijo más aún:

—Ella, que esperó tanto, que confió tanto, no está aquí para compartirlo.

Los abrazos que llovían en la Redacción del diario de la mañana arropaban al escritor. Yo recuerdo ahora, al escribir esto, no sé por qué razón, el día siguiente del estreno de José María Pemán de «Los tres etcéteras de don Simón». Aquel día, Pemán me dijo:

—¡Qué extraordinariamente agudo ha sido Torrente! Me ha hecho ver cosas nuevas en mi propia obra.

Comprendí entonces, humanamente hablando, que dramaturgo y crítico sabían hablarse entendiéndose, tenían el mismo len-

guaje común. Así Pemán fue, tiempo más tarde, el primero que vio la importancia de «El señor llega», escribiendo sobre la novela espontáneamente un largo ensayo en la revista que dirige otro de los seleccionados en el Premio «March», Camilo José Cela.

Torrente durmió bien la noche anterior al fallo. Estaba en eso que podríamos llamar vértigo de la incertidumbre, puesto que conocía que su novela quedaba seleccionada con otras dos. Todo lo suyo fue tranquilo, cosa de todos los días.

Tras los abrazos de la Redacción, se puso a la máquina y escribió pausadamente la crítica de «El hombre que se vestía de perro». Luego, terminado el trabajo, volvió a su casa, en la avenida de los Toreros, y compartió calladamente el triunfo con sus hijos.



Torrente Ballester, con capa española, prenda que usa con frecuencia.—Abajo, José Hierro con sus hijos

SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD

SENTIDO de la prudencia, de la responsabilidad, honradez y amor a la verdad son las cualidades que el Sumo Pontífice ha querido señalar de un modo especial como fundamentales para los hombres dedicados al periodismo. Con ello, una vez más, los Sumos Pontífices que se suceden en la Silla de Pedro reflejan la alta estimación, preocupaciones y cuidados que les inspira la delicadísima institución de la Prensa, todavía considerada en algunas partes como un bien mostrenco, un «terreno de nadie» por donde sea lícito campar sin respeto ni sumisión a principios.

Las palabras de Juan XXIII fueron dirigidas hace unos días a la Delegación de un Congreso de periodistas italianos, y no consistieron en una salutación más o menos cálida, sino en un mensaje profundo y perfecto dentro de la brevedad del texto. Auténtico modelo de precisión en verdad, pues con frase rotunda y concisa ha delimitado el Santo Padre la magna complejidad de la Prensa, su trascendencia y la necesidad de que los hombres consagrados a ella se inspiren en los más sólidos criterios.

Así, cuando comenta el Pontífice la necesidad de un recto sentido de responsabilidad en torno a la edición de periódicos y revistas, rectamente llega a los puntos clave de la problemática de la información:

«... Pero unas y otras—dice refiriéndose a publicaciones del más distinto carácter—, aun dirigiéndose a público diverso, tiene en común el sagrado deber de no perjudicar, de no traicionar, de no envilecer a ese público.» Y más adelante afirma: «No se puede concebir un redactor, director, editor de publicaciones que no sienta ante todo

la responsabilidad que pesa sobre su conciencia.»

Más ¿por qué tamaña responsabilidad y aquel sagrado deber? También satisface el Papa estos interrogantes al especificar que el público lector «no es una masa anónima de personas sin rostros», sino seres humanos de muy varia capacidad, formación, sensibilidad, edad, etc.; todos portadores de un alma que hay que cuidar y proteger. Trátase en esencia nada menos que del tantas veces desfasado tema de la libertad de Prensa.

Cuando en España se ha percibido con claridad la distinción entre libertad de expresión y libertad de divulgación, no cabe duda de que comenzaron a verse de verdad claras muchas cosas. Y aquí la gran oportunidad de las palabras de Juan XXIII, que llama la atención sobre esa magna responsabilidad de los instrumentos al servicio de la información. No ha de estar ahornada dentro de unos justos límites, dentro de un orden y unas normas. Allí donde la sociedad haya descuidado este extremo con auténtico gesto suicida, en última instancia tendrá que erigirse la propia conciencia del periodista en juez.

La honradez y el amor a la verdad son otras dotes que el Santo Padre pone sobre el yunque de la Prensa periódica. Si bajo los martillazos de las presiones de cada día no se deforman y mixtifican; si, por el contrario, conservanse genuinas y puras, la Prensa y su público —la sociedad— recibe un gran servicio. De lo contrario, todo se encaminaría hacia el reino de las tinieblas. «Que se evite el mal y se encuentre el bien», ha dicho el Pontífice. Es decir, toda la libertad para el bien, pero no para el mal. Busquemos la verdad y apartémonos del error, porque el amor a la verdad —cualidad la más específica de la profesión, según el Papa— al fin y al cabo es el camino mejor para ser libres, según la expresión evangélica.

CON TREMENDA NATURALIDAD

Buero Vallejo también ardaba aquella noche por las butacas del teatro Reina Victoria. Antes, a la mañana, antes de conocer el resultado, hizo una objetiva revisión de sus posibilidades. Bien es cierto que él tenía seleccionadas dos obras: «Un soñador para un pueblo» y «Hoy es fiesta», mientras que su único contrario, Miguel Mihura, se presentaba solamente con «Maribel y la extraña familia». Sin embargo, lo de tener dos obras seleccionadas se le antojaba a Buero perjudicial, porque existía la posibilidad de que los Jurados se inclinasen por sus dos obras separadamente y así podía, cada obra suya, restarle votos y dar

el triunfo de rechazo a Miguel Mihura.

Buero, ya es sabido, toma todas las cosas con tremenda naturalidad, si se exceptúan sus estrenos, en los que pierde hasta los latidos del corazón. Y el triunfo para Buero fue un hecho grande, desde luego, pero tomado con filosófica tranquilidad. Resumió su alegría en una hermosísima frase, casi una condena para determinados premios. Dijo simplemente:

—Todo premio es bien venido cuando no es solicitado.

Victoria Rodríguez, su mujer, llegó al Reina Victoria después de su actuación en «La Orestíada». Se miraron durante breves instantes y luego Buero, paternalmente, le pasó una mano por la espalda y se la llevó hacia una mesa. Después, como siempre, pasó a pasito, hacia su casa.

Y ahora me llega un recuerdo: Victoria Rodríguez representaba en «Hoy es fiesta» el papel de dama joven. Recuerdo aquel abrazo emocionado de los dos al terminar el estreno. Recuerdo... ¿No fue, acaso, allí, en los ensayos y el estreno de «Hoy es fiesta» cuando comenzó a florecer el idilio de los dos que son en la actualidad marido y mujer?

José Hierro estuvo en su casa de Santa Juliana toda la noche, acompañando a su mujer que espera a un hijo. Toda la real alegría de José Hierro se expresaba en sus planes futuros en lo que respecta a su casa. Primero dijo:

—¡Trescientas mil pesetas! Nunca he visto tanto dinero junto.

Después explicó a los íntimos que había comprado un terreno en Liencres, Santander, con el producto de un traspaso de piso y que no sabía cuándo iba a edificar. Era necesario esperar, trabajar, cobrar y esperar. Ahora las cosas se han puesto claras. Vivir junto al mar, cercano a paisaje suaves y tranquilos. ¿No es esta la ilusión no sólo de los poetas, sino de muchos hombres alejados del arte?

Su humilde casa de Santa Juliana, 54, está llena de cuadros valiosos. Por allí anda Vázquez Díaz, Pancho Cossío, Quirós... La dedicatoria de su libro premiado encierra ya el desprendimiento del hombre, la suavidad de una entrega impersonal: «Que estos versos le hagan sentirse menos solo.»

Su triunfo, el triunfo de José Hierro como poeta viene a ilustrar, por primera vez, que los poetas tienen también entrada en la economía elevada de los premios, que cuando se aparta lo comercial para dejar paso al valor intrínseco de las cosas, todas las artes se hermanan en todo. Así es como tres hombres, separados no por más de once años en la fecha del nacimiento, se han llevado los primeros Premios March para novela, teatro y poesía. Fuera de toda duda, fuera de toda recomendación que no sea el valor intrínseco de las obras presentadas. Así, por una vez, de gusto y es hermoso hablar de premios literarios, porque ninguno de los tres escritores había solicitado el Premio.

Pedro MARIO HERRERO

CALATAYUD, CITA DE CAMINOS



HISTORIA ANTIGUA DE UNA CIUDAD MODERNA



Después de Zaragoza, la mayor población de la provincia

SI todos los caminos son buenos para ir a Roma, para llegarse hasta Calatayud sólo hay uno que a mí me interesa. Y a todos aquellos que quieran penetrar de golpe en la meta y razón de su vida. No es que la gran ciudad aragonesa no disponga de medios de comunicación, que los tiene en abundancia. Pero, yo no sé si por simpatía y por exacto conocimiento, prefiero el ferrocarril Central de Aragón.

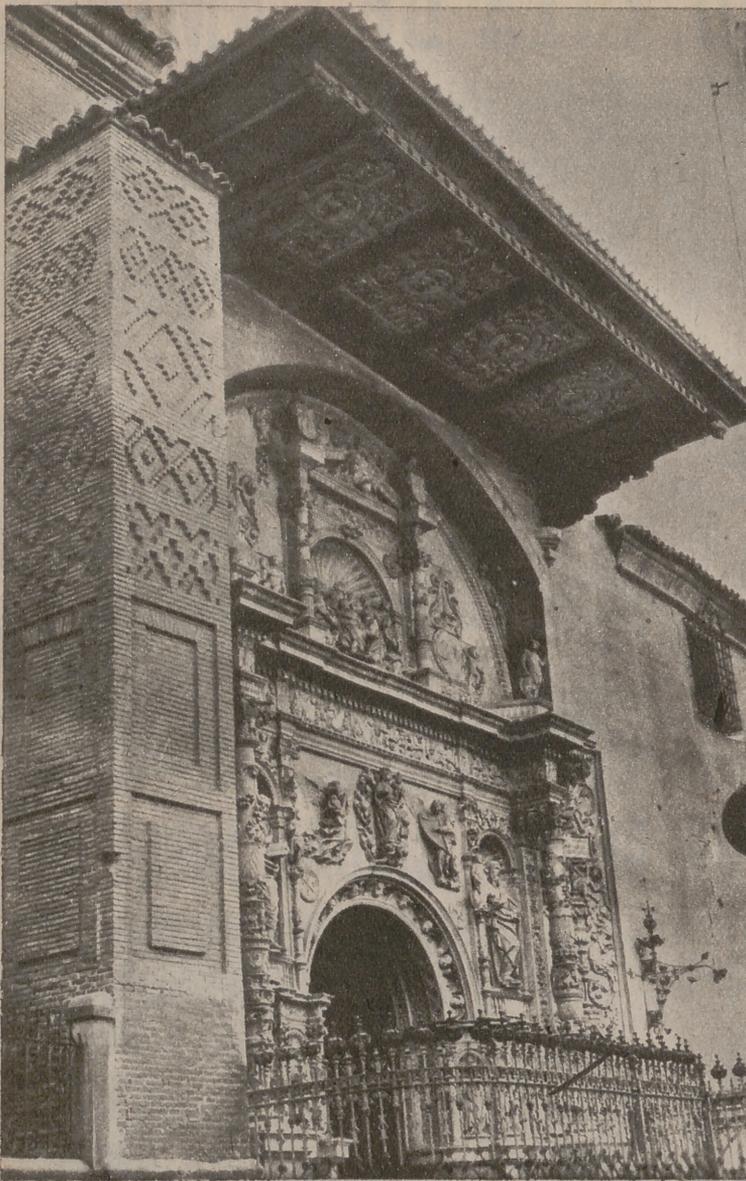
Es un tren comercial y peregrino. Bastante viejo, con wagoes que tienen puertas en todos los departamentos, y que si pudiesen hablar contarían cosas interesan-

tes. Más que convoy, es como la redacción ambulante de la comarca. Más que tren, es periódico, más que serpiente de hierro, un aditamento más del paisaje, como pueden serlo los frutales de la vega o los ríos que la riegan.

Cada mañana le sale el sol por Daroca. Ya le va larga la jornada porque ha pasado por Monreal, la mejor tierra jotera. Y por Caminreal y por Calamocha, la cuna de los cereales. Y apenas traspone la curva de la estación darocense, ha logrado desperezarse y se lanza tierra abajo camino de Calatayud. Pero antes pasa por Manchones y por Murero, por

Paracuellos y por Villafeliche. Muy cerca de la vía, el río Jiloca. Y en derredor, la vega. Esta vega que va de Daroca a Calatayud es una vega amable, graciosa. Desde siempre, porque los hombres de la ribera mamaron las enseñanzas junto a su cuna, los trazos geométricos de terreno lucen la más acabada realización. Surcos rectilíneos, que son como trazos caligráficos de las tierras rojas. Y en cualquier sitio aprovechable, junto a los regueros y a los ribazos, frutales. Desde perales hasta melocotoneros, pasando por las ciruelas, por los cerezos y por la vid.

Casi estoy por decir, y no he de



Portada plateresca de la Colegiata de Santa María. Una de las dos que posee la capital del Jalón

arrepentirme, que esta ribera del Jiloca es como un adelantado, un esqueje de la región levantina. Porque en definitiva, a las dos razas les vino de la misma raíz: de la mora.

SAN MAMES, MAYORAL DE HONOR

Cuando el tren cruza por Murrero, las gentes viajeras tornan los ojos hacia una antigua ermita cubierta de espadaña casi se advina, más que se ve, entre la frondosidad del vergel. En aquella ermita se venera a San Mamés.

Para mí es un Santo simpático. Y casi estoy por decir que le corresponde por derecho propio el patronazgo de los ganaderos de Aragón. Te diré la causa. Porque ahora en la distancia, cuando he vuelto a repasar y repensar los lugares, me acude a la memoria un suceso.

Se llama Manuel Martínez. Por aquel entonces —y te hablo de hace unos diez años—, Manolo, con su compulencia y su hombría de bien, era prohombre de la Hermandad Sindical de Labradores y

Ganaderos de un pueblo de Castilla. Del mío. Que geográficamente es de Guadalajara, pero etnológica e históricamente, aunque a algunos les pese, es aragonés por los cuatro costados. Pues bien; Manuel asistía todos los años a la romería de San Mamés y durante todo el año participaba con donativos al sostenimiento del culto. Un día, en pleno verano, cuando acompañando al pastor de sus rebaños iban hablando de la necesidad de iniciar una campaña para que todos los ganaderos castellano-aragoneses acudieran en romería al Santuario de San Mamés, ocurrió el suceso. Yo no digo que fuera milagro. Pero te lo cuento y tú juzgas.

Hacia calor y las reses, cansadamente, se dirigían a la majada, que distaba diez metros. Y entonces, sin saber la causa, la edificación se fue al suelo estrepitosamente. Algunas ovejas que estaban junto a la puerta salieron asustadas, sin obedecer las voces del rabadán. Pero ninguna sufrió daño alguno. Un minuto tan sólo de retraso y hubiesen hallado la

muerte unas trescientas cabezas.

Desde entonces, Manuel Martínez se afianzó más en su idea. Se hicieron una serie de gestiones sin resultado positivo. Pero la protección de San Mamés sobre los rebaños es evidente.

La gente de los contornos sabe todo esto. Por eso, cuando lentamente cruza el tren junto a los muros de la ermita, la gente ribereña se santigua y en algunos labios florecen oraciones.

CALATAYUD, GRAN CIUDAD

Ya está aquí, desparramándose sobre la llanura, la antigua Biblilis bañada en luz, arrebolada con los colores ocre de sus tierras y mirando eternamente a sus dos ríos. Porque el Jalón y el Jiloca se funden y saturan en Calatayud. Ellos por sí solos constituyen el más acabado ejemplo de permanente esperanza.

Nada de chascarrillos baturros de dudoso ingenio y música de la Dolores, que nunca se oyen en Calatayud. Porque ella, por tradición y por solera, es señora y es altiva. Pero con un claro porcentaje de hospitalidad y de vigor. Tanto, que volver podía, si quisiera, a templar en las aguas de sus ríos los aceros de las espadas, como siglos ha.

CAPITAL DE ARAGON POR TRES DIAS

Las gentes bajaron desde el Alto Aragón, cargadas de proyectos y de ilusiones. Y subieron desde la ciudad del amor eterno, que es Teruel, con el alma tensa y el espíritu abierto a las mejores conquistas. Incluso de Zaragoza, la inmortal, llegaron los hombres con el trabajo a punto, perfecta la estructuración y completo el plan a seguir.

Todos a Calatayud, la equidistante y la florida. La que siempre, en la brecha de un laborar fructífero, sabe transformar cualquier obligación en alegre pasatiempo. Calatayud, examinada así en la distancia, entre su vega y su historia, entre cabalgatas y mesones, constituye en la hora actual de Aragón algo mucho más significativo que su entronque geográfico o su posición privilegiada. Jalón y Jiloca, dos ríos baturros, que con su tozudez pasan y repasan el paisaje abierto que siempre, ¡siempre!; sonríe.

La vega y los ríos. Restos mudéjares, que conmigo has de ver un poco más adelante, calles retorcidas y en cuesta, con agostura de zoco y tipismo de la mejor solera. Parte vieja galopando por las cuestas teñidas de arrebol, donde el viajero puede, si quiere, estudiar costumbres y adivinar aforismos. Y cerca de las vías de comunicación y esos ríos que cuando quieren dejan de ser corderos y se convierten en leones, la Calatayud moderna, la expansiva, siempre en el punto justo de su propia revalorización. Las chimeneas fabriles, entre frutales y viñedos, son las antorchas permanentes y alertas de una adecuada postura modernista.

Por tres días, va ya para un año, Calatayud fue la «Capital de Aragón». El Colegio, el Consejo de la Institución «Fernando el Católico», los Institutos de Teruel y Huesca, las jerarquías nacionales

y las autoridades de la región le prestaron con su presencia un indudable aspecto de capital de gran orden.

Fueron varias jornadas completas de trabajo, que han de repercutir de manera directa sobre Calatayud e indirecta sobre todo Aragón. Por eso lo cuento y lo actualizo. «Comunicaciones», «Industrialización de Calatayud», «La provincia de Zaragoza como problema», «Preparativos para conmemorar el DL aniversario del Compromiso de Caspe», «Baltasar Gracián», etc., fueron algunos de los temas que se trataron, y que han de repercutir —están repercutiendo ya, y es mejor— sobre la capital bilibitana.

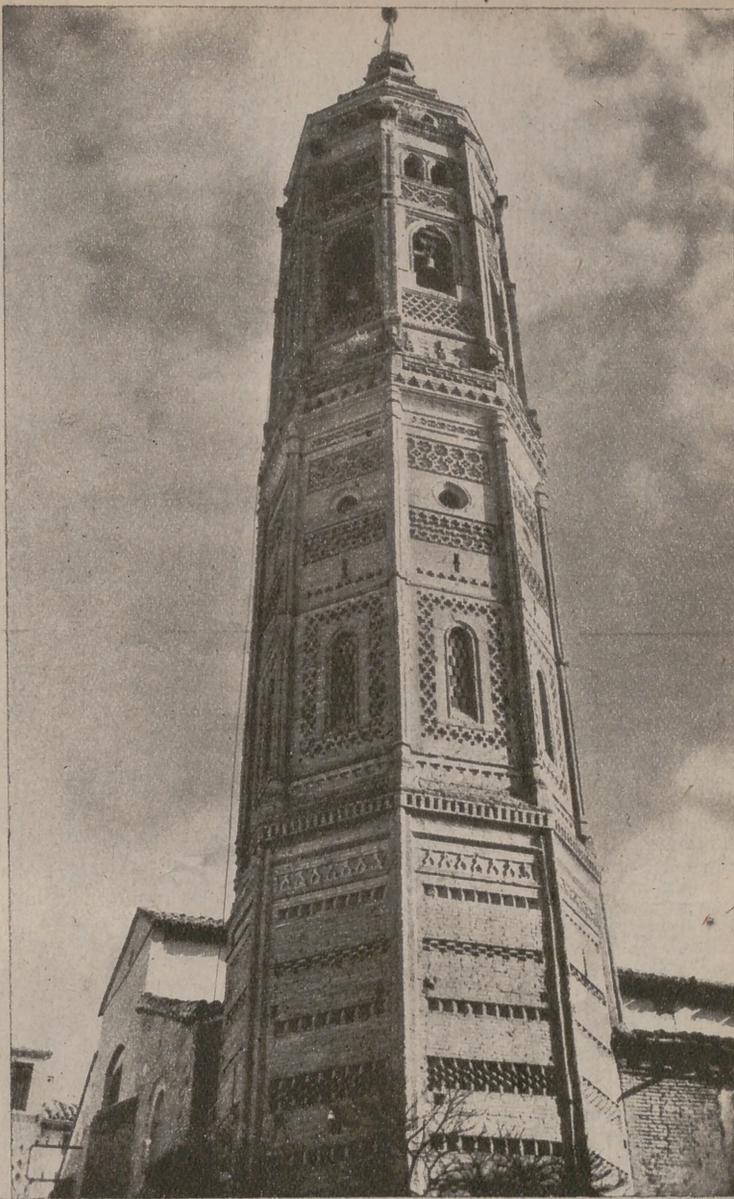
TAN VIEJA COMO EL MUNDO

Calatayud, en la actualidad, sobrepasa los 20 000 habitantes y la convierte en la capital más importante de la provincia, después de Zaragoza. Y ello, por su clima y por su tierra. Es centro de una extensa comarca en la que con preferencia se cosechan frutas y cereales. Destaca sobre todo la manzana, pera, ciruela, uva y el afamado melocotón de Campiel, solicitado por su calidad dentro y fuera de nuestras fronteras. Está directamente comunicada por las líneas ferroviarias Madrid-Barcelona, Zaragoza-Valencia y Soria-Burgos, lo que le asegura la fácil salida de productos hacia el mar. Después, carreteras de primero de segundo orden y una extensa red de caminos vecinales que cómodamente pondrán al alcance del turista cualquier pueblo, ignorado, pero bonito.

El que quiera hablar de esta ciudad debe hacerlo mirando a las dos vertientes, la pasada, que ya es historia, y la presente y futura, que lo será. Y no creo que la antigua sobrepase en brillantez a la moderna.

Para buscar sus orígenes hay que remontarse hasta los celtiberos. Después, los romanos la llamaron «Bilbilis», y como gesto de agradecimiento, la ciudad dio a Roma uno de los mejores poetas de su tiempo: Marco Valerio Marcial. Después pasaron siglos y pasaron gentes. Visigodos y árabes. Y qué bien cuadraba a la mentalidad mora este paraíso ignorado que es Calatayud, la ciudad del color y de la sonrisa. La ciudad que sin ser Valencia se le parece y sin ser pagana ha sabido incorporar a su propio acervo todos aquellos usos, todas las costumbres que bajo la cruz, en vez de agostarse, lucieran con más brillo. Primero fue la geografía, y ésa ya te la he presentado por esos caminos. La historia vino después. Y fue historia estilizada y vertical, mitad alarife, mitad misionera. Cuando hacia 1120 la libra del poder sarraceno Alfonso el Batallador, la buena simiente, ya en tierra cristiana, comienza a dar sus frutos. Y de aquí arranca su época mejor. Nacen las iglesias y los palacios. Estos, que ahora, en silencio, si quieres bajo la luna, porque es mucho mejor, vamos a recorrer.

De golpe, para no fatigarte demasiado —quién sabe si serás futuro visitante, y así te lo recomiendo—, quiero darte cuatro noticias. En tiempos romanos, Calatayud acuñaba moneda propia y



Torre de San Andrés, afligranada y altiva. Parece el pararrayos de toda la comarca

los restos de aquel poblado primitivo, has de buscarlos a unos tres kilómetros del casco actual. Verás también restos de murallas, porque la ciudad, expansiva y ajetreada, hubo de romper muchas cadenas para lanzarse, trote corto y ansia larga, en otra cabalgada de ilusión. El castillo de Ayud lo preside todo. Porque Calatayud, la vieja y la nueva, están a sus pies...

Y EL ARTE SE HIZO HISTORIA

Marcando los límites entre la plazuela de su mismo nombre y las calles laterales de Amparados y del Bafuelo está la Colegiata de Santa María. Tiene portada plateresca, torre mudéjar y un tejadillo sobre la fachada, afligranado y fino como bolsa de colegiata. Y junto a la acera, débil separación, una cancela del mejor hierro forjado. Porque he de decir, no sea que luego se me quede en el tintero, que otro de los alardes de esta Calatayud sorprendente lo constituye su prestigiosa ferretería. Esta Colegiata es Monumento Nacional. Pero la ciudad puede permitirse muchos mu-

jos. Por eso tiene otra Colegiata, la del Santo Sepulcro, que está ya en las afueras, junto a la ronda de Burgos y a la carretera de Soria. Es un templo herreriano y Casa-Madre de los caballeros de esta Orden.

En el centro justo de la ciudad, entre calles que son pura historia, como la de Marcial, la de Sanjurjo y la de Dato, la iglesia de San Pedro de los Francos. Estando reunidas las Cortes de Aragón en el año 1461 en este templo, llegó la noticia del fallecimiento del príncipe de Viana y fue reconocido como sucesor de la Corona de Aragón el infante Don Fernando, el que luego fue conocido con el nombre de «El Católico», esposo de Isabel. Y basta.

Barroco puro de San Andrés, traza airosa de la torre mudéjar de San Andrés, faro de la comarca, imposible alanceador de mil toros de viento. La cita obliga. Pero Calatayud es más. Es tipismo, embrujo y misterio por los barrios de la Morería, inacabada oración, sincero peregrinaje, por la calle del Cristo; eterna espera, entre rejerías y cendales, en la de la Consolación. Aire de tradición,

vigor de una raza, sabor a romería y a fiesta grande en el barrio de San Roque. Moros y cristianos fueron los artífices de su extraña arquitectura.

Y ahí está, al aire y al sol de su vega, el juego de los claroscuros, la tradición más lozana y el recuerdo más perenne. Calatayud, antigua, cimiento, base y levadura de ésta que nace aquí, junto a la Escuela de Maestría Industrial. La ciudad de hoy, que ahora te enseña.

CALATAYUD, SIEMPRE PRIMAVERA

De la plaza del Generalísimo, alarde colorista y perfumado, parten los dos paseos, el de Calvo Sotelo y el de Sixto Celorrio, bilbilitano de pro. Por allí pasa la carretera de Madrid a Francia, y por allí pasa el Jalón, que tiene por montera un puente gigantesco. Merece la pena cruzarlo. Porque desde allí mismo arranca la ciudad industrial, la nueva, la de las fábricas de remolacha y de frutas, de harinas y de alpargatas. La procesión de actividades no cesa hasta la estación del ferrocarril, dos kilómetros justos. Las chimeneas fabriles destacan sobre los árboles. Son dos centinelas distintos, pero entrañablemente unidos. Sin embargo, Calatayud espera todavía alguna nueva industria. Me lo decía, mientras saboreábamos un vaso de buen vino de la tierra, su Alcalde, don Antonio Gil Bernadet:

—Ya hicimos un ofrecimiento, que figura en el «B. O. de la Provincia de Zaragoza», de fecha 28 de febrero de 1957, en el que decíamos que el Ayuntamiento ofrece terrenos gratis de su propiedad con grandes ventajas además en determinados impuestos municipales y provinciales, junto con otras clases de ayuda que podían estudiarse en casos concretos. Calatayud, amigo, tiene espléndidas comunicaciones y es de suponer que nuestro ofrecimiento ha de tener éxito.

En Calatayud es siempre primavera. Después de dejarle hablar al señor Gil Bernadet, le hago una pregunta directa:

—¿Qué es lo que más le preocupa en estos momentos como Alcalde?

—El abastecimiento de agua potable, hoy deficiente, tanto en calidad como en cantidad, y que se halla en la actualidad pendiente tan sólo de la aprobación por la Comisión de Servicios Técnicos.

Para que cualquiera pueda darse cuenta de la vitalidad de esta gran ciudad aragonesa ah. van unos datos concretos sobre realizaciones en los últimos años: comunicación automática por teléfono con Zaragoza, construcción del Colegio de Santa Ana, de los Grupos Escolares «Salvador Minguijón» y «Casas Baratas», que todavía no tiene nombre, y que totalizan 18 grados.

Además, en la misma carretera de Madrid, y junto a la plaza de Marcial, que es tanto como decir en uno de los mejores sectores urbanos, Calatayud ha montado una gran Casa de la Cultura. Porque ésta es otra de las proyecciones de la ciudad del Jalón. Baltasar Gracián dejó, entre otras cosas, ese peso eterno de preocupación por los problemas del espíritu. Esta Casa de la Cultura fue visitada recientemente por el Ministro de Educación Nacional y por los directores generales del Departamento, que pudieron comprobar en detalle la marcha de la que podemos calificar de institución modelo.

Se han construido unas 300 viviendas, un magnífico silo del Servicio Nacional del Trigo y se ha repoblado el monte Armanes con más de cinco millones de pinos. Este monte, declarado modelo, ha sido visitado por el Generalísimo. La cifra global de realizaciones en Calatayud sobrepasa los 45 millones de pesetas.

Como problemas pendientes de solución quizá sea el mayor, o uno de los mayores, la corrección de los ríos Jalón y Jiloca, con lo que se pretende suprimir las grandes avenidas de éstos, que siembran de desolación sus riberas.

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA FRUTA

Es curiosa la forma que nuestra mente tiene de archivar los recuerdos. Ahora, cuando pre-

tendo hablar de una faceta importante de la economía bilbilítana, me acuerdo de «Tarambanas». Era, en mi niñez, un tipo importante de mi pueblo. Era el alguacil y pregoner, todo en una pieza. Si estuviesen juntas todas las vueltas que dio al pueblo tocando su trompeta y lanzando pregones, estoy seguro que cubriría todo un record de distancias. Había dos clases de bandos: los que participaban la pérdida de cualquier objeto o los que avisaban la llegada de vendedores ambulantes, que ofrecían sus productos en sitios determinados. En estos casos el número de toques de trompeta era de dos. Pero cuando se trataba de algún asunto oficial o de la convocatoria de concejo abierto, entonces daba tres toques.

Cada año, desde las vísperas de San Pedro, comenzaba el incremento de bandos lugareños. Era cuando aparecían los «campillanos». Con sus carros repletos de cestos y de sacos. Y con sus buenas mulas, no demasiado grandes, pero sí resistentes y acostumbradas a todas las andaduras, y que iban cubiertas con mantas y colleras de vivos colores.

En mi pueblo se designa con el nombre de «campillanos» a todos los habitantes de la ribera que va desde Daroca hasta Calatayud. Incluso más arriba. Campiello de Aragón, Carenas, Ibdas, Cimballa... Pueblos y pueblos hasta el centro comercial y frutero que es Calatayud.

Sin meterme en demasiadas cifras, siempre interesantes, pero sujetas a errores, como es lógico, hablaremos de uno de los productos más característicos: la manzana, y dentro de ésta, la llamada «reineta». El total de kilos cosechados el año 1953 superó en valor los 400 millones de pesetas. Un 25 por 100 de las calidades carece de mercado para comer en fresco, y hay que industrializarla o dejarla perder.

«En la campaña pasada —decía «Heraldo de Aragón»—, debido a la crisis de producción de la manzana sidrera de Asturias, las elaboradores vinieron a Calatayud e hicieron fuertes ajustes, que han permitido situarles por carretera unos cinco millones de kilos, y, según la Prensa, los caldos obtenidos son de gran calidad.»

Y será de aquí, precisamente, de donde se va a partir para desembocar en el aprovechamiento de las bajas calidades, que no habrá que dejar perder o en el árbol.

Esta es Calatayud, punto de concentración y sutura de una extensa y rica comarca que canta al compás de sus máquinas fabriles y cada anocheada, cuando los frutales velan en silencio tantos afanes campesinos y el río se hace rondador o peregrino, se escucha el canto de la jota en su más pura esencia. Quizá «el Peseta», que la canta como los ángeles, pasee por calles bañadas en luna o se detenga junto a la Colegiata de Santa María. Y allí, estoy seguro, la jota parecerá una oración.

Baldomero GARCIA JIMENEZ



Plaza del Generalísimo, uno de los más bellos marcos de Calatayud



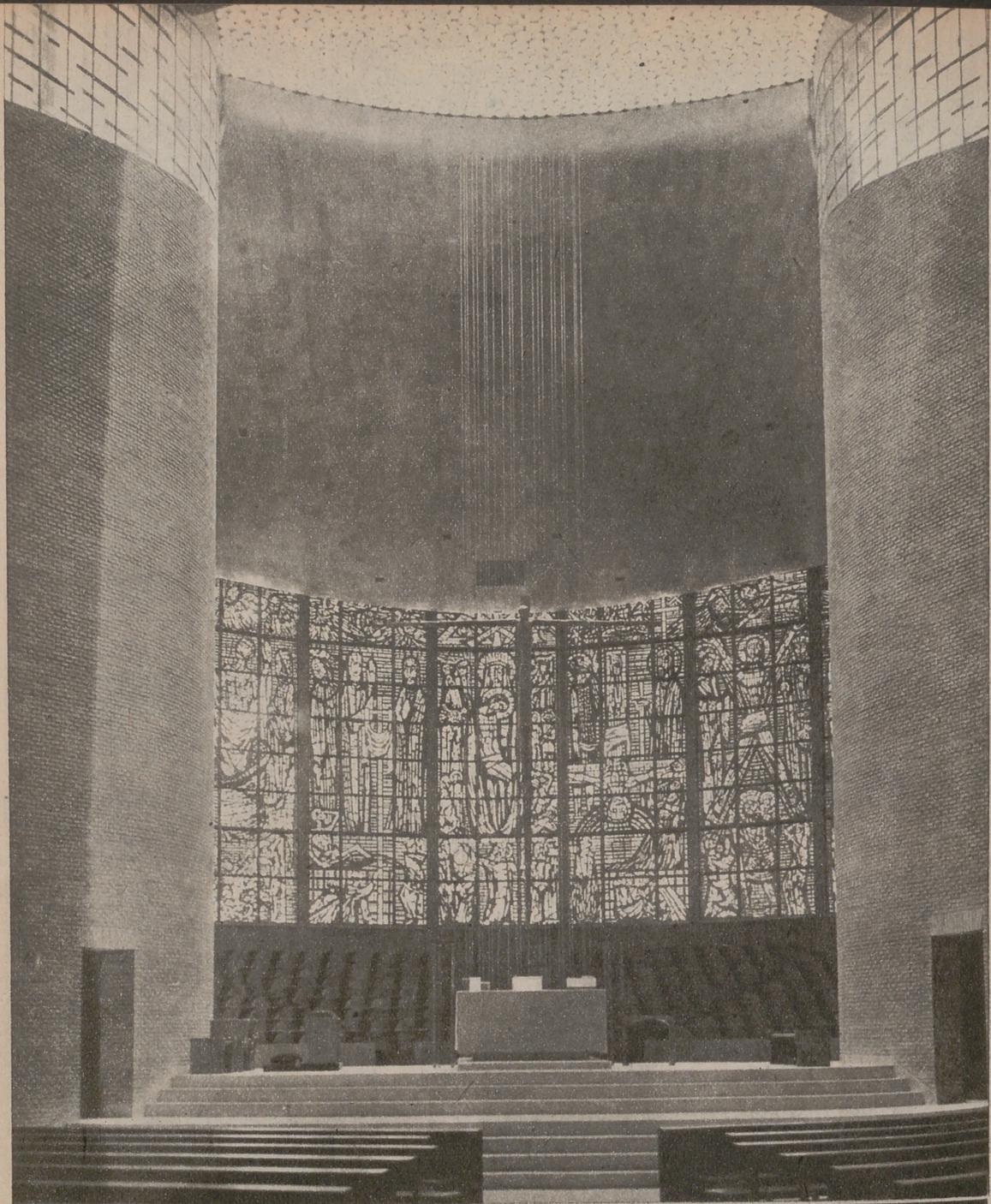
TEMPLO PARA DIOS, ESCUELA PARA LA FE

El Teologado de los Dominicos de Alcobendas, obra maestra del arte religioso actual

“LA MAS BELLA IGLESIA QUE HE VISTO EN EL MUNDO”

JUSTO en el kilómetro siete de la carretera de Alcobendas, en un paisaje que ahora remueven las máquinas de Obras Públicas para ensanchar la carretera actual y convertirla en una autopista de cuatro direcciones, en una zona que rápidamente se va poblando de fábricas modernas, una torre, atrevida y visible desde gran distancia se ha alzado sobre la tierra. Una torre singular, sin parecido con la de ninguna otra iglesia, que deja suspendida del cielo nocturno la enseña de la cruz iluminada. Es la de la iglesia de San Pedro Mártir, Teologado de los padres dominicos en Madrid, que acaba de ser bendecida en estos días por el general de la Orden de Predicadores.

Iglesia y edificios anejos sobre los que se hablará mucho, tanto en el presente como en el futuro.



Altar mayor de la iglesia de San Pedro Mártir; al fondo, el coro y las vidrieras de Santos mártires

pues constituye uno de los ejemplos más convincentes de arquitectura actual en España. De la arquitectura que interesa a todos, a los entendidos en la materia y a los otros, a los que, sin poderse explicar, «sienten» que se hallan ante una obra de arte.

BLANCO Y NEGRO SOBRE EL GRIS

La tarde nubosa de diciembre pone una gama de grises cambiantes sobre el campo con frío invernal. Todo está reducido a sus esqueletos, los árboles, las yerbas que no arrastró el viento del otoño. En la lejanía también se divisa un esqueleto vertical y blanco: es la torre de la iglesia de San Pedro Mártir, torre reducida a sus líneas esenciales y sustentadoras: dieciséis pilares de hormigón de 65 metros de altura. Los alrededores de la iglesia

tienen un gran bullicio; son figuras en blanco y negro que, como golondrinas de una anticipada primavera, circulan rápidas y afanadas. Son todos los dominicos que han llegado de diversos puntos de España para asistir a la bendición del Teologado, convento e iglesia, que en algo más de dos años se ha alzado a las puertas de Madrid para preparar a los padres destinados a las Misiones de Oriente, en especial China y Japón.

Es fiesta mayor y las campanas recién colocadas repican a gloria con frenesí, con júbilo. Van llegando coches y más coches con los invitados a la ceremonia. De todos los conventos y casas que la Orden tiene en España han enviado representaciones para la fiesta inaugural. Todos miran con asombro y satisfacción, pues desde hace algunos

años los dominicos se han colocado a la cabeza del arte moderno, aplicado a las iglesias y en todos los templos que levanta la Orden en el mundo se concilian las más audaces tendencias estéticas con la más rigurosa observancia de la liturgia.

UN CONJUNTO DE MUY VARIADAS FUNCIONES

El conjunto de edificios que componen el Teologado para los padres dominicos que se acaba de bendecir tenía que responder a muy diversas funciones derivadas de los distintos elementos que integran dicho conjunto. Las partes esenciales del mismo eran iglesia, aulas, residencia de profesores, residencia de alumnos, refectorio, salón de actos públicos, etc.

Elementos auxiliares de este núcleo principal: cocinas, alma-



Torre de sesenta y cinco metros. Dieciséis pilares de hormigón, entre los que asciende una suave rampa hasta la cruz

cenes, enfermería, pabellón de máquinas de calefacción, transformador eléctrico, depósito de agua, garaje, pabellón de monjas para los servicios de la casa, etc.

Para la unión de los edificios destinados a tan variados menesteres se ha seguido un criterio de gran movilidad en el trazado, lográndose así una sucesión de patios y espacios libres ajardinados la mayoría, los cuales quedan abiertos al paisaje por uno de sus lados. Amplísimas galerías encristaladas sustituyen al concepto de antiguo claustro, por los que sólo se podía deambular en contados días. Porches de grandes volados, corredores cubiertos, ventanales, aseguran el recreo y la expansión en todo momento, no importa qué estación del año ni qué condiciones meteorológicas.

Las partes del conjunto que son para uso más exclusivo de los internados queda un tanto cerrada al exterior; por el contrario, en aquellos edificios para uso tanto de los religiosos como del público en general, iglesia y salón de actos están alineados sobre la fachada principal y con entradas independientes.

UN TEMPLO REVOLUCIONARIO QUE SIGUE LAS NORMAS LITÚRGICAS

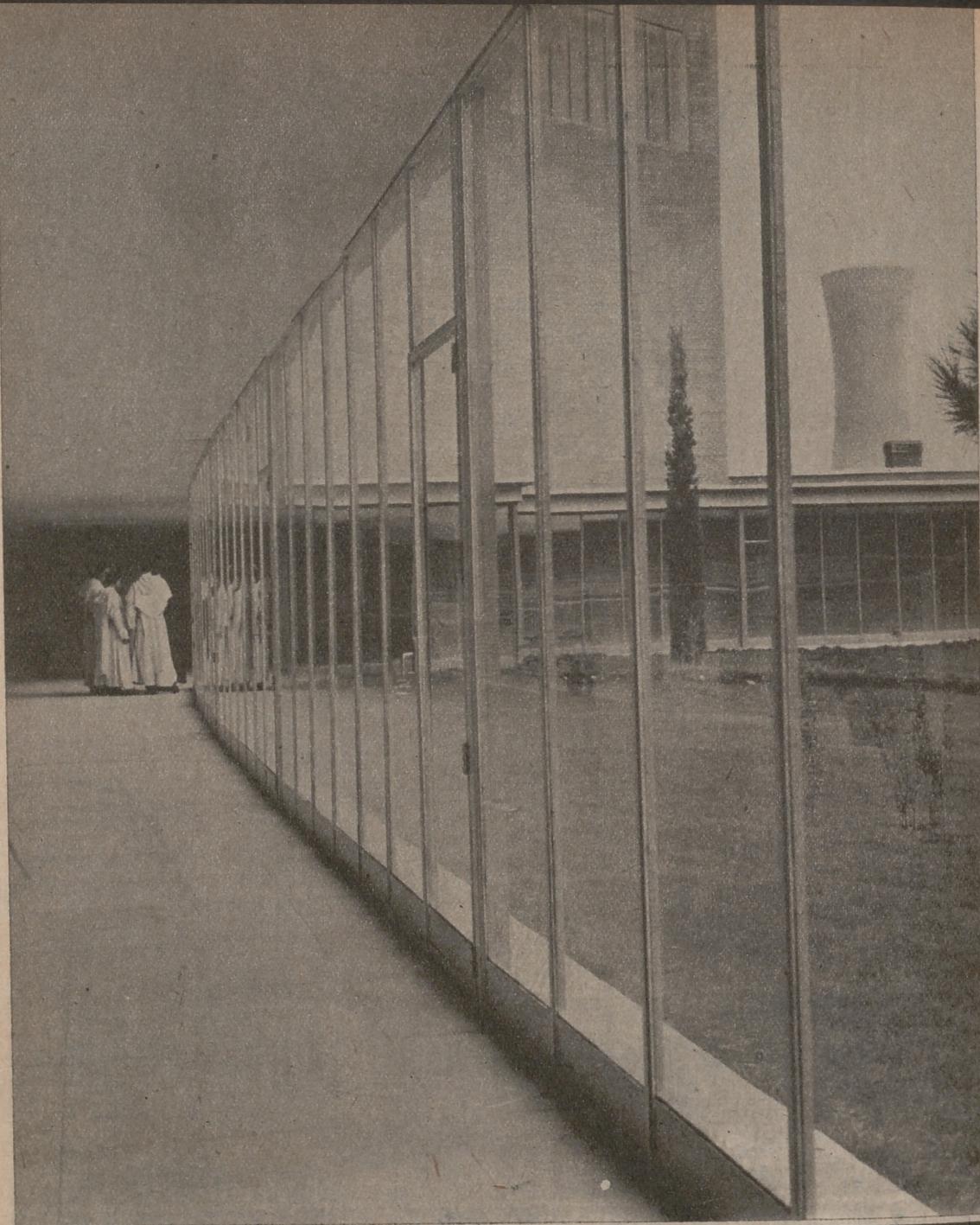
—Seguí las normas litúrgicas y salió un templo revolucionario. Estas palabras del arquitecto Miguel Fisac, dichas unos momentos antes de la inauguración, son demostrativas de que en la nueva iglesia no se ha buscado la novedad por ella misma, lo cual sería un tanto recusable, sino que ha surgido como una con-

secuencia a la función que tenía que atender.

En efecto, el nuevo templo de San Pedro Mártir no era una iglesia corriente, ya que tenía que ser tan capaz para los circunstanciales fieles visitantes como para los padres profesores y alumnos del Teologado. O sea que en ella el coro debía ser tan capaz como el espacio reservado a los asistentes a las ceremonias religiosas.

—Contaba con un elemento básico: el altar; a un lado, el coro; el otro, el espacio para el público en general. Situando en el centro el altar para que fuese visible desde ambos lados, la forma de la iglesia surgió natural, una especie de X cerrada por sus dos extremos con muros curvados.

Mientras habla, Fisac dibuja rápido sobre un papel con lápiz



Claustros encristalados abiertos a los patios ajardinados, continuidad espacial que enlaza interior y exterior

de mina grasa. Queda una silueta muy parecida a esos juguetes de goma llamados «diábolos», que son lanzados al aire por el rápido movimiento de una cuerda. Muros de ladrillo visto en su color, cubiertas onduladas de madera, pavimento continuo de terrazo. La riqueza ornamental de

la iglesia está concentrada en las vidrieras que cierran los muros curvos y en otra que corre a lo largo de toda la hipérbola en el punto donde los muros se unen a la cubierta.

No hay conocimiento de que esta planta se haya nunca utilizado en el trazado de una igle-

sia, pero en ésta de San Pedro Mártir hay que reconocer que es la más adecuada que se hubiese podido pensar. Ochocientos fieles sentados, cerca de dos mil en total, trescientos cincuenta sitiales para los ocupantes del coro; estas cifras pueden dar idea de las dimensiones de la nueva iglesia: revolucionaria por litúrgica.

**OBSEQUIE A SUS AMIGOS EN NAVIDAD
CON UNA SUSCRIPCION DE**

El Español

**VARIOS Y VALIOSOS
ARTISTAS CON UNIDAD
DE CRITERIO**

Sabido es que en las iglesias modernas se procura limitar la imaginaria, huyendo de que el templo más pareciera un almacén de escultura religiosa que un lugar recogido para la oración. En la de San Pedro Mártir el arquitecto ha reunido una serie de artistas afines a su manera de concebir, que ha dado por resultado

un ambiente de bastante unidad de concepto.

Antes de penetrar en el interior del templo ya destaca sobre su fachada un gran altorrelieve de la escultora Susana Polac, la artista austriaca radicada en España, que ha tratado de forma expresionista tres escenas de martirologio con gran fuerza de concepto y briosa ejecución. Otro elemento ornamental al exterior es la maraña de retorcidos hierros que remata la torre como calligráfico fanal a la cruz.

Dentro destaca, ostensible, la gran vidriera de nueve vitrales con escenas de apóstoles y profetas mártires centradas por una Piedad y diversos símbolos del martirologio. Es la vidriera que cierra el muro del coro, toda ella entonada en colores dorados, amarillos y rojos, obra del pintor austriaco-peruano Winteric.

Otra gran vidriera corre por toda la parte superior del templo, de motivos abstractos y coloración variante, desde las gamas frías de los azules a las calientes de los rojos, pasando por las blancas-doradas, que son las que corresponden en la vertical del altar mayor. Más vidrieras hay en el templo, en la capilla del Sagrario, en la cripta, de diversa técnica y colorido, pero todas éstas en total acorde con la arquitectura a la que sirven de bella iluminación. Autores de estos vitrales son José María Labra, Francisco Farreras y José Luis Sánchez.

Del escultor Pablo Serrano es el crucifijo de gran porte suspendido sobre el altar mayor. Una serie de cables de cobre dorado, como rayos de incesante sol, bajan desde el lucernario hasta la mesa del altar, permitiendo que la silueta de la cruz destaque nítida en el centro de la iglesia. La imagen del Crucificado sigue con rigurosidad las líneas de la cruz, y sus dilatados brazos se abren inmensos de amor, como queriéndolo abarcar todo. También de este escultor es el grupo de la Virgen del Rosario conversando con Santo Domingo, realizado en madera para la capilla del Santísimo.

Otro artista ha colaborado en la ornamentación: Jacqueline Canivet, que, junto con su esposo, José Luis Sánchez ha realizado diversas imágenes para las celdas de los padres profesores y el muro cerámico del refectorio.

DOS OPINIONES QUE CONVIENE CONOCER

Algunas veces los elogios a cualquier obra humana pueden estar dictados más que por un sentido estricto de justicia, por cierta afección nacida de la amistad, del patriotismo o de otros intereses personales. Por ello conviene recoger juicios de personas que, por más desligadas de la presión pasional, parecen ser más imparciales.

Con muy pocas horas de diferencia se han producido los dos comentarios que recogemos y los dos referidos a la nueva iglesia de los dominicos que motiva estas líneas. Uno de ellos es del padre Miguel Browne, general de la Orden de Predicadores, irlandés de nacimiento, residente en

Roma, desplazado a Madrid para bendecir y oficiar por vez primera en el nuevo templo.

—Algo muy bello, muy bello. Una de las iglesias modernas que más me han impresionado.

El padre Browne habla un italiano suave y cadencioso. Se puede observar fácilmente que está emocionado con los actos y ceremonias que se han sucedido sin apenas descanso.

Otro juicio, también formulado en italiano, éste por una de las figuras más venerables de la arquitectura contemporánea: Luigi Nervi, el mago de las estructuras de hormigón, uno de los autores del edificio de la UNESCO en París y de las grandes edificaciones deportivas olímpicas de Roma.

—La más bella iglesia moderna que he visto en el mundo. Casi podría decir que una de las pocas.

CELDA DE ESTUDIO SOBRE JARDINES PAISAJISTAS

Aunque la iglesia sea la parte más espectacular del nuevo conjunto de edificios, no hay que olvidar que al mismo tiempo es también centro de estudios, meditación y convivencia. Quiere ello decir que la disposición y ordenación de las celdas y aulas se ha llevado a cabo con arreglo a las más actuales técnicas en la materia.

La celda tipo de los alumnos tiene un volumen algo superior a los 25 metros cúbicos, y el mobiliario de cada una de ellas colocado convenientemente, divide el recinto en tres zonas de diferente uso: la más interior, para dormir y guardar la ropa; la más próxima al ventanal, para el estudio, mesa y estantería de libros, con luz lateral izquierda en todas las celdas; la tercera zona es la de aseo.

Todas estas celdas tienen un gran ventanal, pero la posición de la zona de estudio impide el deslumbramiento, y al mismo tiempo sólo permite la visión lejana.

Las celdas de los padres profesores y directivos del centro tienen mayor amplitud y diferente distribución. Todas ellas se abren sobre jardines de marcado carácter paisajista japonés, tan del gusto actual, y que tan bien rima

con la arquitectura sincera del ladrillo y el hormigón visto. Suaves praderas con pequeñas láminas de agua, rocas en su aspecto natural, arbustos resistentes a las inclemencias del invierno y masas de árboles. Sobre una de estas alfombras naturales del césped se levanta la audacia de una escalera exterior, sin barandillas ni más apoyo que el suelo. Todos los novicios se muestran orgullosos de ella; uno muy joven, con marcado acento andaluz, me dirige la observación:

—¿No ve? Parece la espina de algún animal antediluviano.

Y mira a sus compañeros, contento de haber encontrado tan acertada comparación.

«GLORIOSA, ABIERTA Y HUMANA»

Hace algún tiempo uno de los teóricos más valiosos del moderno arte religioso, el dominico francés padre Cocagnac, me confiaba las condiciones que debía reunir una iglesia actual y el gran papel que en ella puede jugar el arte no figurativo, porque «el ambiente que provoca es doblemente favorable al recogimiento y a lo que los antiguos llamaban «la composición del alma».

Este padre recomendaba: «Los artistas deben reflejar en la iglesia una luz de gloria celeste, especialmente en el santuario, lleno de una claridad que hable de la claridad de Dios. La iglesia de hoy debe ser gloriosa, abierta y humana.»

La nueva iglesia de San Pedro Mártir, tan llena de vitrales, lucernarios, muros perforados, cumple como pocas esa condición de claridad. De los cuatro templos que Fisac lleva construidos (el del Espíritu Santo, en Madrid; el de los Dominicos, en Valladolid, y la parroquia de la Coronación, en Vitoria, es, desde luego, el de mayor amplitud, no sólo referido a la cabida numérica, sino al de una concepción ambiciosa al servicio de la arquitectura sagrada, la cual, desde el barroco, no había vuelto a tener acento propio y definido.

Ramírez DE LUCAS
(Fotos: Cortina y Aumente.)

Andaz escalera de hormigón, apoyada sólo en el suelo



ACTUALIDAD DE UNA MISMA POLITICA

DIAS atrás, un semanario francés dedicaba sus páginas preferentes a glosar el reciente libro del escritor Claude Martin, titulado «Franco, Soldat et Chef d'Etat». El articulista recogía con especial relieve un pasaje de la obra que relata una entrevista del Caudillo con el que era Presidente de la República.

Con palabras textuales dice el semanario:

«El general había sido deportado a Canarias. Antes de ponerse en camino fue a despedirse del jefe del Estado, quien le ofreció amablemente unos bombones:

—Puede irse tranquilo, general: no habrá comunismo en España.

Por una vez, Francisco Franco pierde su habitual impasibilidad:

—Es posible, señor Presidente. De lo que sí estoy convencido es que donde yo esté jamás habrá comunismo.»

Estas palabras, pronunciadas en los graves momentos que precedieron al Alzamiento Nacional, tenían ya rango de firme promesa para todos los españoles. El tiempo confirmaría pronto que, como todas las promesas hechas por el Caudillo, ésta también tenía exacto cumplimiento. El Generalísimo no sólo ganaba para España la más limpia victoria arraucada a la U. R. S. S., con la paz sabría asimismo defender, con impecable estilo político, esa victoria española. Con honor y sin claudicación alguna. Cuando la contienda mundial y la dramática posguerra creaban ambiente propicio para tantas y tantas bochornosas humillaciones frente a Moscú, España mantenía su firme dignidad. El Caudillo daba la mejor lección de pundonor y de fe.

De cara a un mundo que iba perdiendo conciencia de sus deberes y que daba de lado el código de la prudencia política, el Caudillo de España ni tenía que rectificar ni tenía tampoco que dar como gastados por los acontecimientos los principios que tan felizmente había defendido. «Donde yo esté jamás habrá comunismo.» Fue el mundo el que hubo de reconocer al fin que el Caudillo tenía la verdad de su lado. Desde siglos atrás, España no había hablado con voz tan suya a los otros países. Hacía muchos años que nuestra Patria no lograba semejante reconocimiento de su razón.

Corrían entonces los tiempos en que Occidente pasaba por el trance de tener que enmendar precipitadamente los malos pasos. Muchos dirigentes que se adjudicaban todos los atributos de la sabiduría política y que llegaron incluso a dar ligeros consejos a nuestro país, guardaron en silencio fracasos y errores. El Caudillo mantenía su invariable promesa: «Donde yo esté jamás habrá comunismo». De haber aceptado alguna de aquellas irresponsables recomendaciones, no podrían los españoles decir lo mismo ahora. Moscú se aprovechaba entonces de que Occidente carecía de arranque para poner freno al expansionismo soviético. Una España rendida en tales circunstancias al acoso internacional hubiera sido víctima sin defensa.

Cuando el mundo libre se percató del peligro comunista y decide tomar las armas a fin de contener las agresiones, la U. R. S. S. cambia de tácticas para seguir una misma política. El ataque armado será sustituido por la acción subversiva. Krustchev está ya en el Kremlin para patrocinar la nueva maniobra. Moscú desencadena la más peligrosa ofensiva propagandística de los tiempos modernos. Rusia aplica formidables medios a fin de presentarse al mundo como abanderada de la paz. Toda la vasta quinta columna de auxiliares entra en acción para secundar la farsa. La consigna es arrinconar al anticomunismo como una política desfasada.

Tan persistente es esta propaganda que algu-

nas resistencias son vencidas. No faltan tampoco dirigentes responsables de la anterior política de sumisión y humillaciones, promotores de la entrega a Rusia de no pocos países que vuelven irreflexiblemente al error. Son éstos quienes alzan más la voz para pregonar las supuestas buenas intenciones de los soviéticos. Entre unos y otros contribuyen a sembrar el tópic de que el anticomunismo ya no responde a ninguna exigencia práctica.

En vísperas de iniciar el Presidente Eisenhower su viaje de amistad por once países, en Norteamérica se hacía público un trascendental documento para señalar los riesgos de la hora presente. Porque una cosa es buscar los medios a fin de asegurar la paz y otra muy distinta la imprudencia, el abandono y la ceguera. Trabajar por una paz con seguridad y garantías es precisamente la tarea a la que se entrega Eisenhower abnegadamente. Lo otro, plegarse a los intentos soviéticos so pretexto de alcanzar así la paz, constituye la misma trayectoria que siguieron algunos después de la última guerra. Las fatales consecuencias de esta política las padecen todavía millones de desgraciados. Precisamente para advertir el peligro, la jerarquía católica norteamericana ha firmado ese importante documento. Es tan oportuno como exacto es su contenido. El título: «Libertad y paz». Al final van los nombres de los cardenales y obispos de los Estados Unidos. Desde el cardenal Spellman al obispo Zuroweste.

Se empieza con una tajante aclaración: «Palabras como «república», «paz» y «amistad» son palabras a las que el mundo occidental está acostumbrado desde hace mucho tiempo. Estos mismos términos han sido incluidos en su vocabulario usual por los defensores del comunismo. Pero mientras nosotros y ellos empleamos idénticas palabras, no hablamos el mismo lenguaje. Para el comunismo «paz» significa sumisión a su programa. Por «amistad» entiende la aceptación general de su fórmula de coexistencia».

Sobre el alcance del concepto de paz el documento hace otras exactas puntualizaciones: «Ni las organizaciones ni el derecho internacional pueden, por muy esenciales que sean, traer la paz al mundo. Fundamentalmente, la paz depende de la aceptación por parte de los hombres y de las naciones de una ley moral fija, definitiva y universal». Y entre las fuerzas que se oponen a ese orden, la jerarquía católica norteamericana señala: «El primer enemigo de la paz y de la libertad en nuestro mundo actual es el mundo comunista. Los comunistas abogan por una y otra incesantemente, pero sus actos no responden a sus palabras. Ellos excitan el odio y la desconfianza. Mientras esclavizan naciones enteras, sobre las que no tienen ningún derecho, aprovechan toda ocasión para incitar a la lucha de clases y a la revolución».

El documento señala también el peligro comunista como riesgo presente y directo. No se trata de una amenaza que pertenezca a un pasado más o menos remoto; sigue siendo enemigo de cada hora actual. Se dice así: «El peligro comunista sigue manifestándose de dos formas. La primera es la agresión militar, de la que hay constancia reciente como testimonio de barbarie y perfidia. La segunda exteriorización está en las acciones encaminadas a despertar el odio dentro de las naciones y entre las naciones. Nuestra condena moral del comunismo es absoluta. El comunismo es siniestro, agresivo, beligerante e increíblemente cruel».

El juicio de la jerarquía católica norteamericana es terminante. Apunta directamente hacia el origen de los males del mundo y no deja margen a torcidas interpretaciones. Se trata de una amenaza viva y operante. Y de la misma manera que la acción del comunismo es actual, la reacción contraria sigue siendo necesaria y actual.

«Donde yo esté jamás habrá comunismo» es la promesa siempre cumplida por el Caudillo. Y tan oportuna hoy como en los días en que fue hecha por vez primera. Bueno es tener siempre en la memoria que si España está libre de la presencia comunista en su suelo, esta paz no ha sido regalo del partido por haber renunciado a la acción. La buena fortuna de nuestro país tiene guardián y defensor, artífice y vigilante.

Alfonso BARRA

EL HIMALAYA, ¿FRONTERA MILITAR?



Penetración «microbiana» a través de una barrera de tres mil kilómetros

ES demasiado probable que entre todas las escalas del itinerario del Presidente americano, sin excluir, ni mucho menos interés a ninguna, el que le tenga mayor, a estas alturas, sea la de Nueva Delhi. Las proporciones, realmente apoteósicas, del recibimiento deparado a Eisenhower, en la capital hindú, dan el marco adecuado a esta visita, que ha servido para tema de larga conversación entre el primer magistrado yanqui y Nehru.

La tensión chino-hindú es muy grande. Los chinos no respetan las fronteras tradicionales, como es bien sabido, y anhelaban una rectificación que implica la cesión de una superficie equivalente a la quinta parte de la extensión espa-

ñola. Pero lo más importante es que sus reivindicaciones se concretan a regiones meridionales del Himalaya, que dejan tras de sí los pasos y los puertos principales de la mayor cordillera del mundo. Está claro que los anhelos de Pekín no se refieren a concreciones locales, más o menos grandes, China—la China roja, va sin decir— quiere, sencillamente, abrir averidas que la lleven al Sur. A las cuencas de los grandes ríos hindúes, feraces y lozanas. Porque el Himalaya es barrera de mundos. Al Norte quedan los países altos, muy altos, el «Techo del Mundo», fríos, desolados y estériles. Al Sur en contraste, la irrigación generosa del monzón, las cosechas amplias y los campos ubérrimos. El

problema militar así planteado en torno de la presión creciente de Chu En Lai y de Mao Tse Tung es árduo. Y al mismo tiempo curioso y, desde luego, de una actualidad singular. El problema es, concretamente, geográfico-militar. Se trata de saber si el Himalaya, el gigante orográfico del planeta, es o no un obstáculo al paso de la invasión. Esto es, sí, el Himalaya es realmente barrera o no. Una cuestión todo menos ateneística. Una cuestión vital, grave y trascendental.

BARRERA DE TRES MIL KILOMETROS

El Himalaya es una cordillera de tres mil kilómetros de longi-



Esquema geográfico del macizo del Himalaya

tud y de varios cientos de anchura. A decir verdad está constituida, al menos desde el punto de vista «geomilitar», por tres alineaciones, más o menos paralelas, pero todas especialmente abruptas. Al Sur los Siwalik o anticordillera, formada por montes muy quebrados, pero no tan altos como los pertenecientes a las dos alineaciones más septentrionales. Luego el Himalaya, ingente y colosal y, por último, más al norte aún, el Trashimalaya, saltando sobre el Tibet, con sus crestas elevadas como las de Karakorum. La gran masa de los plegamientos terciarios topó, en esta parte de Asia, con los pilares rígidos de la masa tibetana. He aquí lo que nos explican los geólogos. Todo, en fin, ha ocurrido como si este mar de montañas se hubiera estrellado contra el ingente bastión del Tibet. Este país — el Tibet — que ha quedado en manos chinas, tras de la invasión violenta de los soldados de Mao, tiene una altura media de 5.000 metros sobre el nivel del mar, esto es doble de la sierra de Guadarrama. La extensión del país en cuestión es cuatro o cinco veces la de España. Se trata de un inmenso desierto, frígido y hostil; pero que tiene un

gran valor estratégico por cuanto diremos.

El Himalaya forma al revés una región encrespada de altísimas cimas. Más de setenta de sus picos se alzan por encima de los 7.300 metros — sensiblemente el doble que las mayores alturas del Pirineo —; Guaurisankar, en la parte occidental, mide 7.150; Hiden Peck, en la región central, 8.066, y el gigante del mundo, el Everest, 8.840, poco más o menos doble que el Monte Blanco, el pico más elevado de Europa, en la cordillera alpina. Se comprende, por tanto, lo agreste y lo salvaje de esta frontera chino-hundú, de la que los ingleses, durante su dominación del Indostán, se ocuparon muy poco. De una parte despreciaron su vigilancia, por la seguridad propia de esta fortaleza natural; de otra, en fin, China a la sazón era débil y, por último, los artificiosos «taponés» de Bhutan y Nepal se entendía que servirían perfectamente de almohadilla para casos improbable de invasión.

La «estrategia» se funda, dicen los técnicos militares, en la «logística». «La estrategia — decía Napoleón — consiste sencillamente en el dominio de las comunicaciones,

esto es, en disponer de la posibilidad de movimiento, es decir, en tener primacía logística. ¡Hasta qué punto es ello posible y permitido en el Himalaya, hoy, porque de hoy, justamente, se trata! No se olvide, en efecto, siempre que todo problema militar hay que enjuiciarlo en el tiempo; la «situación», los «medios», las «armas».

La historia a este respecto habla poco al efecto en nuestro caso. Nos cuenta que las invasiones que antaño padeció el Indostán, procedentes del Norte, llegaron siempre por el valle de Cachemira los extremos del Himalaya, puertos del Paquistán, en fin, y brechas de los ríos. Y nunca por la parte más adrupta de las montañas himalayas, ni por la «jungla», penosa, de Assam. Los bárbaros, que siguieron el camino del Sur, desde Mongolia y Turquesán dieron, al efecto, una vuelta grandísima para ganar el Himalaya por sus extremos. Que, como decía Federico, «jamás es bueno coger al toro por los cuernos». Por las mismas rutas pasaron siempre peregrinos y comerciantes, a la verdad éstos, gentes de paz.

Una carta esquemática de las posibilidades regulares de los chinos, para invadir el Sur, marca-



El impresionante aspecto del macizo montañoso más alto del mundo

ría tres rutas diferentes. La primera parte de Siam (antiguo Tchangan) y se inicia por el camino de hierro que une a este punto con Lautcheu. Total, 650 kilómetros de tren pésimo. La ruta seguiría luego, continuada por una mediocre carretera desde aquí a Lhasa, otros 2.000 kilómetros más y, al fin, salvaría la cordillera fronteriza, por una ma-

la carretera, de 200 a 300 kilómetros de longitud. Un camino muy largo y, por añadidura, muy malo. Y de muy débil rendimiento.

Otra ruta sería la de Lhasa, por los altos puertos del Himalaya central, y de la parte Noroeste de la cordillera por Gastok. Desde Lhasa, 1.300 kilómetros de malos caminos igualmente.

La tercera ruta parcialmente de

caravanas, va desde Kashar a Sinkiang y Cachemira y se compone así: desde Lautcheu a Hami hay 1.350 de ferrocarril malo; de Hami a Kasghar, 1.800 de muy mal camino carretero y desde Kasghar a la frontera, de 200 a 300 kilómetros de muy mediana pista.

Todos, pues, caminos pésimos, demasiado largos y de ínfimo rendimiento. El ferrocarril, donde

existe, es de una sola vía, por lo que su tráfico es pequeño y no de gran valor estratégico para movimientos de importancia; probablemente no rendirá más de un transporte diario de 4.000 toneladas. La carretera de Lhasa carece de firme especial, su trazado es malo, pasa puertos de 5.000 a 6.000 metros de altitud—tres veces la de la Bonaigua, en el Pirineo Central; cuatro veces la de Somoserra—una simple avería en un carro o en otra clase de vehículos pesados bastaría para destruir el paso; los corrimientos de tierra son frecuentes y, por añadidura, a semejantes altitudes las nieves cortan el camino durante mucho tiempo al año. Ahora, en la mala estación, precisamente, desde luego.

Los aeródromos militares chinos están lejos, son medianos, no están bien utillados y su capacidad es escasa para abordar una gran operación aérea sobre la cordillera. Hay bases chinas de aviación en Lautcheu, Urunchi y Kashgar. Pero, como hemos dicho, distan tanto de la frontera que se hallan a 1.000 y aún a 2.000 kilómetros de ésta. Se sirven de estos aeródromos los aviones rusos «Mig» cedidos a los chinos. Hasta aquí la realidad del problema logístico de la frontera. Su grado de «impenetrabilidad» parece claro. Su condición de «cordillera insalvable» también. Los ejércitos regulares no se pueden mover más que disponiendo de grandes y numerosas comunicaciones. Pero...

MAS HOMBRES QUE MATERIAL

Convengamos, contra lo que muchos han supuesto, que no se trata ahora de esto. Es lo más or-

bable que Mao no incurra en la candidez de intentar atravesar el Himalaya, con grandes cuerpos de tropas, muy bien pertrechados, con abundantes trenes automóviles, pesada artillería, material, en fin, en demasía. No ocurrirá esto. En principio porque el Ejército chino rojo es más abundante en material humano, que en material de guerra. En segundo término, la estación no es propicia, ni la posición política de China permitiría, en el momento internacional, la aventura. Por último, en tales hipótesis, una invasión de fuertes contingentes no sería posible por la falta de medios de transporte. Imposible... e innecesaria. Porque nadie—y Mao menos que nadie—habrá pensado en hacer la guerra a lo grande en la zona montañosa del ingente Himalaya.

El Ejército rojo chino, por otra parte, es sumamente ágil. Se mueve por cualquier sitio y va de un lugar a otro sin que le importe demasiado ni el tiempo ni la distancia. Un ejemplo claro de esta afirmación: la llamada «Gran Marcha», realizada precisamente por el Ejército rojo de Mao, en 1935. Pasó del sur al norte de la inmensa China, rozando el Tibet y recorriendo 12.000 kilómetros a pie durante un año. ¡Treinta kilómetros diarios, sin descansar, durante ese período!

LOS RECURSOS DE LA UNION INDIA

En realidad los Ejércitos chino e hindú frente a frente son ambos demasiado importantes para aventurarse en una región cual la cordillera del Himalaya, de «saturación militar» muy rápida. La Unión India podría movilizar sin dificultad cantidades enor-

mes de masas humanas. ¡Muchos millones de soldados! Pero no se trata de esto. Porque la limitación de las Fuerzas Armadas hindúes está mucho más en la de los medios materiales que en los de la población movillizable. En los últimos tiempos Nueva Delhi ha mejorado mucho su fuerza militar, pese a las teorías neutralistas de Nehru y a los desfallecimientos que se le atribuyen del ministro de Defensa Menon. En parte, los mandos hindúes tienen la experiencia de la última gran guerra y el material ha podido ser suministrado por Inglaterra y los Estados Unidos, singularmente en lo que se refiere al pesado y a la aviación.

China tiene sobre las armas un Ejército enorme. Millones de hombres, para ser más exactos. Dispone relativamente de abundante material, bien de fabricación nacional, bien de procedencia soviética. Cabe prever una masa ingente de soldados que podrán agruparse poco más o menos en quizá 20 «Bin Tans», esto es, Ejércitos, constituidos por tropas regulares, equivalentes en conjunto a 73 Cuerpos de Ejército más otros cuatro especiales, formados por caballería, artillería o carros; numerosas unidades regionales y policía. En total, entre tres y cuatro millones de hombres.

Pero China debe disponer, sobre todo, a prever su inviolabilidad litoral, frente del Pacífico, ante Formosa, seguro que Chan Kai Chek aprovecharía en su favor cualquier mal paso de Pekin, sobre todo a sabiendas de que la situación interna en el país no es tranquila.

Si se tratara de un ataque regular, conforme a los métodos

EQUIDAD Y PERFECCION EN LA TECNICA FISCAL

Si pudiera existir un Derecho—derecho de deberes y obligaciones—que tuviera todavía más fuerza de obligación para la sociedad que ningún otro, éste sería el Derecho fiscal. Todos los Derechos positivos, desde luego, pueden medirse, en cuanto a su jerarquización jurídica, por la misma tabla de niveles. Sin embargo, el fiscal—tantas veces vulnerado incluso con la subconsciente aprobación convencida del propio individuo—redunda, si cabe, en el mayor bien común de la sociedad. El Derecho fiscal, con su anejo el presupuestario, es el gran regulador de la vida económica de la nación y, como reflejo, de la justicia distributiva en lo que a renta "per cápita" se refiere.

Sobre el Presupuesto, como instrumento económico, descansa el desarrollo material de una nación. El Presupuesto dirige, ordena, encauza, contiene o estimula aquellas facetas a las que debe ajustarse la vida económica de un país, de acuerdo con

sus especiales características y situaciones. Las Cortes Españolas, a través de su correspondiente Comisión, acaban de dictaminar los Presupuestos Generales del Estado para el bienio 1960-61. Y los nuevos Presupuestos, cual les corresponde, son reflejo de la marcha estabilizadora en materia económica que sigue España. El gasto público, prácticamente, no ha aumentado. En dos años, un escaso 7 por 100 de incremento no supone nada. Cualquier teórico de la Hacienda Pública, si en las fechas de 1957, en que se aprobaron los Presupuestos que ahora terminan su ejercicio, hubiera tenido que dar su pronóstico para los próximos, habría sobrepasado con mucho ese tope. Y lo habría sobrepasado pensando lógicamente en el natural robustecimiento de la Administración, que, debido a la cada vez mayor complejidad de sus funciones, tiene que ampliar su base. Y la ampliación de la base se hace a fuerza de constreñir el gasto.

La segunda parte de esta

teoría fiscal—teoría de deberes y derechos—, se encuentra situada en la ley fiscal. En la ley tributaria. Hace dos años se actualizó y reformó el sistema tributario español, dotándole de una mayor equidad y de una mejor técnica recaudatoria. En la ley, el Estado no perseguía tanto el aumento de la recaudación como la justicia fiscal; el Estado quiere, porque es de ley, aunque sea juego de palabras, que sea real y efectiva la obligación de todos los ciudadanos en la contribución a los cargos públicos, porque esta contribución no redunde, ni más ni menos, que en el propio bienestar nacional.

Pues bien, siguiendo esta modernización y agilidad técnica, las Cortes Españolas, también a través de la correspondiente Comisión, han dictaminado un proyecto de ley que modifica y retoca algunos puntos del vigente sistema tributario. Reforma presidida no por afán recaudatorio, sino por equidad y perfeccionamiento de la técnica del sistema.

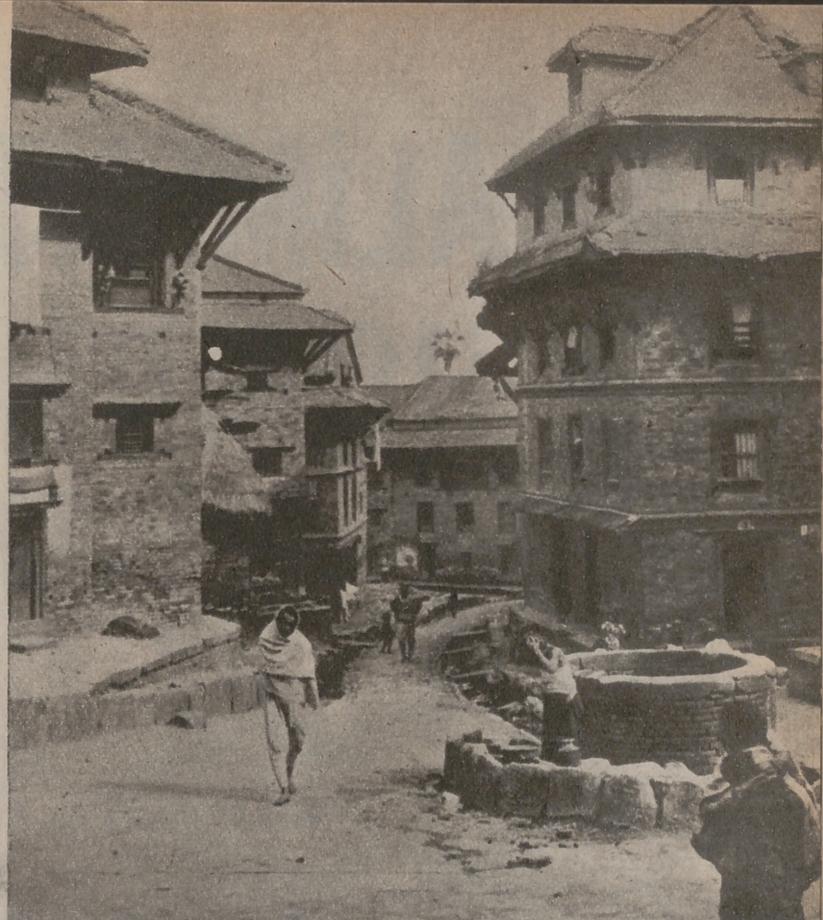
más o menos clásicos, de China a la Unión India, todo debería producirse en la forma convenida. Los chinos atacarían en las peores condiciones el frente himalayano. Pocas vías de comunicación, como se ha dicho; malas, por añadidura, y, por tanto, sin rendimiento. Escasean las bases y están demasiado alejadas del frente las que existen. Países pobres y sin recursos. La dificultad principal radicaría aquí, por tanto, en el medio físico. La barrera himalayana reaccionaría ella sola frente a la invasión. Aun salvados los pocos y malos puertos de la cordillera, la desembocadura, en la parte llana meridional, en las regiones de los valles fértiles de los grandes ríos, la zona subhimalaya, sería el lugar óptimo para que los hombres de Nehru dieran la batalla cuando exactamente el adversario tendría a su espalda tanta dificultad como hemos dicho para el repliegue y la retirada y del mismo modo tanta dificultad, incluso también para mantener y alimentar la lucha.

Pero no se trata de esto, que suena a «juego de la guerra», en su peor concepto y en su expresión más simple. Todo ello lo más seguro es que sea sólo «estrategia barata de mesa de café». Porque ni Mao ni Chu En Lai han pensado jamás en semejante aventura de invadir a «golpe de divisiones» y a «tambor batiente» la Unión India. ¿Y entonces...?

LA INVASIÓN «MICROBIANA»

Lo más seguro es que Mao actúe conforme a sus propios métodos estratégicos, que incluso ha publicado, de «guerra revolucionaria». No habrá así invasión de la India, sino sólo «infiltración». Mera cuestión de nombre en cuanto al resultado, pero radical diferencia metodológica en el proceso militar. Es cierto que los chinos, sobre los datos logísticos dados arriba, han añadido pistas, carreteras, bases, fortificaciones y aeródromos nuevos. Incluso muchos posiblemente. Aunque, naturalmente, no sabemos la cifra, y menos su situación. No cabe, por tanto, a ciegas hacer hipótesis. Pero en todo caso esto habrá mejorado las dificultades logísticas de la lucha, pero no las habrá resuelto de modo pleno y satisfactorio. Pero insistimos que si todo esto es conveniente para los planes de Mao, en cambio no actuará éste conforme a la vieja fórmula clásica, a realizar una gran invasión «a lo Napoleón». Ni mucho menos.

En las «Obras escogidas» de Mao Tse Tung podremos hallar sin dificultad el método operativo, en este caso de la «guerra revolucionaria». En resumen y sintetizando: Mao no se lanzará a invadir la Unión India median-



Las poblaciones cercanas pueden servir de base para la invasión «microbiana»

te una operación de esas que llaman en la guerra clásica de «gran estilo». Mao, al revés, procederá—está procediendo ya—a realizar la simbiosis, que pudiéramos decir, del Himalaya. No decidirá pasar grandes Ejércitos con muchos carros y con muchos cañones. ¿Para qué? Ha decidido hacer pasar contingentes minúsculos y muy difíciles. Será como una invasión... ¡microbiana! Elementos imperceptibles, debísimos contingentes. Esta infiltración estará constituida por agitadores, «activistas», propagandistas e incluso guerrilleros. El país está muy poco poblado, pues si la Unión India tiene una densidad de población muy grande—de ahí sus enormes crisis de alimentación—, en cambio las altas y desoladas regiones de las montañas sólo están habitadas en los valles y no es en todo caso mucha ni muy densa tampoco.

¡Ya tenemos la simbiosis en marcha! Dentro de la Unión India los infiltrados deberán de operar estrictamente obedientes a los métodos de la «guerra revolucionaria», según la fórmula del gran maestro Mao. Captarán adeptos; introducirán el «terror»; harán propaganda; provocarán conflictos; realizarán sabotajes. No es esto difícil en una región pobre, escasa de recursos, de gentes incultas. La «guerra revolucionaria» entrará así en la

fase de «cristalización». No serán ya los chinos meramente los que deberán luchar con los hindúes. Serán los chinos más los hindúes atraídos o forzados los que combatirán a los otros hindúes. La guerra civil, en una palabra. Una guerra a la que llevará China sus dirigentes, sus cuadros de Estado Mayor militar y revolucionario. Una guerra a la que China alimentará enviando armas y municiones y cuanto sea preciso. Una guerra, a la postre sobre todo, más política que militar. Una guerra, en consecuencia, en la que el Ejército regular chino hará algo semejante a lo que hace el soviético en Europa. Amagará más que dar. Presionar, atraer la atención mientras que el otro Ejército difuso de guerrilleros, activistas y propagandistas hará lo demás. Una guerra, en fin, para la que no es preciso disponer a través del Himalaya de grandes comunicaciones. Porque la guerra se hará y se mantendrá en la Unión India. Será «otra guerra de los demás». Otra batalla encarnizada entre los hindúes del Norte y los del Sur. Como en Corea. Como en Indochina. Una guerra para la cual se están poniendo los jalones ya. A través exactamente de esta operación preliminar de simbiosis que señalamos en la barrera himalayana.

Es menester darse cuenta. La Unión India está siendo invadida ya. «Infiltración», «cristalización», «dislocación», «subversión». He aquí las fases de esta batalla invisible para tanto mlope como en el mundo existe.

Suscribase a EL ESPAÑOL

MAS ALIMENTOS QUE HOMBRES



Las nuevas conquistas de la agricultura y avicultura industrial muestran un ancho horizonte de prosperidades, capaz de suministrar el incremento de los mercados mundiales



UN INFORME DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO ASEGURA QUE LA PRODUCCION CRECE MAS RAPIDAMENTE QUE LA POBLACION

Eisenhower pugna una Cruzada Mundial contra el Hambre

LA gran máquina avanzaba lentamente con solemnidad. Al lado de un hombre fuerte, bíblico y cuyos músculos denotaban excelente alimentación eran sus tierras, campos de Illinois. No faltaba el abono, entregado como moneda.

Eran unos campos bien cuidados. Hace unos años se conocían aún el arado y el poco trabajo y daban un rendimiento. El propietario, dado por algunos obreros remunerados, se bastaba a llevar a cabo todas las agrícolas.

En su casa, con luz, agua corriente y calefacción había un televisor y varios aparatos de radio. Con las rentas que le producían sus tierras tenía bastante para vivir bien y engrosar cada año la cuenta del Banco.

Al otro lado del mundo, en las secas tierras del Oriente Medio o en las reducidas parcelas de China o en las diminutas fincas de muchos países mediterráneos, la suerte de los agricultores es muy distinta. En diversas zonas campesinas faltan tractores y abonos y agua para cuidar los cultivos. Sobran únicamente los brazos capaces de trabajarlos. Por inverosímil que parezca, hay lugares del planeta donde los

campesinos no tienen siquiera animales de trabajo y han de tirar por sí mismos de arados rudimentarios que escarban tierras cansadas.

Son campos que han conocido miles de cosechas, gastados, empobrecidos, que dan un fruto raquítico y unas plantas desmiedradas. Un año desfavorable es bastante para que las tierras se nieguen a producir y sobrevenga la muerte por inanición de miles de seres. Esto ocurre todavía en China, en la India y en otras regiones del globo.

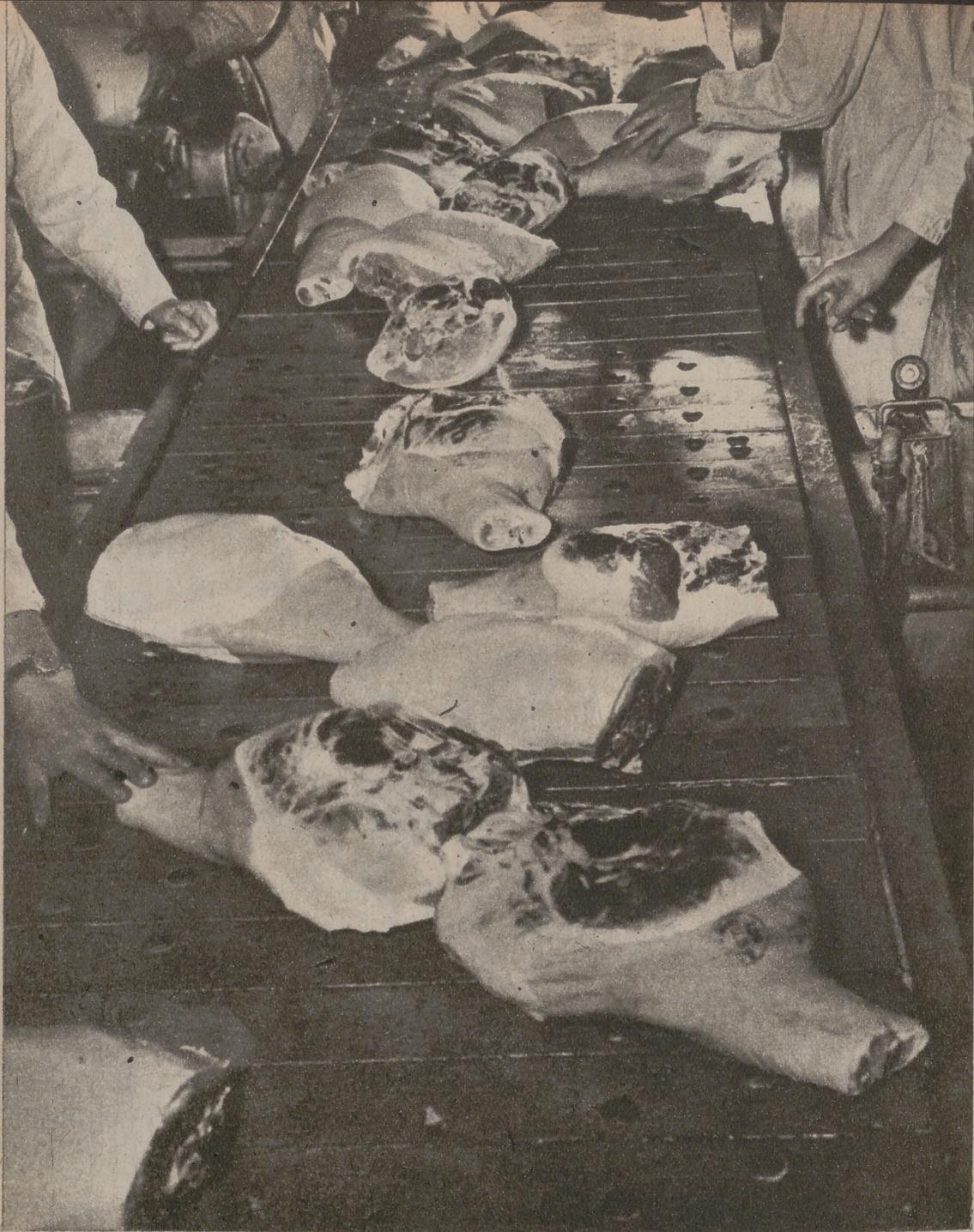
La observación de esta triste realidad ha sido la que ha servido a muchos para dar la alarma ante la posible escasez de ali-

mentos en un futuro próximo, agravada por el crecimiento de la población en determinadas zonas del mundo. Durante muchos años estos augurios han sido creídos al pie de la letra. Cada vez más hombres, cada vez menos alimentos, era el «slogan» pesimista de estos observadores.

Ahora, por fin, con cifras y datos, se ha demostrado la falsedad de estas profecías. El mundo no se morirá de hambre, se ha dicho en Estados Unidos.

LA REPLICA DE LOS OBISPOS

El Departamento de Estado acaba de hacer público un ir-



Los modernos mataderos industriales permiten el sacrificio y preparación de miles de cabezas de ganado por día

me en el que se afirma que la producción mundial de alimentos está aumentando a ritmo mucho más rápido que el de la población. Si las cifras de ese informe son totalmente ciertas, en los próximos años puede llegarse a la solución del problema alimenticio que en plena era atómica afecta a la mayor parte de la población del globo.

Los redactores del informe han concentrado especialmente su atención sobre el hecho de que la tasa de crecimiento de la población sea de un 1,7 por 100 cada año, mientras que la producción de alimentos se acerca para el mismo período a un 3 por 100.

Como conclusión fundamental de este estudio se señala que, al menos en los próximos quince años, la alimentación mundial,

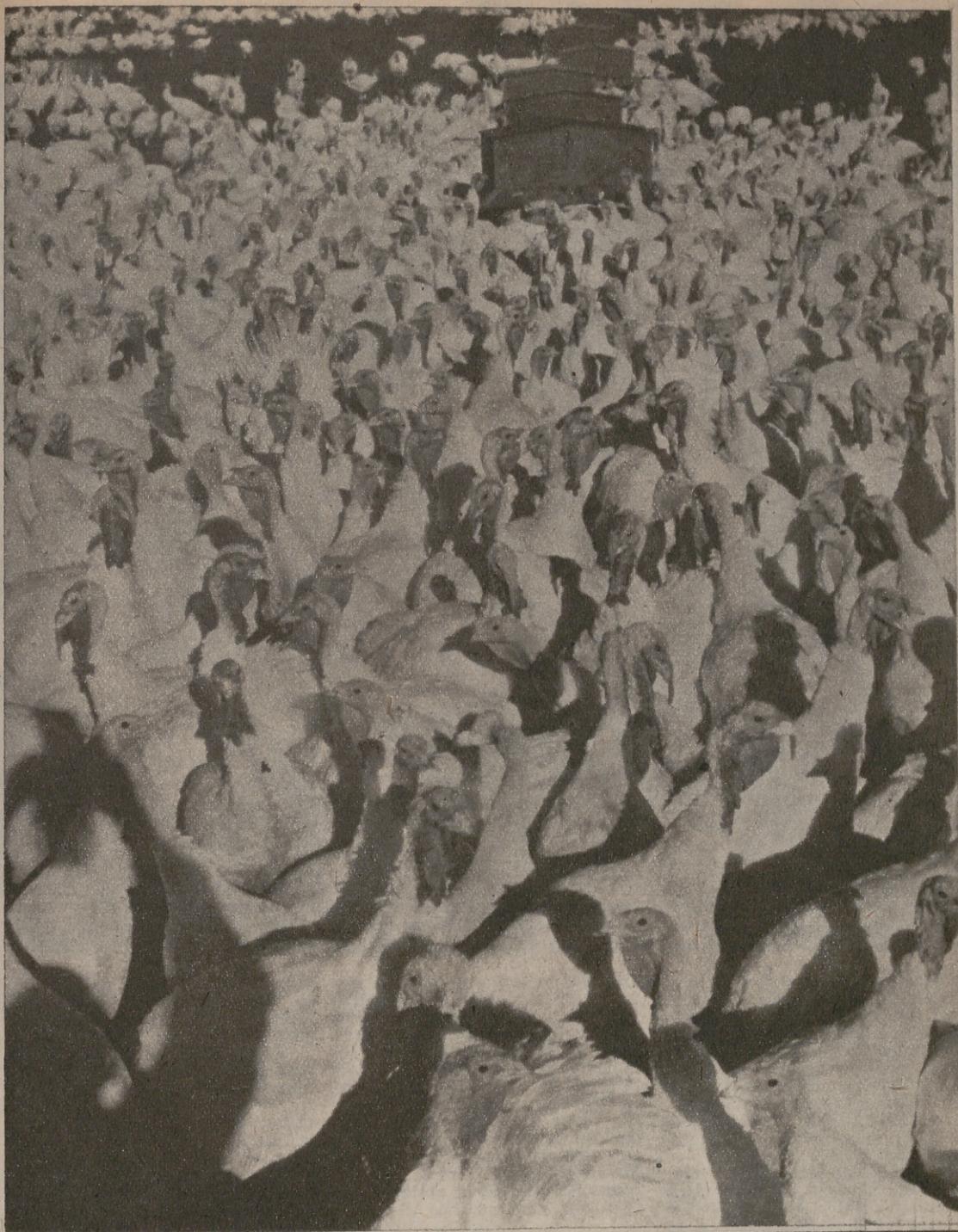
en cifras generales, está teóricamente asegurada por lo que respecta al arroz y al trigo. Estos son los dos alimentos básicos que se han considerado especialmente por constituir la base de dos tipos de nutrición elemental: la de grandes masas de Extremo Oriente y la de otras en diversas zonas del mundo.

No han faltado, naturalmente, pesimistas que duden del valor de este informe. Ellos han sido precisamente los que han comentado la oportunidad política del mismo.

Hace unas semanas los obispos norteamericanos recordaban en un comunicado conjunto la doctrina de la Iglesia católica, que condena determinados métodos del control de la natalidad. La reiteración llegaba muy oportu-

namente, puesto que había corrido el rumor de que en el futuro la ayuda económica americana a los países de gran densidad de población estaría condicionada a la admisión por los Gobiernos respectivos de la legalidad de las prácticas y propaganda de los métodos anticoncepcionistas. En Washington negaron que existiera este propósito y para hacer aún más efectiva la negativa, el Presidente Eisenhower, durante la última conferencia de Prensa que celebró antes de partir para su largo viaje señaló que estas cuestiones no podían ser nunca de la incumbencia del Estado americano.

La polémica sostenida y propagada por determinadas sectas protestantes americanas había sido en realidad un simple pre-



Variedades avícolas de abundante carne, que requieren gastos mínimos en alimentación y anidados, son explotadas ya con resultados excelentes

texto para tratar de disminuir las posibilidades electorales del probable candidato demócrata a la Presidencia, Kennedy, que es católico. Sirvió, no obstante, para recordar los problemas de grandes áreas de población para los que no se veía solución oportuna. Ahora el Departamento de Estado ha demostrado con su informe optimista que existirán en el futuro alimentos para todos. Sólo es preciso, pues, hallar mejores medios de distribución entre los países con grandes excedentes de materias alimenticias y los deficitarios en esos mismos productos.

En Washington se ha comentado, además, que esas profundas diferencias entre unas y otras zonas del mundo son las que han contribuido en mejor manera a

los avances del comunismo. En los países subdesarrollados la propaganda soviética hace aparecer a la U. R. S. S. como el verdadero defensor de los países subdesarrollados. No importa, claro está, que cuando esos países caigan bajo la órbita del comunismo comprueben demasiado tarde que han sido esclavizados sin que, naturalmente, haya tampoco mejorado su situación económica.

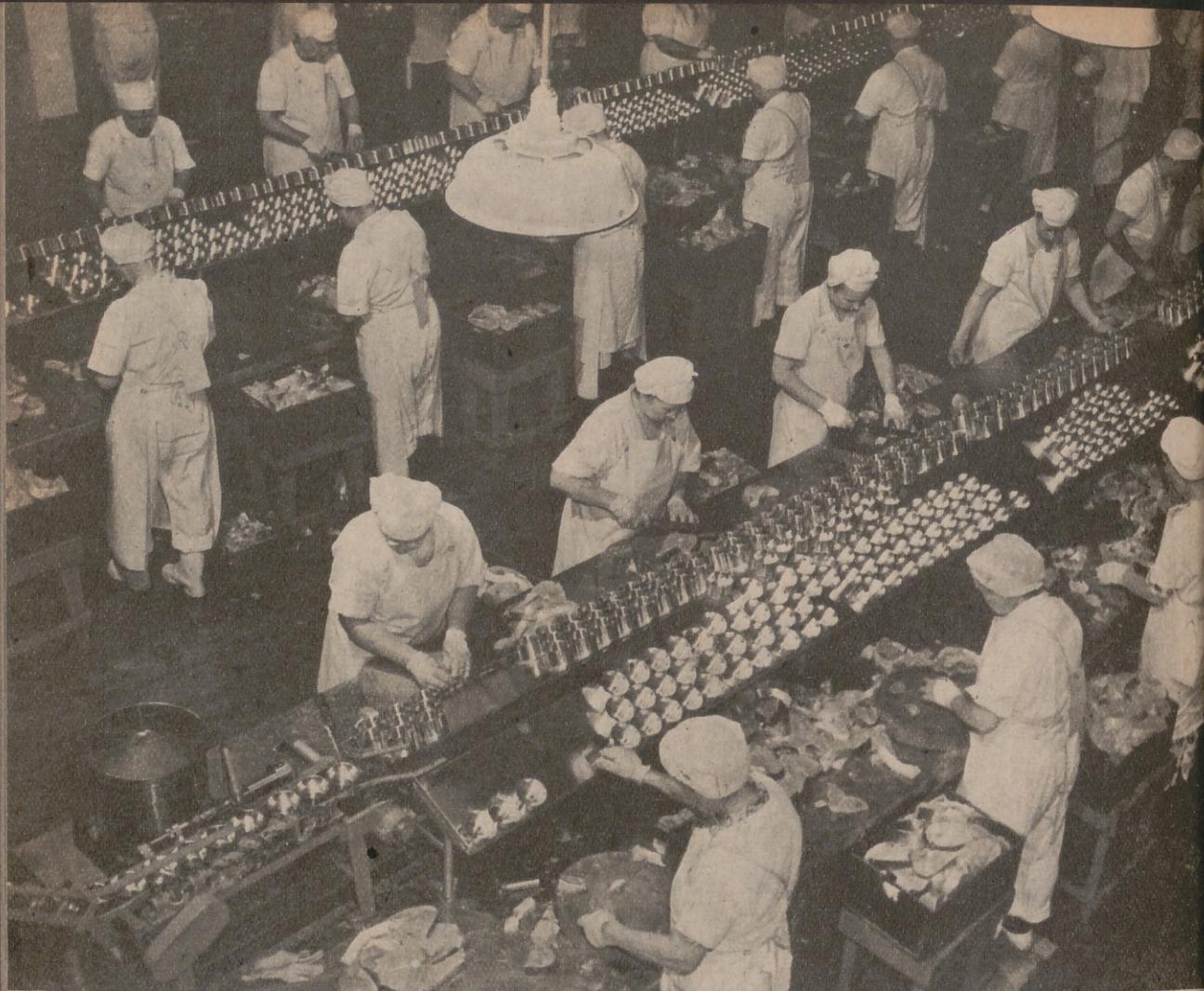
LO QUE RINDEN LAS TIERRAS

Mientras no se apliquen en gran escala los sistemas de cultivos sin tierra, la producción mundial de alimentos dependerá de la extensión de las superficies productivas y del rendimiento de éstas. Incluso en lo que se refiere a los ali-

mentos de origen animal la cantidad de éstos se halla también condicionada por las dimensiones y carácter de las superficies agrícolas en las que encuentra su sustento el ganado.

De los 13.531 millones de hectáreas con que cuenta la superficie de las tierras emergidas sólo 1.390 millones corresponden a los campos sometidos al arado o dedicados a los cultivos arborecentes; 2.494 millones de hectáreas están ocupadas por los prados y praderas de carácter permanente y 3.985 millones corresponden a extensiones forestales. Las tierras susceptibles de utilización y las totalmente improductivas aún en un remoto futuro alcanzan una extensión total de 5.662 millones de hectáreas.

Por zonas geográficas, las mayores extensiones corresponden a



Los alimentos envasados son una de las grandes conquistas de la industria de nuestros días. Se consigue aumentar su duración y aminorar el coste

Africa, que cuenta con una superficie de 2.502 millones de hectáreas, de las que 222 pertenecen a tierras en explotación; 554 millones de hectáreas a prados y praderas de carácter permanente y 657 a terrenos forestales. Las tierras potencialmente productoras y las improductivas suman en el Continente negro 1.069 millones de hectáreas.

La zona más reducida es, naturalmente, Europa, en cuyas cifras no está incluida la U. R. S. S., que figura, sin embargo, en el total mundial ya señalado. En el Viejo Continente la superficie emergida representa 493 millones de hectáreas de las que 152 corresponden a tierras en explotación, 77 millones a prados y praderas, 148 millones de hectáreas a terrenos forestales y 115 millones de hectáreas a terrenos improductivos y a los potencialmente productores.

Como es lógico estas cifras significan muy poco si no se señalan igualmente los rendimientos medios por hectárea. Estos varían en forma considerable, ya que no pueden ser iguales en las fértiles zonas agrícolas del Medio Oeste americano donde se dispone de terrenos inmejorables, abundantes abonos y un ultradesarrollado régimen de mecanización que en algunas zonas africanas donde las explotaciones agrícolas se rigen por sistemas de cultivo que eran ya anticuados en tiempos del Imperio Romano.

La producción de trigo, por

ejemplo, presenta datos tan distintos en cuanto a su rendimiento como los que existen entre los cultivos europeos y los africanos. Mientras en los primeros del rendimiento es de 1.800 kilos por hectárea en los segundos sólo alcanza 700 por hectárea. Otro tanto cabe decir de la producción mundial de patatas, ya que en tanto en Norteamérica se consiguen 17.650, en la mitad meridional del mismo Continente se obtienen tan sólo 5.670 kilos por hectárea.

COSECHAS MAS GRANDES

La mecanización, la puesta en marcha de inmensos planes de riego y la aplicación de nuevos métodos de cultivo han hecho aumentar extraordinariamente las principales producciones agrícolas en el mundo entero. Un simple examen comparativo de las cifras de 1957 y las del promedio anual en la etapa 1948-1952 permiten apreciar las líneas generales de este incremento.

En dicho período la producción anual de cereales en todo el planeta ha pasado de 6188 millones de toneladas a 7459 millones, que corresponden a las siguientes producciones: 162,9 millones de toneladas de trigo, 20,9 de centeno, 68,3 millones de toneladas de cebada, 47,6 de avena, 164,3 de maíz, 70,4 de mijo y sorgo y 211,5 millones de toneladas de arroz.

Por lo que se refiere al azúcar, su producción durante el período mencionado pasa de 29,4 a 39,8

millones de toneladas para el azúcar centrifugada y de 6 a 8,1 millones para el azúcar no centrifugada.

Durante la etapa 1948-1952 el promedio anual de la producción mundial de patatas alcanzó la cifra de 167,5 millones de toneladas métricas, en 1957 se llegó a 193,6, en las batatas se pasa de 70,2 a 103,2 millones de toneladas.

En 1957 el total de leguminosas recogidas en todo el mundo fue de 26 millones de toneladas; durante el promedio anual 1948-1952 fue sólo de 22,4 millones. Finalmente en la producción de productos oleaginosos se pasa de 49,3 a 64,6 millones de toneladas métricas.

Como consecuencia del aumento de los productos vegetales se registra también un aumento en las cifras de la ganadería mundial, excepto en las que se refieren a los caballos cuyo número ha descendido de 76,4 a 71 millones de cabezas.

En 1957 el número total de cabezas de ganado bovino alcanzaba 885 millones mientras en el promedio 1948-52 sólo se llegó a 759 millones de cabezas. En el mismo período considerado las cifras correspondientes a ganado porcino han pasado de 293,3 a 400 millones de cabezas; las del ovino, de 744 a 937 millones de cabezas y las de caprino de 285 a 324,2 millones de cabezas.

Claro está que la irregular distribución de estas producciones fuerza a deficiencias muy marca-

das entre uno y otro país. Así mientras las disponibilidades alimenticias de cada habitante de los Estados Unidos en el periodo 1957-58 eran de 3.100 calorías diarias, el de Ceylán no llegaba a 1960: de la misma manera el americano disponía diariamente de un total de 94 gramos de proteínas y de 66 gramos de proteínas animales, mientras que al de Ceylán no le correspondían, respectivamente, nada más que 42 y 6.

TODOS EN CANADA

No todos los aspectos del problema de la alimentación son de color de rosa. La realidad es que hay muchas zonas del mundo donde sus habitantes sufren de un hambre casi constante y donde no existen esperanzas de mejorar tal situación en un futuro próximo.

Hace unos meses la llamada Unión Federalista Mundial celebró en París un coloquio sobre el tema «Hacia una economía federal mundial». Sus sesiones, que fueron inauguradas por el ministro de Obras Públicas, Robert Buron, estuvieron preferentemente dedicadas a tratar el tema de la alimentación.

El profesor Balandier señaló que el 66 por 100 de la población mundial podía considerarse como subalimentada. El 60 por 100 de las materias primas, indicó además, son consumidas por el 6 por 100 de la población del globo. Esta cifra ilustra convenientemente sobre las terribles desigualdades alimenticias entre los habitantes de la tierra.

En opinión de este conferenciante, 40 millones de los 60 de defunciones que se registran anualmente en el planeta, están más o menos relacionadas con la desnutrición; en términos más simples viene a significar que dos de cada tres fallecimientos son debidos al hambre.

Al analizar el proceso de desarrollo económico que hace aumentar la capacidad adquisitiva de los habitantes de un país, Balandier advirtió que desde el final de la segunda guerra mundial la producción en general había aumentado en un 45 por 100 en los países económicamente desarrollados, en tanto que en los subdesarrollados el incremento había sido tan sólo del 5 por ciento.

Relacionando estas cifras con las de natalidad, que, como se sabe, suelen estar en relación inversa a la situación económica de un país, el profesor Balandier señaló que, si existe actualmente un habitante de países industrializados por cada dos de zonas subdesarrolladas, en 1980 habrá uno por cada tres, y en el año 3.000, uno por cada cuatro, aproximadamente 1.150 millones por 4.000 millones.

No han faltado quienes juzgaran exageradas las predicciones del profesor Balandier; pero in-

cluso esos mismos admiten que la actual estructura económica mundial presenta esas características.

Si hay hambre en el mundo no es por falta de materias primas ni porque, como aseguraba Malthus, el crecimiento de la población se verificase en progresión geométrica y el de la producción de alimentos en progresión aritmética. La causa radica fundamentalmente en la defectuosa distribución de hombres y alimentos.

La densidad de población del Japón es tal como la que tendría Canadá si en su territorio se reuniera absolutamente toda la población de la tierra. El Japón no puede enviar sus excedentes de población a las grandes áreas fértiles y de escasa población. Exceptuando algunos países como Brasil, los grandes productores de alimentos, tal el caso de Australia, niegan sistemáticamente la entrada a los emigrantes de raza amarilla.

LOS PILARES DE LA PAZ

En otros casos no es la existencia de una barrera política o racial la que se opone a la emigración, sino los mismos medios de transporte. Gran parte de los posibles emigrantes europeos carecen del dinero necesario para desplazarse al otro lado del Atlántico. A veces incluso su emigración está condicionada a las necesidades de mano de obra especializada de los países de inmigración.

En la apertura del coloquio en torno a la nueva economía federal mundial, Robert Buron, después de haber recordado las opiniones del Presidente De Gau-

lle sobre el tema, declaró textualmente: «El verdadero medio de crear una comunidad entre los hombres ha sido el de reunirlos en una misión colectiva. Entonces muestran una tendencia irrefrenable a olvidar lo que les distingue o separa para resaltar su agrupamiento y su común razón de lucha.»

Poco tiempo después el profesor Gaston Leduc señalaba la urgencia de sustituir la ayuda bilateral a los países subdesarrollados, en su mayor parte de carácter político o propagandístico, en especial en el caso de Rusia por un «impuesto universal» pagado proporcionalmente por todas las naciones.

Este tema no ha sido ni mucho menos olvidado. Durante su estancia en Nueva Delhi el Presidente Eisenhower ha proclamado la necesidad de una cruzada universal contra el hambre que llevaría la prosperidad al seno de las familias y la tranquilidad al mundo entero. Ningún pueblo, dijo, será feliz mientras algunos de sus ciudadanos pasen hambre. Y luego añadió: «Alimentos, familia, amistad y libertad. Estos son los pilares de una paz justa.»

Más recientemente se ha referido a este tema el Sumo Pontífice. En su discurso ante los nuevos cardenales, Su Santidad Juan XXIII ha aludido al «problema del hambre, tan grave para gran parte de la Humanidad». El Papa reiteró una vez más la condena por la Iglesia «de las doctrinas erróneas y los métodos dañinos y mortíferos de control de la natalidad».

W. ALONSO



La abundancia de productos en los mercados entradores es el mejor síntoma de un pueblo suficientemente alimentado



EL VIOLINISTA CIEGO

Cuento de Navidad

Por Arturo PEREZ

AQUELLA mañana parecía ser una más de las que transcurrieran en la vida de aquel pobre violinista ciego. Su misma esquina, idéntico público, exacto frío... El miraba sin ver con sus azules ojos tristes, con esa ceguera que a nadie repelía.

El violinista ciego era una institución en aquel barrio, en el que tenía su público, que preferentemente lo componían las calles de Madrid con su otro aficionado que, tras entregar su moneda, permanecía junto a él como queriendo consumir gustoso el precio de la «localidad».

Infinidad de veces fuera invitado para militar en diversos cuartetos o quintetos de ciegos. De aquellos que corrían las calles de Madrid con su instrumento bajo el brazo, mientras se asían a la levita del precedente. Y era curioso ver cómo se detenían en aquella plaza, o en este jardín, o en la próxima bocacalle, en donde instalaban hasta algún armónium incluso, y allí, con toda la seriedad que requiere un concierto, interpretaban su repertorio.

Pero el invidente no sentía esa llamada, porque prefería la libertad o, si mejor se quiere, la bohemia. Era artista nato, repentizaba con facilidad asombrosa y la única disciplina que comprendía era aquella a que él mismo sometía su mano izquierda, representada por aquellos cuatro dedos que, como jacas jerezanas de un mismo tronco, pero independientes a su vez, caracoleaban en mil vistosas corvetas sobre las cuerdas tensas de su violín.

A muchos conciertos no habría asistido. Ahora que, eso sí, a todos cuantos acudió fueron en los que figuraba un solista de violín. Por eso, aunque de tarde en tarde, no era raro verle en el Price o en el Real. ¡Cuántas notas pasaron a sus oídos arrancadas por Pérez Casas y Arbós a sus respectivas orquestas!

Mas a pesar de ello, su arte se lo debía prácticamente a sí mismo. Unas breves lecciones de un profesor mediocre, muchos discos gangosos en el gramófono de su compañero de buhardilla y cientos, miles de horas acariciando las perforaciones del método Braille.

La ceguera corría paralela con su nacimiento. Aquellos ojos jamás llegaron a conocer el mundo material. Su vida residía en el pentagrama y su bandera, su símbolo, en la clave de sol.

El año 1915 tenía ya pocos días que agotar. Estaba en ese momento en que faltan breves fechas para su jubilación, para su retiro, para su muerte. Para su muerte; eso era efectivamente, porque aquel día no temblaba sólo de frío, tiritaba de miedo, presentía el sudario blanco con que le amenaza el que todo lo cubre.

Los transeúntes pasaban ante el violinista con más caridad, con más amor, con más desprendimiento; por eso le interrumpían con mayor frecuencia y las monedas que llegaban hasta su mano eran de más peso. ¡Pena que el resplandor de las de plata pasara ante los ojos sin vida que no podían captar su luz! Mas corría pareja con ello la prisa de cada uno. Parecía como si esa proximidad a las Navidades les uniera más a su hogar, haciéndoles permanecer en la calle sólo el tiempo necesario para ir y venir.

El invidente no necesitaba que le hablasen para conocer que alguien permanecía ante él. Su instinto de ciego lo indicaba, por eso aquel día se

esforzaba en retenerlos. Pizzicatos, trémolos, dobles cuerdas, armónicos, mordentes, trinos, arpeggios... salían de sus manos, que combinaban el «stacato» volante con el saltillo y el silbido agudo de la prima con la nobleza sorchantresca del bordón.

Hasta él, cualquier sensación llegaba por medio del tacto, del sonido o del olor. Por ello todo lo relacionaba con esos tres sentidos, en los que encasillaba a las personas. Así, por la simple forma de tocarle el brazo, los conocía. Aquel señor era gordo, con voz de fagot y olor a almendras tostadas. Aquella señora no había más remedio que considerarla como enjuta, comparar su voz a la del clarinete y le olía a geranio. El niño de las diez de la mañana, y que apenas llegaba en puntillas a tocar su codo, se le antojaba delgadito, con voz de pífano y olor a azucena. Aquella señorita que apenas rozaba su abrigo, no podía ser más que un violín con la voz cálida y suave del Stradivarius, exhalando olor a jazmín.

¡Un Stradivarius, un Guarnerius, un Guadagnini, un Steiner...!; esas eran palabras que sonaban a quimera, a casi don sobrenatural, a algo absolutamente inasequible para él. Su violín lo había construido un «luthier» que, como todos, habría dado la totalidad de sus bienes por conocer el secreto de fabricación de los maestros en este difícil arte. Su violín ceceaba en algunas notas y posiciones, su violín silbaba en muchas ocasiones, su violín no respondía al vibrar de su muñeca, su violín afeminaba aun los registros más graves.

* * *

El invidente acababa de notar el roce a través de la manga de su abrigo. En ese momento no interpretaba nada. A su derecha, el violín descansaba junto al arco recién huntado de resina. Alargó la aterida mano mientras recibía una moneda de cinco pesetas. «La señorita Jazmín», pensó. E inmediatamente se echó el violín a la cara. Tenía que obsequiarla con el «Ave María», de Schubert, su partitura favorita, aquella que interpretaba todos los días mientras permanecía en silencio escuchándole absorta.

—Hoy no. Quiero hablar con usted. Se lo agradezco de todas formas.

—Dígame.

Colocó el violín bajo su brazo y, con el arco en la mano, se dispuso a escuchar.

—Tengo una fiesta preparada para esta tarde. La he organizado yo misma y, la verdad, querría..., si usted no tiene inconveniente, que viniese a interpretar alguna cosilla.

El violinista quedó perplejo ante tal petición, por lo que se disculpó.

—Yo no puedo tocar ante nadie. No estoy acostumbrado más que a la calle. No tengo preparación ni ropa adecuada. En fin; no quiero hacerla quedar mal por mi culpa.

—Es que tengo muchísimo interés en que le oigan mis amigos. Yo solucionaré todo. No se preocupe.

El violinista no salía de su estupor ante aquella propuesta. ¡Actuar en una fiesta de señores!

—No sé qué decirle.

—Pues yo sí. Esta tarde, a eso de las cinco, pasaré en un coche a buscarle. No me diga que no.

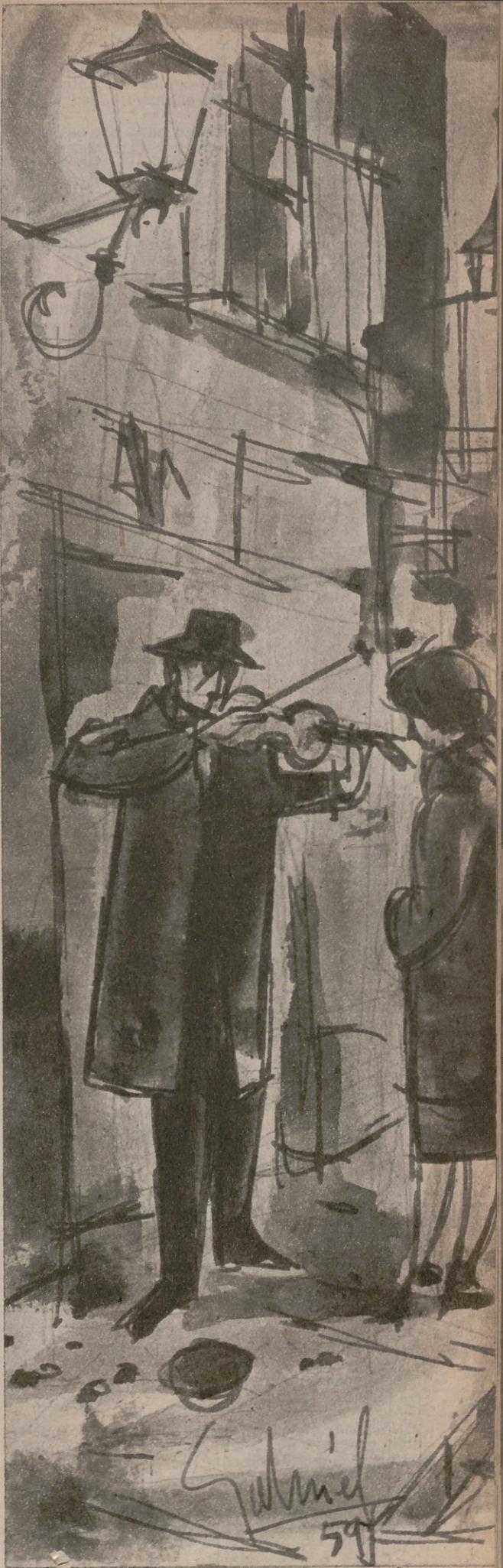
—Señorita...

Ya nadie escuchaba; los botines de la señorita Jazmín repiqueteaban aquel día más alegres, mientras se alejaban plaza abajo, orgullosos como nunca de su carga.

¡Un coche a buscarle! Todos y cualquiera de los cascos de los caballos le hacían creer que eran los que venían a recogerle. Aquellos del landó de punto cobijando un grupo riente de amigos; o éstos del carro capitoné con su mudanza a cuestas; o los de más allá que llevaban un volquete de arena hasta la próxima obra. Al fin, un ligero trote se detuvo. Luego, el roce de la mano y, por último, una berlina partió casi al galope.

* * *

El frac impecable destacaba aún más la silueta esbelta del violinista. Al levantarse el telón, su aparición en el escenario fue acogida con algunos aplausos, que, dada su forma de sonar, le hicieron suponer que no era precisamente en un



salón donde se encontraba, sino algo de mayores dimensiones. La señorita Jazmín hizo intención de hablar; con ello cundió el mayor silencio en la sala.

—Señoras y señores: tengo para ustedes una sorpresa antes del concierto de esta tarde, y ello es la primera actuación en público de este joven violinista al que no voy a hacer ningún encomio ni a describir tampoco sus dotes. Creo honradamente que lo mejor es que ustedes mismos califiquen su labor cuando le hayan oído —y, señalándole con una mano, añadió—: «Romanza andaluza», de Sarasate, por Luis de la Riva.

El piano atacó los primeros compases, hasta que le correspondió entrar al violín. Hacía unos momentos que había probado aquel instrumento que le acababan de dejar prestado, pero no se podía ni imaginar que tuviera la sonoridad que desarrollaba allá sobre la caja resonante del escenario; debido a ello se fue rehaciendo y rehaciendo hasta concluir en medio de una verdadera y estruendosa ovación. Entonces se dio perfecta cuenta de que en donde estaba tocando era en un teatro.

Quedó atónito, no llegando a comprender cómo le podía haber sucedido aquello. Se inclinó varias veces en respuesta a los aplausos, a la vez que acariciaba el violín. Su protectora avanzó hasta él, que permanecía junto al atril del director, le tendió su mano y, en ese mismo momento, al darse cuenta el público de que era ciego, dejó oír una aún más estruendosa ovación, quizá la mayor que jamás en aquel teatro se escuchara.

Pasó entre los profesores de la orquesta, que a continuación ocuparían sus atriles en el gran escenario, y lo hizo levantando su aplauso unánime.

Desde el camerino escuchó con la puerta abierta aquel «Concierto para violín y orquesta», de Paganini. Había rogado que le dejaran solo.

Los últimos compases trajeron de nuevo los aplausos, largos, continuos, frenéticos, sin pausa... Oyó la voz de un hombre que venía por el pasillo llamándole.

—¿Señor De la Riva!; ¿señor De la Riva! El público espera impaciente su salida al escenario... ¿No me oye, señor De la Riva?

El violinista avanzó hasta la puerta, apoyándose en el dintel de la misma.

—Sí, aquí estoy, pero eso es demasiado para mí. La intervención que he tenido no me da derecho a tal honor.

Tras el avisador acudían varias personas más. Entre ellas venía la señorita Jazmín. Ella le arrastró materialmente hasta el escenario.

Las aclamaciones demostraron que aquella noche era la que marcaba un hito en la vida de aquel que ya no era un vagabundo. De aquel que acababa de transformarse en Luis de la Riva. El violinista ciego de Madrid. El virtuoso que ya estaba de moda. Lo habían dicho varios señores barbudos de lo más representativo que acudía al concierto, y con ello era suficiente.

* * *

La gente se arremolinaba alrededor de la berlina. El látigo del cochero restalló dos veces en el aire. Las ruedas comenzaron a sintonizar, a su manera, sobre los adoquines del pavimento. Los cristales de las portezuelas se cubrieron de esmeril, de ese gris que hace opacas calles y plazas y obliga a hacer guiños a las luces de los faroles.

Habría avanzado el carruaje unos doscientos metros sin que pronunciaran Isabel ni Luis una palabra. Fue el violinista quien rompió el silencio con tono emocionado.

—No sé como agradecer...

—Es preferible que hoy no diga nada; comprendo sus nervios. Ya hablaremos otro día más despacio.

Dos calles más en silencio.

—¿A dónde nos dirigimos?—inquirió Luis.

—A su casa.

—¿Conoce mi domicilio?

—Sí.

Nuevo silencio

—Al final pudo comprobar el violinista que sí sabía cual era su hogar porque en aquel momento oyó perfectamente la voz chillona de aquella castañera de la esquina, que tantas noches, entre pregón y pregón, le regalaba un poco de calor para sus manos saturadas de frío.

Bajó del coche con su viejo estuche del violín en la mano izquierda y en la derecha el bastón.

Giró dando la espalda a la pared y, sonriendo, con su mirada perdida, dijo un adiós que más que despedida era un ¿hasta cuándo?...

Las carcomidas escaleras de su casa sintieron los pasos más lentos que otros días; tenía encontrarse frente a frente con la realidad, con aquella bohardilla llena de goteras, fría, desventajada, triste, con su compañero Matías, tan bruto, tan mozo de cuerda, tan sanhopancesco.

Por un lado lo temía, a la vez que lo deseaba, quería contar a alguien lo que le había sucedido, su ilusión naciente, su esperanza concentrada en las cuatro cuerdas de un violín y la voz de una mujer.

La puerta estaba entreabierta, para entrar no se necesitaba llave, era poco lo que allí se cobijaba.

—¿Qué hay?—preguntó el ciego mientras se despojaba de la capa.

—Nada de particular. Aquí estoy descansando un ratejo. Mal día de estación. Bueno, mal día, pero buenas pesetas—contestó Matías desde la habitación contigua—. Ahí han traído tu violín. ¡Anda que no te has vuelto tú señorito ni nada! Hace un par de horas llegó un hombre preguntando por ti y como no estabas dejó el violín y una carta—terminó, llegando hasta Luis.

—¿Dónde?

—¿No te digo que ahí? A tu derecha.

—Pero si no puede ser. Lo tengo yo.

—¿Ah!, yo no sé nada—comentó Matías, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres leerme la carta?—preguntó Luis, impaciente.

Matías abrió el sobre y entre mil apuros leyó mientras ambos se sentaban.

«Trazo estas líneas llena de nervios, pero también plena de emoción. Hace unos instantes tan sólo que ha terminado su intervención en esta gran gala sinfónica que hemos organizado con distintos fines benéficos para las Navidades. En estos momentos sé que está usted en uno de los camerinos del teatro oyendo el concierto. Hasta mí llegan también sus notas dulces.

No quiero que pase un minuto más. Voy a enviarle ahora mismo el violín con que interpretó la «Romanza andaluza». Perteneció a mi padre, que aunque no fue una destacada figura del arte, sí amó la música lo suficiente como para llegar a sentirla de verdad. Desde hoy pasará por entero a su poder, cuídelo y triunfe; mejor dicho, siga ascendiendo. Triunfar ya lo ha hecho hoy. Todos los críticos que me rodean no dejan de darme la enhorabuena. Yo no he hecho nada. Sólo usted es merecedor de tales parabienes, pero a pesar de ello me siento complacida y parece como si el triunfo fuera realmente mío.

No trate de verme, pienso que he cumplido mi misión. Suerte y... creo que el violín le agrada rá. En su interior lleva una inscripción que dice: Stradivarius fecit, anno 1691.»

Luis se puso en pie expresando en su rostro el mayor estupor y exclamó sin dejarle acabar la lectura.

—¿No puede ser! ¿Un «Stradivarius» para mí? ¿Trae, trae el estuche!

—No, si cuando yo digo que acabas loco es por algo. Un concierto en el que has tocado tú esta tarde, un violín de regalo que te hace gritar...—continuó refunfuñando, mientras abría el estuche—. Sí; eso dice aquí dentro. Pero bueno, ¿y qué?

—Tú no sabes. Anda, termina la carta.

Matías se encogió nuevamente de hombros y leyó las dos últimas líneas del pliego:

«Ya no necesitas de mí. Se despide afectuosamente, Elisa Montalvo.»

Luis tomó en sus manos el violín e hizo vibrar sus cuerdas al modo de un rasgueo de guitarra. Luego le sujetó por la barbada y le arrancó brillante la «Reverie», de Schuman.

* * *

Con los primeros contratos surgió el inevitable representante, el intermediario artístico—en lenguaje de nuestros días—. Luis hubiera querido este puesto para su íntimo Matías, pero no pudo ser, él no entendía de cifras, ni de organización de giras, ni conocía a los presidentes de las sociedades filarmónicas, ni sabía brujulear. Sólo había conocido el hambre en más de una ocasión cuando ninguno de los dos tenía un real.

Todas las horas del día resultaban pocas para estudiar. Aquel «Stradivarius» rojo, como el famoso que años atrás legara Sarasate al Conservatorio de Madrid, no dejaba de sonar, salvo las horas que invertía Luis en dormir o comer, que si en descansar eran pocas menos gastaba aún en lo segundo. Los ingresos de Matías hubieron de repartirse entre los dos.

Transcurrió una semana desde el concierto debut. Siete días de trabajo continuo durante los que fue aumentando el repertorio de Luis, incrementado, claro es, en las medidas posibles que tan reducido tiempo le podía proporcionar.

Aquel día se presentaba más frío y oscuro que los anteriores. El cielo tenía ante el fondo gris plomizo un primer plano con leves resplandores blancos.

La castañera de la esquina se prometía una gran venta. Las manos heladas y los estómagos vacíos de aquellos madrileños que vivían junto al viaducto no iban a desoir su insistente pregón.

Luis de la Riva ganó la calle de Bailén, cruzó, continuando por la de Vergara, plaza de Isabel II, calle de los Caños del Peral, costanilla de los Angeles, plaza de Santo Domingo y aproximándose a su acera llegó hasta la tienda de ultramarinos, luego el anticuario. Quedó unos momentos ante su puerta indeciso y sin saber de fijo a lo que allí iba, era su esquina, tenía nostalgia de ella, de sus bienhechores, de su protectora, de quien por culpa de su triunfo no la había vuelto a sentir, a conversar, a interpretar nada en su obsequio. Hacía pocos minutos que se levantara el cierre de aquel museo nacido del naufragio económico de más de un hogar. Algún día, desde su interior, vio la silueta de Luis dibujarse en la puerta y avanzó hasta él comprobando que era efectivamente el violinista.

—¡Pero muchacho! ¿Qué te ha pasado estos días?

A Luis le dio apuro responder la verdad. Si lo contaba, lo más probable es que no le creyese.

—Pues... que he estado enfermo, pero ya ha pasado. Un poco de frío, ¿sabe?

—Ya lo veo; estás algo pálido. Pasa un momento y caliéntate junto al brasero de copa.

Luis entró sin dificultad, pues le era conocida la tienda, ya que más de una ocasión aquel mismo brasero desentumeció sus dedos.

—Eso es; aquí—indicó el dueño de la almohada, a la vez que interrogaba:

—¿Y tu violín? ¿Te has retirado ya del «negocio» o es que no te encuentras restablecido del todo?

—Sí, sí. Ya estoy bien; pero... me encuentro triste... caído.

—No te preocupes, hombre. Eres buen músico y cualquier día te puede suceder lo que he oído sobre un violinista ciego que hace unos días dejó con la boca abierta a más de un profesional de alcornica—. Y le dio un cachecito en la rodilla.

—Sí; eso he oído yo también.

—Pues entonces, muchacho, no tienes por qué apurarte. ¿Quién sabe si él mismo te puede ayudar!

—A veces es preferible que tal no suceda.

—Casi siempre resulta necesario. Ahora, que eso sí, la ayuda es como una flecha que indica donde estás. Todos vuelven la cabeza para mirarte, o para oírte, o para verte; si vales, sales a flote; si no, regresas al anonimato.

Luis seguía con su pensamiento fijo: entrar a Isabel; por lo que no hizo caso de las timas palabras.

—¿Ha preguntado alguien por mí estos días?

—No.

—¿Ni hombres, ni chicos, ni siquiera alguna mujer?

—No.

El violinista se puso en pie, despidiéndose, y alcanzó la puerta lo más de prisa posible, tanto como le permitía la destreza de su bastón.

Acababa de salir el ciego cuando el primer cliente de la mañana, de esos que más que clientes eran paseantes en cortes y compradores admirativos, entró en la tienda portando un paquete. Don Ismael le salió al encuentro.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Pues, verá: Estoy buscando un retrato que haga juego con éste. Sólo tengo el del varón y



quiero completar la pareja. Es que dentro de unos días va a entrar el novio de la niña en casa y quiero presentarle a dos de nuestros antepasados. Usted me entiende, ¿verdad?

Don Ismael le inteligió a la perfección. No era éste el primer caso que sobre idéntico motivo se le presentaba.

—Desde hace una temporada me estoy dedicando al arte en todos sus aspectos. El otro día fui a un concierto estupendo, en el que debutó un joven violinista ciego, algo colosal, definitivo.

—¿Recuerda cómo se llamaba? — preguntó don Ismael, que acariciaba ciertas sospechas.

—Ya lo creo que sí. Le acabo de decir que desde hace una temporada estoy al dedillo de todos los acontecimientos artísticos. Se trata de un tal Luis de la Riva, creo que antes tocaba en la calle.

Don Ismael salió a la calle como loco, llamando a gritos al ciego de su esquina.

Mientras, la noticia era difundida de boca en tienda y de esquina en vecino. Luis recorría incansable lugares en busca de su hada madrina. Tenía necesidad de escucharla, de aunque no fuera más saber de ella. Pero, ¿en dónde? Había preguntado en el teatro. Hacía siete días que no la habían vuelto a ver. Interrogó a alguno de los críticos que le juzgaron, idéntica respuesta. Nadie sabía nada.

Llegó a su casa roto y sintiéndose más desgraciado que nunca. En la esquina de su calle un organillo desgranaba las notas de un villancico. A él, más que a una composición que iba a nacer, más que a una canción de cuna, le sonó a marcha fúnebre para alguien que ya ha muerto. Y es que en los días de jolgorio cuando todos ríen, mayor resulta el contraste con la pena; cuando todos los mortales se reúnen, más grande es la soledad de quien no tiene compañía.

Aquella angustia jamás sentida, aquel deseo de vivir, de hablar, de querer, de encontrar a la persona que le podía hacer feliz, se convirtió en insuperable.

—Matías, esta tarde volveré a ser yo. He vivido estos días fuera de mí; pero hoy, te aseguro, que si el presentimiento que tengo se cumple, encontraré a Isabel. La esperaré en mi esquina. Hoy es día en que todo se puede cumplir.

La amenaza del cielo dejó de serlo, convirtiéndose en grandes copos que caían leves, flotando, sintiendo sin duda pereza por llegar hasta el suelo.

Luis volvió a andar idéntico itinerario que por la mañana. Concebía aún con mayor fuerza su esperanza y ella le hacía caminar, aunque la nieve asustaba a los tejados con una promesa no lejana de hielo y ponía grandes pecas blancas en la cara de los que callejeaban.

Llegó a la esquina con su viejo estuche y su no menos anciano violín. Serían las cuatro aproximadamente. La llegada no fue advertida por nadie. Permaneció unos minutos inactivo, no queriendo llamar la atención. Si ella pasaba igualmente le reconocería.

La tarde avanzaba, consumiéndose en su pro-

pia luz. Desde los hornos de las panaderías próximas pasaban los corderos y los besugos asados. Los niños chillaban acompañados por panderos, zambombas y tambores, mientras pedían el aguinaldo por las tiendas del contorno. Las últimas figuras para el belén eran traídas desde la plaza de Santa Cruz. La sopa de almendra estaba cociendo ya en más de un hogar. el Portal de Belén esperaba de nuevo el acontecimiento milenario del nacimiento del Hijo de Dios.

Llegó un momento en que ya no le importó que descubrieran su personalidad y decidió sentir de nuevo el violín entre su barbilla y el hombro y si como en aquel instante hubiera entonado una verdadera oración, comenzó a salir de su violín el «Ave María», de Schubert. No habría pasado del segundo compás cuando una nutrida orquesta de cuerda, en la que no faltaba algún que otro armónium, siguió la trayectoria de su arco. Luis no supo comprender lo que aquello podía representar. Titubeó, pero una voz que le era muy familiar le susurró levemente en el oído:

—Reunidos todos los cuartetos de ciegos en Madrid, te rinden su homenaje.

—Gracias..., Matías—respondió apretando más el arco contra las cuerdas.

Algó rozó entonces su brazo e instintivamente se apartó el violín de la cara alargando la mano con el dorso recogiendo los copos que hasta allí descendían. Sus ojos permanecían inmensamente abiertos, queriendo ver, haciendo un esfuerzo supremo de esperanza. En su frente se podía leer una interrogación, a la vez que su mano era asida por otra más pequeña.

—Sí, soy yo.

—¿Usted?

—Yo tampoco podía estar más tiempo sin verle.

Luis dejó el violín en el suelo mientras avanzaba tembloroso por la emoción. No supo qué decir, se volvió hacia sus compañeros y les saludó con la mano, presintiendo un comienzo de congoja.

Una leve brisa empujaba con algo más de fuerza la nieve. Luis tomó de nuevo la mano de Isabel, mejor dicho de la señorita Jazmín que es como él la llevaba dentro desde hacía años.

Los aplausos de don Ismael arrancaron otro unánime y cerrado del resto, mientras los ciegos cuartetistas continuaban su interpretación.

Dos pisadas menudas junto a otras dos mayores dejaron su huella en la nieve camino de la costanilla de los Angeles. Luis de la Riva no acertaba si todo o sólo parte correspondía a la realidad. ¡Lástima que sus ojos no tuvieran luz! Porque sino hubiera podido comprobar que no era él sólo quien lloraba de dicha.

Un farol de gas iluminaba vagamente el violín que quedó solo en la esquina medio oculto por la nieve. Cuando tras la misa del Gallo algunas personas vieron aquel instrumento pasaron ante él ignorantes de que gracias a su existencia, a la vez que el Niño Dios, acababa de nacer la felicidad para un hombre de buena fe.



MARIA JESUS ECHEVARRIA, PREMIO

“Elisenda de Montcada”

“Las medias palabras”
primera novela y
primer triunfo

De la Redacción de “El Español”
al éxito literario



María Jesús Echevarría, redactora de EL ESPAÑOL, que acaba de obtener el premio «Elisenda de Montcada» de novela

MARIA Jesús Echevarría es esta chica alta, espigada, con gafas, envuelta en un aire muy europeo de estudiante universitaria, que nos mete en la redacción de EL ESPAÑOL, entre sonrisa y sonrisa, una prosa alada y deliciosa, de tan buen bordado literario como el lector puede ver. Le basta repararla número a número, si no.

María Jesús Echevarría es esta chica que sale alguna vez, de refilón, en las fotografías, aguantándole el pulso de la entrevista a una embajadora o al más encopetado novelista de turno. La que patea como nadie los caminos de un reportaje y espuma la flor de los archivos, y coge al vuelo, si es que se puede coger, la información más difícil. La estilográfica es en sus manos como una llavecita de oro para abrir horizonte a la noticia, descifrarla, ponerle marco apropiado. Con ella es capaz de dar amabilidad al Código, hacer digerible la guía de teléfonos, convertir en poema un páramo de-

sértico si fuera necesario. Qué sé yo. María Jesús Echevarría es esta chica. Y así su pluma. Y así nuestra suerte de tenerla por compañera.

CIENTO NUEVE NOVELAS EN BUSCA DE EDITOR

El ocho de diciembre fue noche de premios en Barcelona. Noche de premios en Barcelona es como escribir una carta a la esperanza, al milagro. El chico de provincia, el oficinista aburrido, la estudiante de Letras, el literato con prisa en franquear el escalafón, han ido escribiendo durante el año sus puntuales relatos. Los han ido corrigiendo, domando, con amor, como se corrige los malos pasos de un niño. Les va en ello no sólo la ilusión, sino un puñado largo de miles de pesetas, el fulgor meteórico pero cierto de la gloria literaria, la luz de estrellas en el firmamento narrativo. Y la solicitud de los editores, la seguridad de una venta.

María Jesús Echevarría hizo algo así. Primero vivió y observó un poco. Quizá mucho. Luego escribió con tesón, con paciencia enamorada. Y al fin un día emplazó a la fama en correos, con un paquete de cuartillas.

Como esas cuartillas, llegaron muchas. Como esas cartas, más de ciento nueve. Pero como lo que iba dentro, como «Las medias palabras», no. Como ellas no iban.

Y por eso su nombre ha quedado unido al de Carmen Conde, al de Mercedes Rubio, al de Eva Martínez Carmona, al de Concha Castroviejo, etc., etc., en la lista del Premio «Elisenda de Montcada». Había cosas buenas, novelas de interés. Obras de nombres tan importantes como María Beneyto, Argeles Esquivá, Fernández Nicolás. Pero María Jesús resistió firme la competencia, echándole realismo, poesía, finura desleída a su trabajo. Y eso fue todo. «Las medias palabras» han ganado, han vencido en el pugilato, en el codo a codo. Mantuvo una guerra de



probabilidades con «Los años del potro», de José Luis López Cid. Pero que si quieres, María Jesús terminó arriba.

Carmen Laforet, Susana March, Eva Martínez, María Rosa Cagigal, Nadal-Rodó, Aurora Díaz Plaza contemplaba el sube y baja de esta cucaña de ilusiones. Eran los Jurados del premio. Ese Premio «Elisenda de Montcada» de circulación netamente española, intermedio entre los grandes y los pequeños, entre los «Planeta» y las «Sésamo».

De las ciento nueve novelas sólo la suya ha encontrado editor seguro. De cincuenta y siete hombres y de las cincuenta y dos mujeres sólo ella ha ganado. Por tres a dos, como en fútbol. Basta y sobra.

«EL PREMIO ES UN PERMISO PARA ESCRIBIR»

María Jesús Echevarría viste con sencillez. Un collar de una sola vuelta. Un suéter azul cobalto.

—¿Qué supone para ti el premio?

—El premio es para mí un permiso para escribir. Y, por qué no decirlo, una justificación. Desde ahora tendré una como obligación de hacerlo. He tenido suerte. Hay otros que valen y no han logrado esta oportunidad.

María Jesús me mira con seriedad. Su voz tiene modulaciones de trémolo, una dulzura y un timbre atiplado lleno de bondad.

Ya sé que preguntarle si esperaba o no el premio es una tontería. El que concursa lo hace porque en el fondo alienta una esperanza. María Jesús, eso hace tiempo que lo sabe uno, se había propuesto dar la batalla. Y es lógico que en la batalla se incluya la esperanza como primer postulado.

Hablamos de ello.

—Desde luego tenía esperanzas. Y la vispera un nerviosismo atroz cuando me llamó Del Arco desde Barcelona para hacerme una entrevista por adelantado. Aquello tuvo mucha carga emotiva, demasiada.

María Jesús Echevarría me ofrece algo de beber. Estamos sentados los dos en el diván y parecemos lo que somos en realidad. Dos compañeros separados por un premio. Que es bastante. Nos lo estamos tomando muy en serio esto de preguntar y responder. Y en un momento determinado sonreímos.

—¿Escribes poesía, no es eso?

María Jesús sigue sin perder el hilo.

—Sí.

—¿Tú crees que eso puede ser un tanto a favor o en contra para el novelista?

Contesta tajante:

—Yo creo que al novelista le beneficia su parte de poeta.

Claro que, más que poesía de la que me confiesa que ha estado desligada hace tiempo, lo que la joven escritora cultiva ha sido el periodismo. Este periodismo metido en prosa, del reportaje, de la crónica de viajes, de la entrevista.

—El periodismo me ha curtido. Me ha dado oficio. Hace que pueda una expresar lo que quiere, de manera eficaz, sin circunloquios, sin párrafos y sin frondosidades

hueras. Creo que, además, me ha quitado flojería. Y es que como sabes escribir a mataballo curte.

—¿Tienes alguna técnica de esas al uso para escribir?

María Jesús me pide permiso para llamar por teléfono. Va a salir fuera a comer y debe estar ultimando algunos detalles. Cuando vuelve trae en la cabeza mi pregunta.

—No. Yo he leído mucho. Por lo menos, bastante. Pero me he olvidado de ello e intento construir según yo creo. Ese es en todo caso mi sistema. Me preocupa mucho la forma, el dibujo de los personajes, su ambientación. Aunque siempre enmarcados en un fondo que es el que trato de presentar.

HAY UNA MUJER QUE ESTUDIA

A María Jesús hay que verla con toda su vida por delante. Con toda su obra y su experiencia periodística a la espalda. Y es que si no hay el peligro de engañarnos. Quieras que no, son muy pocos años los que ella tiene. Todavía le brillan los ojos con una cierta fragancia. Y sus manos finas tienen un latido dúctil de plena juventud. De momento hay que pensar que su edad la ha empleado a las mil maravillas.

Tiene veintisiete años.

Casi esos mismos años hace que le araña la afición literaria. La chica estudiaba Bachillerato ya cuando le premiaron un trofeo del que recuerda el título y todo. Se llamaba «Un día en Toledo».

—Me dieron un libro. Hay que ver lo contenta que me puse. Desde luego tengo que decirte que aquello me impresionó y me emocionó mucho más que el «Elisenda de Montcada».

Es madrileña, por supuesto. Se conoce por eso palmo a palmo el Madrid viejo porque vivió su infancia por allí. Del barrio de Salamanca, por donde transcurrió otra parte de su vida tiene ya un mundo de cosas en la cabeza para darles salida cuando se presente ocasión.

—Oye, ¿qué tal estudiante fuiste?

Por las ventanas del piso, orientadas al mediodía, entra una claridad lechosa, invernal, que parece que se pega a los libros, a los cuadros, a las paredes.

—De estudiante fui muy irregular. No quise saber nada de las matemáticas. Aunque ya de mayor se me ha ocurrido pensar que no es que no me gustasen, sino que nunca escuchaba las explicaciones. Que es distinto. Me va a quedar la duda de si me gustaban o no. De si pude haber hecho una buena carrera.

Mientras sigue los cursos del Bachillerato en el Instituto «Lope de Vega» hace la carrera de piano. Teniendo como tiene un padre músico—Victorino Echevarría, subdirector de la Banda Municipal—, nada tiene de extraño. María Jesús ha heredado, junto con la afición, el buen oído. Y recorre por sus manos toda o casi toda la teoría de los instrumentos musicales.

—El violín y yo hemos sido inseparables.

Miro con curiosidad el despacho. No alcanzo a ver ningún instrumento músico. Sólo un ritmo pegadizo sale de un pequeño receptor de radio, adormecedor, monótono. María Jesús añade:

—Mi formación musical creo yo que la reflejo en mi literatura. Yo escribo de oído.

Con los primeros zapatos de tacón alto llega a la Universidad. Chica juiciosa y reflexiva, distraída en meditaciones y éxtasis musicales, hace sus matrículas en la Facultad de Letras con ánimo de ser una buena archivera. Al menos eso le auguran todos sus amigos. Y es que resulta que la estudiante algo irregular del «bach» se ha vuelto una empollona, terror de los holgazanes, para los que es un reproche mudo. Casi, casi le da un poquito de vergüenza al decirlo.

—¿Cuándo caíste por la Facultad?

María Jesús se pasa las manos una sobre otra con suavidad.

—Por el año 1948 al 49.

«POEMAS DE LA CITY»

Especializada en Historia, con el fruto de sus trabajos, premio extraordinario de la licenciatura, levanta la mirada... Y con una vena se marcha a estudiar a la Sorbona. De allí, en un salto, a Estados Unidos, donde estudia en una filial de Columbia, y de donde se trae unos prestigiosos certificados.

—En el Russel Sage College.

María Jesús es tan amable que me lo escribe para que no se quede su ortografía en los puntos de la pluma.

Es por entonces cuando contrae matrimonio con el profesor de Historia de la Universidad Central, Eloy Benito Ruano.

Escribir, escribe poemas. Así se comienza siempre. Hay que dejar salir los primeros suspiros de adolescente. Y para eso nada como una décima o como unos endecasílabos. María Jesús alterna las clases y los textos con las revistas de poesía. Y va dando cuerda a su intimidad en versos que publica en «Umbral» o en «Agora». Más tarde la poesía no es bastante para expresar lo que se lleva dentro y recurre al cuento, al relato.

—De los veinte años es una novela corta titulada «El loco».

—¿Cuándo vienes a El ESPANOL?

Ha sonado el teléfono. Sale unos instantes.

—Creo que hacia 1953. Pero después fueron mis viajes por el extranjero y no me volví a incorporar hasta 1955. Claro que ten en cuenta mis baches de enfermedades y convalecencias.

María Jesús completa por ahora su producción con un tomo de novelas cortas que va a salir en seguida.

—Hay que aprovechar el clima del premio.

Las novelas se llaman: «El músico de paja» y «El constructor de tiovivos». Me cuenta incluso el argumento. Son de tono lírico, muy cuidados de forma como toda su obra, muy metidos en un mundo de simbolismo. De los poemas, puestos ya en la cadena de su fiebre de publicidad, me habla de un libro de apuntes li-



Fotografías de hace tiempo: A la izquierda, con la abuela; a la derecha, con la madre, los dos hermanos Echevarría: María Jesús y Juan Manuel

ricos de Nueva York con una visión europea.

—¿Tienes título?

—Pues sí. «Poemas de la City». De toda la aventura de sus viajes le queda una experiencia que relatará en una próxima novela larga. Le queda un francés aprendido hasta sus más oscuras inflexiones. Un inglés de cepa. Pero, sobre todo, unos ojos hechos a ver y a enjuiciar con templanza, con serenidad. Con tino.

«LAS MEDIAS PALABRAS»

«Las medias palabras» es el título de la novela premiada. Sus doscientos y pico de folios han sido escritos en unos cuatro meses de trabajo relevado, en el sopor y en el clima tibio de una convalecencia. Siete personajes vivos giran en torno a uno muerto. Siete personajes según su cristal particular, coloreado por sus distintas luces e impulsos, va poniendo ante sí la figura del personaje que ha desaparecido. Desplegando en abanico toda la rueda de diversas opiniones, unas buenas, otras malas; unas sinceras, otras falsas; todas subjetivas.

Cuando llegamos al tema, María Jesús no ha dudado en decirme:

—A pesar de estar muerto, es el espíritu más importante de la novela.

Hay aquí tres hermanos—Natalio, el médico practicón; Rosarito, idealista y dramática; Faustino, el personaje de contrapunto—, los respectivos novios y una amiga de Rosarito. La novela se desarrolla en un bar donde todos se conocen y donde en torno a un «bluff» se desarrolla la acción.

Claro es que el tema es un pretexto. María Jesús Echevarría esconde entre el fino dibujo de sus tipos una trascendencia mayor.

—Quizá mi tesis está en que lo

que todos declinamos en alto no tiene tanta importancia como lo que se nos queda entre dientes, en «medias palabras».

—¿Con qué juegas, con lo real o con lo simbólico?

—Mi novela es realista con brochazos imaginativos.

La joven novelista sitúa su relato en unos escenarios que le son conocidos por demás. Calle del Amor de Dios, Antón Martín. O si se prefiere, Quevedo.

—Creo que son unas zonas de Madrid donde vive una clase media, incluso clase media acomoda-



«Mi novela es realista, con brochazos imaginativos»



«La novela es el medio de expresión más completo del literato»

dada, con unas normas de moral concreta, más bien baja de costumbres. El propósito de mi novela es ver hasta dónde llega esa moral común y corriente de cualquier persona que llamamos honrada.

María Jesús Echevarría se queda un momento pensativa. Hace revivir un poco por el recuerdo sus personajes. Y me va dando matices de cada uno. Va apretando en la memoria su sicología,

a veces difícil, a veces muy compleja.

—Lo que he puesto en cuarentena ha sido la moral de camaleón, cambiante, acomodaticia, blanda.

El tema de «Las medias palabras» está servido en un estilo cuidado al decir de la autora. Los planos poéticos se intercalan en la banda realista concediéndole una extraña gracia, un toque de expresión levemente misteriosa.

—En lo que al estilo se refiere, estoy segura.

María Jesús tiene una manera dulce de mirar las cosas. Un estilo animoso, lleno de garbo. Le

pregunto cómo encuentra su novela.

—¿Negativa o positiva?

Hace un gesto de duda como queriendo indicar que no sabe qué decir.

«LA NOVELA ES EL MEDIO DE EXPRESION MAS COMPLETO»

María Jesús Echevarría ha sido y sigue siéndolo una lectora empedernida. Ya en la Biblioteca de la Facultad leía sin descanso entre los retazos de tiempo que le dejaban libre sus estudios. Novela norteamericana en su propia lengua. Novela francesa. Y en las mejores traducciones a su alcance buena parte de la literatura alemana. Autores como Wasserman o Herman Hesse, que después haría familiares en sus viajes.

—Y desde luego, los clásicos españoles. Con estas influencias de fuera, saciada un poco lo que no deja de ser curiosidad he vuelto a los clásicos. Quevedo. Al oído casi me lo sé. Reconozco sus párrafos. Y Valle Inclán. Y Baroja, es esencial para un novelista.

María Jesús se está preparando para salir. Comienza por entornar alguna puerta, por cerrar alguna ventana.

—Oye, ¿qué es para ti la novela?

No tiene que pensarlo.

—El medio de expresión más completo para el literato

Alguna vez la había oído hablar de los jóvenes novelistas españoles de su generación. Tenía siempre fe en ellos. Fe en su obra. Quizá ahora esta confianza, con el propio triunfo se haya solidificado.

—Ha sido una generación que se le ha tildado de no tener creencias firmes. Yo creo en ella. Son valores que están aflorando. Hoy por hoy hay gente que tiene cosas. Y ya saldrán.

A María Jesús no hay por qué preguntarle sobre los concursos. Ella prueba suerte en su ruleta porque la fortuna, ya se sabe, es de los audaces. Por copia más o menos no se pierde nada. Si luego surge esta grata sorpresa del premio y la edición del libro y un poquito de nombradía mejor que mejor. A esperar la crítica, que es tierra ya más firme, donde el riesgo tiene consecuencias definitivas.

—Si estos señores leyeran los libros, la crítica está muy bien. Pero sospecho que no se los leen.

Salimos a la calle. María Jesús Echevarría, es esta chica alta, con gafas, que va delante, con un aire universitario, europeo. María Jesús es esta chica de mirada inteligente, de ojos inquietos que se prenden de la vida. Y luego la retratan en las cuartillas, en el mundo literario. María Jesús Echevarría es esta chica que escribe versos, reportajes, entrevistas, cuentos, novelas, relatos. Y entre otras cosas gana premios. Y fama de novelista. María Jesús Echevarría es, ni más ni menos, una gran esperanza.

Florencio MARTINEZ RUIZ
(Fotografías de Mora.)

Adquiera Vd. todos los sábados

EL ESPAÑOL

EL LIBRO QUE ES
MENERSTER LEER

EL HELENISMO, HISTORIA DE UNA CIVILIZACIÓN

Por Arnold J. Toynbee

HELLENISM
THE HISTORY OF
A CIVILIZATION

ARNOLD J. TOYNBEE

DE «Breviario del Helenismo» podríamos calificar el libro que presentamos hoy a nuestros lectores, ya que se trata de una síntesis de esta civilización, abarcada además en toda la amplitud histórica que las concepciones de Toynbee dan a este término. Dentro de las ideas del filósofo inglés de la Historia, el «Helenismo», una de las «sociedades» de su clasificación del pasado, se inicia estructuralmente con él en la gran migración de pueblos ocurrida en el segundo milenio antes de Cristo, y termina con el derrocamiento del Imperio romano. A lo largo de este período diez veces secular Toynbee va exponiendo, con esa amenidad y capacidad de síntesis que le distingue, las diversas fases por las que fueron atravesando los pueblos implicados en el Helenismo y cómo soportaron esas pruebas de desafío y respuesta que constituye la clave del sistema histórico del erudito británico. Extraordinariamente compendiados en poco más de 200 páginas, descubrimos sucesivamente el ambiente físico de la civilización en cuestión, la superación de la tendencia anárquica, la emancipación de las ciudades-Estados, el enfrentamiento con las amenazas exteriores, el ensayo alejandrino, la irrupción de Roma, la constitución del Imperio universal, y finalmente la aparición del Cristianismo y el dislocamiento y muerte del Helenismo. Ahora bien, dentro de esta trama tan bien fundida, donde, aunque no se digan grandes cosas nuevas,

se reúnen admirablemente un sinnúmero de hechos y datos, que van desde los aspectos religiosos, políticos y guerreros a los literarios, económicos y estratégicos, el lector recibe una idea acabada del Helenismo, en la que, si puede, sino acepta la totalidad de las conclusiones de Toynbee, discute muchas de ellas, como el ser humano, y particularmente en lo que se refiere a los aspectos religiosos, siempre demasiado influenciados por sus ideas sincretistas, no puede por menos de facilitar una excelente base de discusión de todo lo que constituye lo fundamental de la civilización helénica.

Finalmente agregaremos que este libro es de los que tienen historia. Empezado a escribir en 1914, por encargo del gran helenista británico Gilbert Murray, los trágicos acontecimientos de aquel año interrumpieron la obra, que no fue reanudada o, mejor dicho, totalmente escrita de nuevo hasta los años 1956 y 1957. Quizá el libro haya ganado con ello, pues Toynbee se ha convertido en un historiador mundialmente famoso, y además ha conocido sobre el terreno, como nos dice con excesiva modestia, la casi totalidad de los terrenos en que surgió la civilización que tan magistralmente nos compendia y presenta.

TOYNBEE (Arnold J.): «Hellenism. The History of a Civilization». Oxford University Press. Londres, 1959. 258 págs. 7s 6d.

EL Helenismo es una civilización que surge a finales del segundo milenio antes de Cristo y que mantiene su esencia fundamental hasta el siglo VII de la Era Cristiana. Hace su primera aparición a lo largo de las costas del mar Egeo; se extiende desde allí al litoral del mar Negro y del Mediterráneo, penetrando inevitablemente tierra adentro en dirección oriental, en Asia Central y la India y en las costas atlánticas de África del Norte y de Europa, en Occidente.

LIMITES EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO DEL HELENISMO

«Helenismo» no es una palabra del vocabulario diario. Las palabras «griego» y «Grecia» se usan con más frecuencia, pero ninguno de estos vocablos expresa exactamente el objeto de este libro, y por ello habría sido errado llamarle «Historia de la civilización griega» o una «Historia de Grecia».

Grecia es el nombre de un país establecido en la península más oriental de Europa, la cual ha existido en el relieve físico de nuestro planeta desde que las tierras y los mares adquirieron su forma actual. Así, pues, Grecia existía antes de que surgiese la civilización helénica, y existe to-

davía hoy, dando el nombre a un reino que es uno de los Estados del mundo presente, es decir, trece siglos después de que se extinguió la civilización helénica. Grecia ha visto pasar otras civilizaciones además de la helénica: primero, la bizantina, y entre ésta y la moderna, Grecia fue anexionada sucesivamente por los cruzados de la Cristiandad medieval occidental y por los turcos otomanos del mundo del Islam.

Por otra parte, durante los dieciocho siglos que duró la civilización helénica, el área abarcada por ésta cubrió sólo parcialmente el espacio que se designa vulgarmente con el nombre de Grecia. Desde el comienzo hasta el fin, uno de los principales soportes de la civilización helénica fue la costa occidental de Asia Menor, que no se encuentra precisamente en Grecia, sino en Turquía. Además, la parte septentrional de la Grecia continental europea no se incorporó totalmente al mundo helénico hasta la cuarta centuria antes de Cristo.

La palabra «griego» se encuentra indisolublemente unida, como la del «latín» con la filología, pero la lengua griega y la civilización helénica no son ni contemporáneas ni coexistentes. Hoy, después de haber muerto hace trece siglos la civilización helénica, el griego es todavía una len-

gua viva, y lo era también mucho antes, durante un número desconocido de siglos, de que apareciera la civilización helénica. Después de la segunda guerra mundial, un investigador inglés, Michael Ventrix, ha descifrado satisfactoriamente documentos escritos en griego que datan de los siglos XV al XVII antes de Cristo. Fueron encontrados en Chossos, en Creta y en Micenas, y Pylos, en Morea, tres ciudades del mundo minoano-micénico. Están escritos en tablillas de arcilla, y la escritura no es el alfabeto fenicio, en el cual se escribió siempre la lengua griega desde el siglo VIII antes de Cristo. Una de las escrituras minoanas no es alfabética, sino silábica. Es muy posible que la lengua griega fuese traída a la Grecia continental hacia el siglo XX antes de Cristo, y desconocemos en qué momento el griego se desprendió autónomamente de la matriz de la lengua original indogermana, hecho ocurrido en el corazón del Viejo Mundo y que llevó la lengua griega desde este punto hasta la costa mediterránea. En ningún caso la lengua griega ha coexistido solamente con la civilización helénica. La antecede y la sobrevive. Incluso en los momentos de coexistencia las zonas ocupadas por una y otra no coincidían.

Durante la mayor parte de la historia helénica ha habido pueblos de lengua griega que no eran miembros de la sociedad helénica. Los que ocupaban el norte de la Grecia continental, así como el norte y el oeste de la línea que va del sur al norte, un poco al occidente de Delfos y las Termópilas, no se convirtieron al helenismo hasta el siglo IV antes de Cristo y en la opuesta dirección, las poblaciones de habla griega de Chipre y de la costa meridional de Asia Menor, así como de las planicies litorales de Cilicia y Panfilia (el país natal y primer campo misionero del ciudadano romano, aunque judío de nacimiento y griego por su lengua, San Pablo) no fueron helenizados totalmente hasta la misma fecha. Existieron también ciertas tribus atrasadas de habla griega en el extremo noroeste de la Tracia, junto a las aguas altas de los ríos Struma e Isker, que permanecieron fuera del matiz helénico hasta el primer siglo de la Era Cristiana, en que fueron helenizados más o menos coactivamente por los romanos de habla latina.

ROMA, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD HELENICA

Los romanos fueron naturalmente los más importantes de todos los conversos del helenismo, tanto entre los de lengua griega como entre los que hablaban otra distinta. Otras poblaciones de lengua no griega, tales como los mesapios, los apulios y los etruscos de Italia y los lidios de Asia Menor, fueron helenizados antes de que lo fuesen los romanos, y también al sur y en la costa oeste de Asia Menor, otras poblaciones semejantes, a pesar de su lengua distinta, formaron parte de la comunidad original, al igual que sus vecinos de habla griega situados a uno y otro lado del Egeo. Su papel en la historia helénica no fué nunca como el que jugó Roma, pero gozaron de la característica de su manera de vivir desde el primero hasta el último capítulo del helenismo.

En este último capítulo los romanos no dieron sólo la unidad política y la paz interna a todos los helenos que habitaban en las costas del Mediterráneo, sino que les facilitaron un simple Gobierno, dándoles además un segundo vehículo lingüístico que complementó a la lengua griega. La igualdad oficial del griego y del latín en el Imperio romano estaba justificada con la producción literaria de Cicerón, Virgilio, Horacio y otros hombres de letras romanos, que escribían en latín grandes obras de arte, que podían compararse honradamente con las mejores escritas en latín. En la edad imperial de la historia helénica, los principales espíritus del mundo helénico eran bilingües. El emperador Marco Aurelio Antonino, cuya familia procedía de España y cuya lengua vernácula era el latín, escribía su diario en griego. El historiador Ammiانو Marcelino, procedente de Antioquia, y el poeta Claudio de Alejandría, cuya lengua habitual era el griego, escribieron sus obras en latín.

EL ESPIRITU DEL HELENISMO

Si el helenismo no puede identificarse con ningún país determinado ni con ninguna lengua con-

creta, ¿cómo definirlo? Su esencia no es ni geográfica ni lingüística, sino social y cultural. El helenismo es una manera de ser distinta que está encarnada en una institución maestra, la ciudad-Estado. Así, pues, cualquiera que se adapte a vivir como se vive en las ciudades-Estados helénicos debe considerársele como heleno, independientemente del origen y estirpe que haya podido tener. El rey Alejandro I de Macedonia y el Jan Scyles, el escita del siglo V antes de Cristo, y el general romano Tito Quinto Flaminio, y el sumo sacerdote judío Josué-Jason, del segundo siglo antes de Cristo, son manifiestos ejemplos de helenos por adopción.

No obstante, nuestra definición de helenos es todavía imperfecta, pues su institución característica no es peculiar de ellos. Aunque ha sido la palabra griega para la ciudad-Estado, la «polis», la que ha pasado al lenguaje del mundo moderno en sus derivadas: política, policía, políticos, etcétera, las ciudades-Estados no son una invención helénica. Existieron en Sumeria (en la cuenca baja de los ríos Tigris y Eufrates), aproximadamente hacia el año 3.000 antes de Cristo, unos dos milenios antes de que naciese la civilización helénica.

Las ciudades-Estados son también características de la civilización de la tierra de Canan, que era una civilización contemporánea de la helénica y hermana de ella. Ejemplos célebres de las ciudades-Estados cananitas son Sidon, Tiro y Arvad, a lo largo de la costa siria, y Gades, Cartago y las restantes colonias fenicias del sur de España y Africa del Noroeste. En el Viejo Testamento tenemos registrada la transformación del cantón de Judá, en la ciudad-Estado de Jerusalén, por el rey Josué en el siglo VII antes de Cristo.

Se produce igualmente un renacimiento de la institución en la Cristiandad occidental, una sociedad filial de la helénica que nace después de que la sociedad helénica ha entrado en disolución. Típicos ejemplos de estas ciudades-Estados medievales son Venecia, Milán, Florencia y Siena en el norte y centro de Italia; Marsella, en Provenza; Barcelona, en Cataluña; Gante, Brujas, e Ipses, en Flandes, y las ciudades de la Hansa, en Alemania. Durante la Edad Media la Cristiandad medieval estuvo a punto de convertirse en una sociedad de ciudades-Estados, tales como había sido la Helade. Incluso hoy, quinientos años más tarde, aproximadamente, de la fecha en que el Estado nacional se ha convertido en la característica de nuestra sociedad occidental, la abortada ciudad-Estado medieval sobrevive en Hamburgo, Bremen, Basilea, Zurich y San Marino. En realidad, la última de las mencionadas, a pesar de ser la más pequeña, es la más digna de consideración, ya que es totalmente soberana e independiente.

EL HUMANISMO Y LA CIUDAD-ESTADO

Así, pues, la simple institución de la ciudad-Estado no es la nota característica de la manera de ser helénica. Lo que distingue al helenismo es el uso que hace de esta institución como medio para facilitar una expresión práctica a una concepción del universo. En el siglo V antes de Cristo el filósofo helénico Protágoras de Abdera expresaba su famosa frase de que «el hombre es la medida de todas las cosas». Si empleásemos el lenguaje tradicional para judíos, cristianos y musulmanes podríamos decir que los helenos vieron en el hombre el «Señor de la Creación» y le adoraron como un ídolo en lugar de Dios.

La adoración del hombre, o humanismo, no es una forma de idolatría exclusiva de los helenos. En cierto sentido ésta ha sido la religión característica del hombre en determinados procesos de civilización, en todas las épocas y lugares. Así, por ejemplo, es hoy manifiestamente la religión dominante en el mundo occidental. Los occidentales son unos entusiastas adoradores del poder colectivo del hombre, particularmente de su poder sobre la naturaleza inanimada a través de las aplicaciones prácticas realizadas por los investigadores científicos modernos. Los racionalistas del siglo XVIII y los humanistas del siglo XV eran también adoradores del hombre a su manera. Lo que distingue al humanismo del experimento helénico del humanismo es que aquél era el más absoluto y total intento de adoración del hombre que se recuerda hasta el momento. Aho-

ra bien, si ésta es la nota distintiva de la historia helénica, en seguida se plantea la interesante pregunta: ¿Qué relación existe entre la adoración helénica del hombre y el apogeo, culminación, decadencia y definitivo derrumbamiento del helenismo?

EL DESARROLLO HISTÓRICO DEL HELENISMO

Precisamente el responder a esta pregunta es el objeto de este libro. Pero antes de hablar de otra cosa hay que explicar por qué el helenismo fué la primera de las civilizaciones que consideró al humanismo como el máximo tesoro.

El humanismo se convierte en religión dominante en aquellas fases de la Historia en que el hombre se siente capaz de dominar la naturaleza inanimada, aunque todavía no ha sido forzado, por la amarga experiencia, a enfrentarse con la verdad de que no es dueño de sí mismo.

El dominio humano sobre la naturaleza inanimada fué conseguido por las civilizaciones de la primera generación: la civilización sumeria del curso bajo de los ríos Tigris y Eufrates, la civilización del Indo en el Pakistán Occidental, la civilización Chang en el valle inferior del río Amarillo, la civilización egipcia del Bajo Nilo y la civilización minoano-micénica del archipiélago Egeo. Antes de que surgiese la civilización helénica y la de su contemporánea y hermana la de Canan, las civilizaciones más antiguas habían alcanzado ya o heredado sus invenciones técnicas —agricultura, domesticación de animales, la rueda, la barca—, que, por lo que respecta a genio creador y atrevimiento, sobrepasaba a todas las invenciones anteriores, si se exceptúa el uso del fuego, así como a las que le siguieron, las cuales surgieron precisamente por las bases conseguidas por aquéllas.

Estas civilizaciones, sin embargo, no concedían la palma del triunfo sobre la naturaleza inanimada al poder humano, sino que adoraban precisamente a esta misma naturaleza de manera sencilla o encarnada en diversas divinidades. La civilización helénica no es ajena a estas influencias en sus momentos iniciales, y por ello en sus comienzos se alimenta de dos legados de los pueblos bárbaros: los poemas épicos adjudicados al poeta Homero, que equivalen en cierto modo, y salvando las distancias, a lo que es la Biblia para los cristianos y el Corán para los musulmanes, y un panteón de dioses que ya no son símbolos de las misteriosas vicisitudes de la naturaleza, sino que son una imagen del hombre, del hombre bárbaro y de todos los hombres.

Estos dioses olímpicos son reproducciones vitales de sus prototipos humanos, y esto es lamentable, porque la naturaleza humana bárbara no es nada edificante. El bárbaro es un hombre primitivo que ha tenido la mala suerte de enfrentarse con los representantes de una civilización decadente. Este accidente histórico ha conmovido repentinamente la estructura de sus costumbres y maneras tradicionales, y de este modo le ha puesto en libertad antes de que esté maduro para ella. El bárbaro, en efecto, es un adolescente que ha perdido su inocencia de niño sin haber adquirido el autodomnio del adulto.

La naturaleza humana bárbara que se refleja en el panteón olímpico con su penoso realismo es un objeto indigno de adoración para una sociedad en proceso de civilización, que rápidamente fué objeto de descrédito en el mundo helénico. Incluso en los poemas homéricos, en su versión final y casi dogmática, los olímpicos comienzan a ser objeto de burla y falta de respeto. En el siglo VI antes de Cristo fueron ya violentamente acusados por el filósofo Jenofanes de Colofon. Los helenos se enfrentaron con la perspectiva de encontrar otro objeto de adoración, y en esta co-

yuntura el helenismo sucumbió. Es curioso que los helenos, que habían conseguido tantos prodigios en el campo de las artes y del pensamiento, no lograron nunca abrirse camino ni liberarse de la adoración del hombre, que habían heredado de sus antepasados bárbaros. Oscilaron simplemente entre las dos formas de la adoración humana, que era siempre algo menos repugnante que la adoración de bárbaros guerreros deificados. Una de estas alternativas fué la adoración del poder humano colectivo, manifestado primero en las ciudades-Estados, y finalmente en un simple imperio que parecía con sus súbditos abrazar a todo el mundo, y que realmente abarcaba a todas las ciudades-Estados situadas a lo largo de la costa del Mediterráneo.

La segunda alternativa fué la adoración del ser humano individual, al que se deificaba como un salvador. Fuese el déspota siciliano o el rey de Macedonia o el emperador romano, se le presentaba con un salvador de la sociedad, y luego surgió el sabio estoico o epicúreo que parecía capaz de salvar a los demás con su llamativo ejemplo de salvarse externamente a sí mismo con sus austeros esfuerzos.

Los helenos no encontraron satisfacción en la práctica de la adoración humana ni aun en sus más innobles formas. La medida de su intranquilidad venía dada por su temor de hacerse culpables de híbridos, lo que atraía sobre el ser humano el resentimiento y la retribución de los dioses. Los helenos reconocían que el hombre no se puede divinizar impunemente.

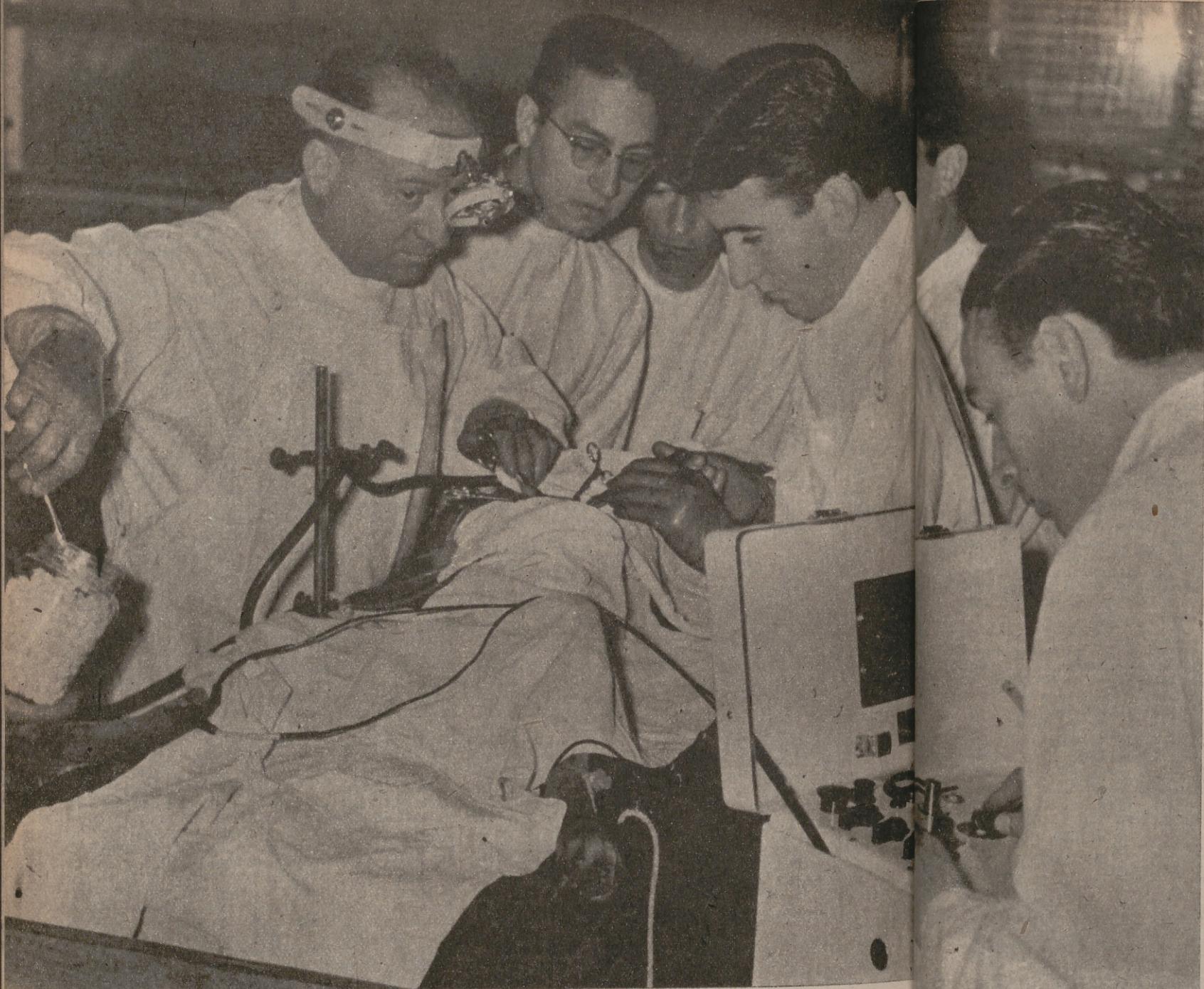
Finalmente, los helenos encontraron las penalidades del híbrido tan aplastantes y la práctica de la adoración humana tan insatisfactoria en cualquier forma, que se entregaron a las dos religiones orientales que habían surgido, bajo el impacto del helenismo, en las sociedades asiáticas que los helenos habían conquistado por la fuerza de las armas. En la India y Asia Central, los helenos se convirtieron al budismo en su forma más reciente, que era conocida entre sus seguidores como la «Gran carrera» (Mahayana), y en la cuenca mediterránea se hicieron cristianos.

Cuando, siglos después, surgieron tres nuevas civilizaciones —la bizantina, la cristiana occidental y la islámica— sobre lo que había sido dominio de la civilización helénica, todas ellas revelaban la inspiración helénica que habían recibido a través del Cristianismo y del Islam. Realmente, las tres pueden ser consideradas con iguales derechos como «judaicas» o «helenísticas».

Una civilización helenística puede irrumpir violentamente como consecuencia de una explosión del espíritu helénico enterrado, pero no extinto. Precisamente, la cristiandad occidental siente todavía los efectos de una nada violenta erupción —popularmente conocida como Renacimiento— que surgió en Italia hace seiscientos años y que se extendió desde allí al resto de la cristiandad occidental y a otras partes del mundo como consecuencia de la reciente «occidentalización» en el ámbito mundial. En el campo de las artes, de las letras y las ciencias, la influencia del redescubrimiento de la cultura helenística fue digerida y superada en las mentes occidentales antes de fines del siglo XVII. En el campo de la política, la restauración de la adoración helénica de los idolatros Estados nacionales es hoy la religión dominante en Occidente y del mundo cada vez más occidentalizado. Esto es algo que sobrevive a pesar de las influencias que sobre ello han ejercido el Cristianismo, el Islam y otras religiones superiores.

La trágica historia del mundo helénico muestra que la forma helénica de idolatría es un fantasma que puede desviarnos de puerto. El mundo occidental debe exorcizar a este demonio resultante para salvarse de caer en el destino en que incurrió su predecesor helénico.

Gaceta de la Prensa Española
PUBLICACION ESPECIALIZADA
EN MATERIAS DE INFORMACION



NUEVAS CLAVES PARA LA SALUD

ULTIMAS EXPERIENCIAS DE
LOS FISILOGOS ESPAÑOLES

CAPACIDAD CIENTIFICA Y PRESTIGIO UNIVERSAL
DE NUESTRAS ESCUELAS DE INVESTIGACION

EL ESPAÑOL.—Pág. 50

EN los locales del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de Madrid se ha celebrado del 10 al 12 de diciembre la V Reunión de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas. No se ha tratado en realidad de un Congreso en la acepción corriente del término. En estas reuniones científicas, que los fisiólogos celebran cada año, no hay ponencias ni temas fijos de estudio, estando los actos sociales reducidos al mínimo.

El profesor Vidal Sivilla, de Barcelona, que ha presentado a esta reunión un interesante trabajo sobre ciertas sustancias contenidas en el plasma sanguíneo del recién nacido, como catedrático de Fisiología de la Ciudad Condal, conoce a fondo los problemas y alcance de su especialidad. Según Vidal Sivilla, la Fisiología, como rama de la Biología, se divide en otras dos con significación propia: la fisiología

general y la fisiología especial. La primera tiene por objeto lo que es común en las actividades normales de todos los seres vivos. Aceptada la célula durante un siglo como organización viviente más elemental y común a todos los seres vivos, la fisiología celular, la que estudia la función normal de la célula, es un capítulo básico de la fisiología general. Los procesos físicos y químicos de las actividades vitales, investigados por el fisiólogo por medios químicos y físicos, transcurren por características comunes en los distintos seres vivos, dando contenido a otros dos grandes capítulos de la fisiología general, que corresponden a una parte de lo que hoy llamamos respectivamente Biofísica y Bioquímica.

La Bioquímica, según la define el profesor Villar Palasi, es una galopante y victoriosa ciencia que cabalga a caballo entre lo químico y lo biológico. Su des-



En estas dos fotografías se recogen aspectos del trabajo en el Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de Madrid. A la izquierda, un experimento sobre pulmón; a la derecha, sesión operatoria en el quirófano

arrollo en los últimos cincuenta años es asombroso. Con motivo de haberle concedido el último Premio Nóbel de Fisiología y Medicina al bioquímico español Ochoa de Albornoz, el citado Villar Palasi hace un recuento de todos los Premios Nóbel de Química y Medicina, que suman ciento treinta y nueve, encontrando que más de sesenta, es decir, aproximadamente la mitad, o son bioquímicos o aportaron precisamente con los trabajos premiados un impulso significativo a la Bioquímica.

Según Vidal Sivilla, la parte funcional del contenido de la Bioquímica podría quedar casi reducida al capítulo de la Enzimología, que es el más importante de lo que actualmente se entiende por Bioquímica. Pero la Enzimología no es más que un capítulo de la Fisiología celular, porque para la explicación acabada de los procesos químicos del metabolismo, es indispensable que los enzimas estén agrupados y organizados, formando sistemas en la máquina celular como si fueran ruedas de complicados engranajes. La especialidad del flamante Nóbel Ochoa de Albornoz es precisamente de Enzimología. Su aportación científica, que ha merecido el alto galardón sueco, se debe al descubrimiento de una enzima que permite la síntesis de los polinucleóticos, según dije ya en este mismo semanario en mi artículo de 31 de octubre sobre Severo Ochoa.

Figura muy destacada de la Reunión de Fisiología que acaba de celebrarse en Madrid es el profesor García Valdecasas, catedrático de Farmacología de Barcelona y condiscípulo de bachillerato y de carrera de Ochoa. Según el profesor Valdecasas, el papel de los enzimas o fermentos en la te-

rapéutica actual tiene dos aspectos completamente distintos. Por una parte, permite comprender el mecanismo íntimo de la acción terapéutica de muchos medicamentos. En realidad, cuando no tenemos una interpretación enzimática de un modo de acción de un medicamento se puede decir que no tenemos interpretación alguna. Para García Valdecasas, el ejemplo de la llave y de la cerradura es sumamente idóneo y muy explicativo. Así como en una cerradura puede entrar una llave falsa sin lograr abrirla o estropeándola al abrirla, así una sustancia químicamente parecida a otra sustancia biológica puede sustituirla en los mecanismos fermentativos o enzimáticos, estropeándolos lo mismo que estropea la llave falsa a la cerradura. El resultado es que la reacción bioquímica queda interrumpida y todos los procesos bioquímicos que han de pasar por esta reacción paralizados. Si tal reacción bioquímica es imprescindible para el crecimiento de las bacterias, éstas dejan de multiplicarse y el organismo domina la infección. Este es, en definitiva, la manera cómo actúan las más maravillosas drogas modernas, las sulfamidas y los antibióticos.

En otro aspecto de los enzimas en la terapéutica actual es, según el profesor Valdecasas, el de su utilización directa. No hace mucho, en este mismo semanario, hablaba de los trabajos de Barraquer (hijo) sobre la aplicación de ciertos enzimas para el tratamiento de las cataratas.

FLORECIMIENTO DE LA FISIOLÓGICA DE LOS ESTUDIOS FISIOLÓGICOS EN ESPAÑA

En España no ha existido prácticamente la investigación bioquí-

mica, porque casi no había investigación fisiológica y tampoco estaba muy desarrollada la investigación química. Afortunadamente, el problema de la falta de investigación en todos los sectores fisiológicos en España parece que empieza a remediarse. Prueba de ello no son mis palabras, sino estos Congresos o Reuniones de Fisiología, que se iniciaron en Madrid, en abril de 1953. Cuando hace años murió la Sociedad Española de Biología, quedaron los biólogos españoles sin ninguna sociedad propia, y los distintos investigadores, según sus tendencias científicas, tiraron por divergentes caminos. Dentro de la Biología es necesario hacer la separación entre lo funcional y lo morfológico, entre la función y la forma. Un grupo de biólogos (funcionales) pensaron en crear una Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas que agrupara las tres ciencias hermanas: Fisiología, Bioquímica y Farmacología. Este pensamiento inicial fue robustecido con el acuerdo que ha poco tomó el Congreso Internacional de Fisiología de Copenhague (18 de agosto de 1950) de fundar la Unión Internacional de Ciencias Fisiológicas, que habría de reunir las sociedades nacionales análogas.

El profesor Corral tomó la iniciativa de invitar a una reunión a todos los catedráticos y profesores adjuntos de Fisiología, Bioquímica y Farmacología de las Facultades de Medicina, Ciencias, Farmacia y Veterinaria, así como al personal directivo de los centros de análoga educación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A esta primitiva reunión le sucedieron otras, creándose al fin la Sociedad, y por último, como queda



Vista parcial de la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria, donde se encuentra instalado el Instituto de Fisiología, sede oficial de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas

dicho, en abril de 1953 se celebró en Madrid la I Reunión.

El objeto primordial de estas reuniones es el de presentar y discutir entre sus miembros los trabajos de tipo experimental desarrollados por los mismos durante el año. Esto se realiza por medio de comunicaciones de tema libre, que en la que acaba de celebrarse han superado la cifra de 150. La extraordinaria variedad de los temas tratados hace difícil la elección de lo revestido de mayor interés, lo que nos obliga a limitarnos a señalar las directrices de investigación de las principales escuelas españolas.

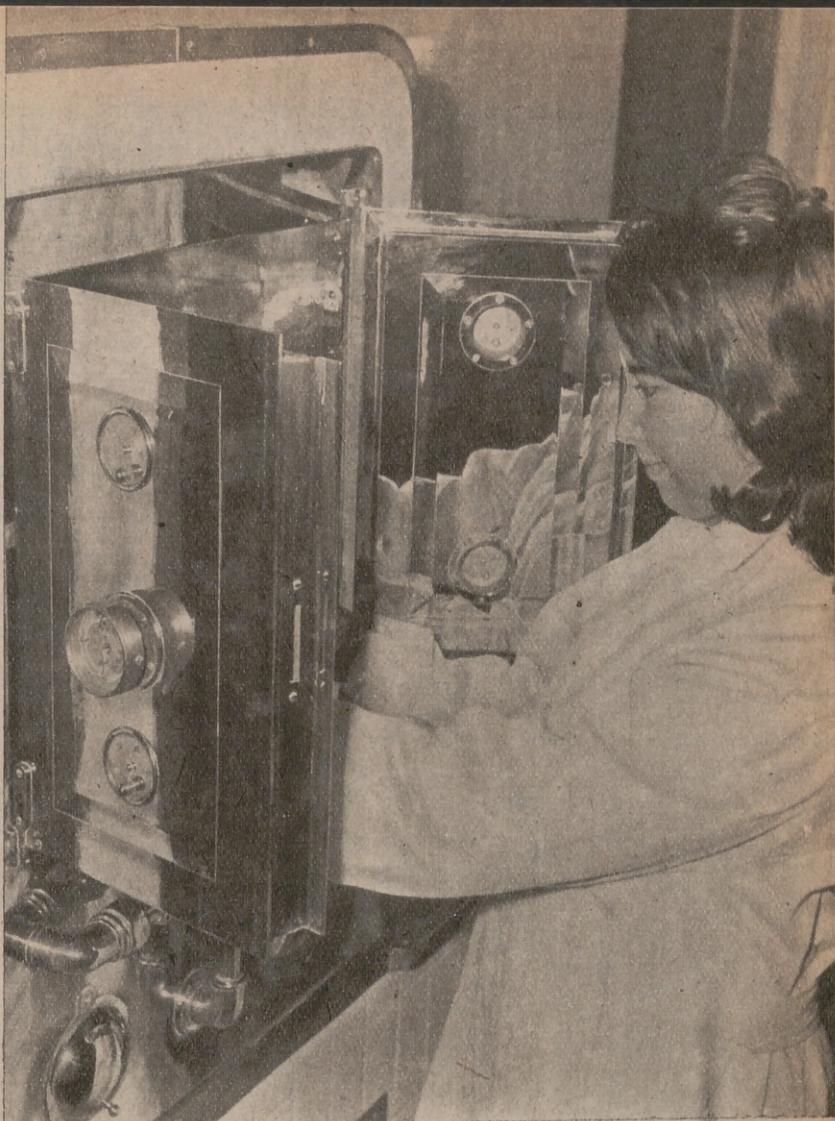
LA ESCUELA DE FISIOLÓGIA DE MADRID

Esta escuela está encabezada por el profesor don José María de Corral García, catedrático jubilado de esta asignatura en la Facultad de Medicina de Madrid y fundador y presidente de la Sociedad. Al lado de don José María Corral, en el Laboratorio de Fisiología de la Junta de ampliación de estudio de la Residencia de Estudiantes (Pinar, 21), comenzó su aprendizaje como investigador Severo Ochoa de Albornoz, Premio Nóbel de Fisiología 1959. Después ambas vidas han sentido preocupaciones científicas similares. Según propias declaraciones de Corral, éste fue quien propuso a Ochoa para Premio Nóbel en el año 1957 y, por último, ha formado parte de la Comisión Oficial Española que ha asistido el 10 de diciembre a los actos celebrados en Estocolmo con motivo de la entrega del premio al profesor Ochoa.

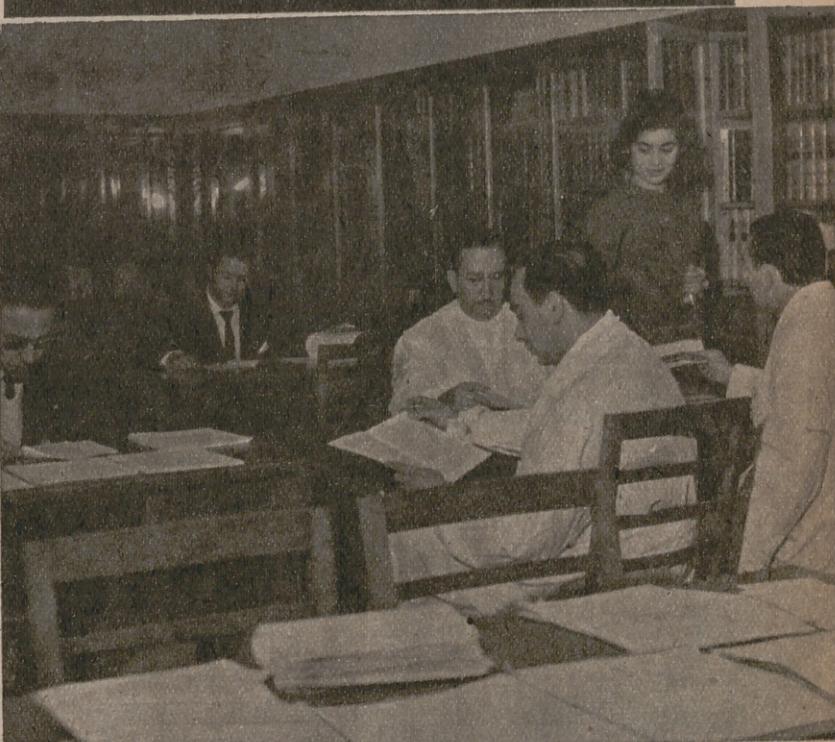
Bajo la dirección y con la ayuda del profesor Corral, su escuela madrileña ha aportado a la reciente Reunión una serie de importantes trabajos sobre las funciones de los aparatos cardio-circulatorios y respiratorio, eliminación de colorantes por orina, desnaturalización de las proteínas del plasma sanguíneo y estudios químico-físicos del cuerpo vítreo, sustancia gelatinosa, que ocupa una cámara en el ojo detrás del cristalino.

El doctor Clement ha disertado sobre la retracción de este cuerpo vítreo producida por el calor y la influencia de diversos factores sobre la estabilidad e invivición del mismo, temas que tienen mucha importancia en problemas de oftalmología clínica, como son el desprendimiento de retina, trasplante del vítreo y glaucoma entre otros. Como es sabido el glaucoma, más que una enfermedad, es un conjunto de síntomas, entre los que destaca la presión de los líquidos internos del ojo, que convierten a éste en un globo durísimo. El periodo original de la enfermedad es el glaucoma absoluto. Entonces, el ojo está totalmente ciego y presenta una dureza de piedra, sufriendo el paciente agudísimos dolores. De aquí el interés de las aportaciones del doctor Clement.

Los doctores Alvaro Gracia y Calderón, expusieron sus trabajos sobre el mecanismo nervioso, reflejo que regula la circulación sanguínea de los pulmones, que aclara ciertos aspectos del mecanismo de la embolia pulmonar, dolencia del aparato circulatorio que puede



Una alumna del Instituto depositando el instrumental quirúrgico en la estufa de esterilización



Vista parcial de la magnífica biblioteca del Instituto de Fisiología, una de las mejores de Europa

ocasionar una muerte fulminante, al obstruir un émbolo el paso de la sangre por la arteria de este nombre, que impide la oxigenación o aireación de la sangre en los pulmones, que de no producirse origina la muerte por asfixia.

El doctor Salces Blesa, secretario general de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas y de su Junta Directiva, abordó el tema de la dinámica del corazón, exponiendo sus dilatados trabajos experimentales, realizados en perros. El doctor Antonio Salces ha provocado con distintas técnicas lesiones en el corazón de estos animales, a los que intervenía quirúrgicamente. Después procuraba que supervivieran conservando sus lesiones órico-valvulares. Al cabo de algún tiempo sacrificaba a los perros y mediante la preparación clásica cardio-pulmonar de Estarlin sometía estos corazones aislados a la acción de diferentes tipos de sobrecarga. Sus trabajos de investigación le han permitido aportar a esta quinta Reunión destacados hechos que no habían sido señalados hasta ahora por otros investigadores.

Como animales de experimentación, los perros han soportado otros muchos experimentos de la escuela de Madrid. Así, el doctor de la Maza ha estudiado la eliminación de carmin de indigo por los perros, después de haberles provocado, también quirúrgicamente, una rigidez experimental de su aparato urinario.

La angina de pecho y el infarto de miocardio constituyen el terror de los hombres de acción, que pasados los cuarenta años temen que de un momento a otro flaquee su corazón. Como es sabido estas enfermedades son consecuencia de una falta de riego sanguíneo. Un obstáculo impide que la sangre riege el músculo que forma el corazón. Al no dar resultados los tratamientos con drogas, desde hace algún tiempo los cirujanos tratan de salvar a estos pacientes con la ayuda del bisturí, abriendo a la sangre nuevas vías o canales para que pueda seguir regando el corazón isquémico (seco de sangre). A este gran esfuerzo han contribuido los doctores Sánchez-Vera y Calderón, que han hecho experimentos en perros. En estos animales han implantado la arteria mamaria interna en la pared del ventrículo izquierdo del corazón, observando los resultados y la supervivencia de los animales así tratados.

EL INSTITUTO DE FARMACOLOGIA ESPAÑOLA

El profesor Gallego lleva su inquietud creadora al Instituto de Farmacología Española, que es uno de los Centros de investigación que más medios cuentan en España y que está más al contacto con las corrientes internacionales. Por su vinculación a una gran empresa de antibióticos, el profesor Gallego participa en todas las reuniones internacionales

que sobre esta interesante materia terapéutica se celebran en el mundo entero, habiendo participado este año en los Congresos de Washington y Praga. En este último Symposium el citado profesor Gallego tuvo oportunidad de intervenir en relación con un coloquio sostenido sobre las concentraciones de antibióticos en los líquidos del ojo.

El Instituto de Farmacología Española ha presentado a la última Reunión de Fisiología un gran número de comunicaciones relativas a la fisiología de la nutrición, sistema nervioso y antibiótico. La escuela del profesor Gallego, que reúne competencia histológica y fisiológica al mismo tiempo, mostró en bellas funciones la existencia del perineuro y endoneuro y de los endoterios perineurales. Tales son los problemas, que se discuten mucho en el momento actual sobre la integridad de los nervios y sobre las estructuras que rodean las fibras nerviosas. Otras comunicaciones de esta escuela versaron sobre las funciones de la retina. Sobre este tema, Orellana y Gallego disertaron sobre las lesiones que se producen en la retina experimentalmente con dosis elevadas de antibióticos básicos. Como es natural, tratándose de la escuela del profesor Gallego las comunicaciones sobre antibióticos despertaron también gran atención.

El profesor Lucas Gallego y colaboradores expusieron, entre otros, sus trabajos sobre absorción del intestino, distintos aspectos del metabolismo y sus estudios sobre la presión sanguínea dentro del corazón en estado de invernación (hipotermia). Estos temas están muy en boga en la actualidad, ya que tienen una gran importancia en la cirugía del corazón, especialidad quirúrgica que está alcanzando un gran desarrollo, y que en España goza ya de gran prestigio.

También intervino en la reunión el profesor Velázquez y su Escuela de Farmacología de Madrid, aportando importantes trabajos sobre su especialidad.

LA ESCUELA DE FARMACOLOGIA DE BARCELONA

Muy importante ha sido la contribución de la Escuela de Farmacología de Barcelona, encabezada por el profesor García-Valdecasas, en la cual convergen además los trabajos efectuados en diversos centros de investigación privados. Las comunicaciones presentadas por esta escuela se han centrado especialmente sobre problemas de los enzimas y fermentos. Si Ochoa dedica sus esfuerzos en Nueva York al estudio de los fermentos, otro tanto realiza su antiguo discípulo en Barcelona, que desde hace algún tiempo ha organizado cursos para los alumnos del doctorado de Medicina sobre la Enzimoterapia. El mis-

mo Valdecasas ha dicho que los enzimas rigen todos los procesos metabólicos de todos los organismos y, naturalmente, del hombre. Las reacciones bioquímicas se suceden unas a otras como los eslabones de una cadena, y si uno de estos eslabones se rompe la cadena queda rota. Todos los enzimas que existen en las células y jugos biológicos del ser humano son igualmente importantes. En nuestra ignorancia actual sólo conocemos la trascendencia de un número muy reducido, y hacia ellos enfocamos nuestro interés y nuestros estudios. Sin embargo, el profesor Valdecasas, investigador nato, trata de ampliar estos horizontes. Buena prueba de ello son los trabajos que su escuela ha realizado bajo su dirección en torno a las acciones de un fermento llamado lipoxidasa y de la catalasa. Merece destacarse, sobre todo, el curioso descubrimiento realizado por los fisiólogos catalanes de que estos dos fermentos prolongan extraordinariamente el tiempo de supervivencia de los animales en atmósfera concinada. Este hecho demuestra la existencia de un efecto beneficioso para el animal, quizá de trascendencia en el futuro.

Llamaron la atención las comunicaciones presentadas por Esteve, Regne y Laporte sobre el nuevo antihemorrágico ciclonamina, que es capaz de producir marcadas reducciones del tiempo de sangría, o sea: de lo que tarda en dejar de salir la sangre de una herida. Estos doctores han demostrado asimismo que la ciclonamina puede contrarrestar los efectos de determinados fármacos sobre los salicilatos y la isoniaciada. En el animal de experimentación al que se administran tales drogas, tras de cuya aplicación mostraban cierta facilidad para tener hemorragias, la ciclonamina impedía tal tendencia.

Los doctores Fernández de Molina y Bonnet, del Centro de Investigaciones Biológicas de Madrid, dieron cuenta de los considerables progresos llevados a cabo en la construcción de aparatos de electrofisiología y de un micromanipulador, todo llevado a cabo con medios exclusivamente nacionales.

El doctor Torres-Acero Fernández, del Instituto de Biología Animal, presentó ocho interesantes comunicaciones sobre las acciones de diversos fármacos y sobre la sarcomicina, que, como es sabido, es una sustancia que se viene utilizando con resultados mediocres en el tratamiento del cáncer. El doctor Torres-Acero proyectó gráfica de sus trabajos, que demostraron la pulcritud de realización que caracteriza todos sus concienzudos estudios. Esta es, en resumen, la labor desarrollada por la V Reunión de la Sociedad Española de Ciencias Fisiológicas, que demuestra cuántas inquietudes animan a nuestros investigadores, a los que no les falta capacidad científica, pero sí medios materiales para que, entre ellos, maduren, andando el tiempo, nuevos Premios Nóbel.

Suscribase a EL ESPAÑOL

Doctor Octavio APARICIO

UN ESPAÑOL NACIDO EN LIMA

LA VIDA MULTIPLE DE FELIPE SASSONE

EN MEDIO SIGLO DE TRABAJO, 85 OBRAS DE TEATRO, NOVELA Y VERSO

EL mejor título que llevaba y del que más se enorgullecía era el de un español nacido en Lima. Nacido en Lima el 10 de agosto de 1884; muerto en Madrid el 11 de diciembre de 1959. Setenta y cinco años de vida literaria en el más amplio, por lo extenso, y noble, por lo intenso, sentido del término.

«Mi padre —contaba Sassone— era un italiano nacido en Lucania, la antigua Basilicata, donde fue otro tiempo la Magna Grecia. Mi madre, peruana, pero sevillana de nacimiento, retoño de una familia tacneña, de origen gallego y andaluz, tenía un nombre principesco, se llamaba Delfina, y el continente a la par, gracioso y majestuoso».

Y fue su madre, aquella su madre que él decía que tenía «cortos y rítmicos los pasos de bailarina de Tartesia, y dulces y hondas las pupilas de jaspe, entre pardas y verdes, y las manos más lindas del mundo», su primera maestra de español.

—Queridito—me decía con su voz suave, que no levantaba jamás—, queridito—siempre me llamaba así—, donde está la madre está la patria; tienes que hablar en español, que, porque es mi idioma y el de tu tierra, ha de ser el de tu alma.

Y Felipe Sassone Suárez diría, ya en sus años setenta, como certificando el orgullo, «¡Y así ha sido, gracias a Dios!»

“QUIERO VER TOREAR A GUERRITA”

Viajero de medio mundo, uno de los sins de Sassone fue ése, el de correr y recorrer las tierras, gozando y repescando la intimidad del momento, la belleza del instante.

Apenas tiene ocho meses cuando su padre le lleva a Nápoles; apenas tiene catorce años cuando llega a España.

Y llega a España prendido de una de sus grandes aficiones, que no la dejaría en toda su vida: los toros.

Era el año 1898. Felipe Sassone ya estaba metido en el veneno tenue de la literatura. Sin ser mozo del todo representa obras teatrales allá en el Perú—nada menos que el Rey en “El alcalde de Zalamea”, el Fernando de “La muerte civil”, el Julio de “Mancha que limpia”—, hace periodismo y estudia cultura general. Y también gana premios por concursos literarios.

“Ya de vuelta en casa, aque-



la misma noche, mi padre me habló así:

—He consentido en cuanto tú querías, y me alegro y te felicito, y me felicito, por tu triunfal actuación; pero tú has de prometerme ahora que permanecerás un año sin estudiar, hasta que en el entrante te prepares para ingresar en la Universidad. Sonrei maliciosamente:

—¿Tú crees que eso es un premio, papá?

—Es un regalo que tú me haces, y yo estoy dispuesto a hacerte otro como premio, y te lo adelantare ahora mismo. Con que pide por esa boca. ¿Qué quieres?

Respondí sin vacilar, con la máxima sencillez:

—Quiero ver torear a Rafael Guerra. "Guerrita"

—Mi padre respondió al pronto, sin saber bien de lo que se trataba:

—¿Nada más que eso? ¿Y quién es Guerrita?

—El mejor torero del mundo.

—¿Y cuándo ha venido?

—No ha venido, está en España, y por ahora no piensa venir.

Y mi padre, tras un brevísimo silencio pensativo, repuso en un suspiro:

—Entendido; habrá que ir a España.

Y me tendió la mano solemnemente."

"LA RUEDA DE MI FORTUNA"

Felipe Sassone cuenta su vida en «La rueda de mi fortuna», un libro que edita Aguilar en 1958. Es su propia historia empezada a narrar porque Juan Aparicio se la pidió; empezaba a narrar precisamente en las páginas de EL ESPAÑOL, en su primera época.

"Se escribió en varias veces y muchas veces. Lo empecé en Madrid, hace ocho años, porque mi amigo y camarada Juan Aparicio, director de EL ESPAÑOL me pidió mis Memorias y le fui entregando hasta un par de docenas de capítulos bajo el título general de «Mi cigarrillo y yo». Un día se acabó EL ESPAÑOL —hoy resurgido con otro formato— y me dejé desmemoriado. Un lector ignoto me hizo saber, por amabilísima carta, que era una lástima, porque le habían interesado aquellos capítulos que parecían de novela."

Y tras la consulta con Melchor Fernández Almagro, nació el nuevo título: «La rueda de mi fortuna», 2.500 ejemplares en papel cicero superior alisado ahuesado, y 100 en papel Alfa especial registro, numerados del 1 al 100. En seiscientas páginas apretadas está la obra y la vida, los afanes y las ilusiones de Felipe Sassone, quizá, de verdad, el último de la bohemia madrileña.

«MALOS AMORES», PRIMERA NOVELA, CINCUENTA DUROS

Llega ahora el momento de hacer recuento de la obra.

Cinco novelas largas. Ahí está su primer libro —«Malos amores», por el que cobró cincuenta duros—; ahí están «Vértice de amor», «La espuma de Afridita», «El tonel de Diógenes», «Nacer, pasar, morir». De 1908, la primera, a 1945, la última.

Y luego la novela corta y el cuento, en la que Sassone es maestro.

Son las dos primeras décadas del siglo. Sassone, juventud impetuosa, llega a Madrid y se introduce en las tertulias literarias de la época. De aquellos tiempos son los amigos clásicos: Eduardo Zamacois, Joaquín Dicenta, Luis Bello, Manolo Bueno, Francisco Villaespesa... Son los años auténticos de la bohemia, de dormir en el Jardín Botánico, es decir, junta sus rejas, revuelto entre mendigos y hasta algunos golfillos vendedores de periódicos, que a las tres noches de ir allí, para procurarme lecho blando, se acomodaban de tal suerte que yo me acostaba en el hueco que formaban sus cuerpos, y ellos apenas me veían llegar, me saludaban alborozados y se disponían a prepararme lo que llamaban *la cama del señorito*. Por las mañanas iba a buscar el aseo en casa del barbero y los cincuenta céntimos de su diario regalo. Era invierno, o empezaba, y yo me alimentaba con castañas asadas, con torrijas y algún *diccito* de vino blanco en una taberna de la calle del Príncipe, frente al pasadizo de la Vi-



Felipe Sassone en su barrera de la plaza de toros de Madrid



situación, que se llamaba El Gato Blanco.»

En la novela corta y en el cuento, Felipe Sassone da rienda suelta a su vena literaria. Empezaba con «Aímas de fuego», «Viendo la vida», «En carne viva», y termina, ya en 1943, con «Currita Valdés». Total, 18. Unas editadas por Gregorio Pueyo, otras por El Cuento Semanal, otras por la Novela Corta, por La Novela de Bolsillo, Saenz Calleja, Los Novelistas, La Novela de Noche, Editorial Familia...

Aquí está, en sus obras novelescas más que en ninguna otra, la exquisitez, el garbo, el donaire, la riqueza y la exactitud de su prosa castellanísima; de esa prosa de la que él no quería vanagloriarse, pero que le situaba —ahí están sus inolvidables artículos—, entre los gramáticos de la más auténtica primera fila.

EL VERSO Y EL HOMBRE

Francés, compañero, amigo y coetáneo del escritor fallecido, escribía de Sassone el mismo día de su muerte:

«... poesía lírica... ah, ¿qué decir de esta lírica de Sassone apenas conocida del gran público? Recordamos de una noche en que saliendo entramos de la casa de «A B C», al tibio calor semiestival de una noche acuosa, me recitaba en la soledad de la calle de Serrano un poema suyo, aglisisimo, cortado y cortante como si fuera de perfectas vértebras, o de perfectos y yambos helénicos, en que

describía el rumor de máquina loca de las calles de Nueva York. Yo no he oído en mi vida nada que cumpla con más exactitud los valores precisos y humildes de la figura de dición que se llama onomatopeya. En el orden del «lieder» sentimental, tenía aciertos de poesía callada, o voz baja que eran admirables.»

En el año 1954 recoge en un solo tomo —«La canción de mi camino»— todos sus versos; aquellos versos que eran, según frase suya, «rimas del corazón».

*Todo está en mí, todo soy yo, la
de esta vida que exalto y que me
todo el mundo está vivo
y todo el mundo muere
en mí ser sensitivo
que escoge y que prefiere.*

*Todo el sufrir humano, en los
está que no realizo;
todo el placer, entre los labios ro-
donde mi sed de amor se satisfizo:
todo el azul está en mis ilusiones,
todas las melodías en mi canto,
todas las iras en mis maldiciones,
toda la caridad en mis oraciones
y todas las ternuras en mi llanto.*

*Capaz del bien y el mal, santo y
pecador y mortal, bipedo impune,
en mi espíritu humano se resume
la sensibilidad del universo.*

Estos eran sus versos y esta era, también, su personalidad.

Sassone fue un gran conferenciante. En segundo término puede verse a Jacinto Benavente, gran amigo de Sassone

EL TEATRO, FUNDAMENTO DE SU VIDA

El teatro, desde luego, fue el fundamento de mi vida. Afiliado a la «claque» de Miguel Berdajes, cierto día en que estrenaba «La escuela de las princesas», su autor, que más tarde sería inolvidable amigo, tuvo ocasión de conocerle.

«El jefe de la «claque» enfermó de un resfriado que le impedía salir de noche y delegó en mí la dirección de sus huestes alabarderas en el estreno de la comedia de don Jacinto Benavente, «La escuela de las princesas». En el ensayo general, durante el segundo entreacto, me llamó el autor y audí a hablarle en el pasillo, que estaba en penumbra de tal suerte que don Jacinto no pudo reconocermé ni acordarse de mí. Tampoco yo me di a conocer, para dejarle en libertad de ordenarme cuanto quisiera; y él me preguntó mis impresiones sobre la calidad de la obra y el éxito que pudiera augurarle, y lo hizo con tanta insistencia y tan sencilla curiosidad que, vencido por su franqueza, hube de indicarle cómo confiaba en un triunfo rotundo después del segundo acto si abreviaba su final suprimiendo unas frases y alterando la colocación de otras. Estaba presente el empresario, que fue después mi

inolvidable amigo Tirso Escudero; y protestó contra lo que juzgaba una insolencia de mi parte; pero don Jacinto, dulce, comprensivo y amable insistió en oír mi parecer, hizo las correcciones que yo indicaba y dispuso que se ensayase de nuevo el final tal como yo lo había querido."

Instruidas las huestes de la "claque", el triunfo fue enorme. Benavente le invitó a tomar café en El Gato Negro y le ayudó para que Sassone pudiera estrenar en el teatro Príncipe Alfonso, de

Madrid, su primera obra en un acto, "El último de la clase".

Era el año 1910. Desde entonces hasta el año 1951, Felipe Sassone estrena 48 obras. Los teatros de Madrid, Buenos Aires, Salamanca, Santander, son testigos del éxito de las noches de estreno.

Entre los títulos: "Lo que se llevan las horas", "La princesa está triste", "La señorita está loca", "La vida virgen", "La rosa del mar", "La noche es el alma", "Calla, corazón", "La entreteni-

da", "Hidalgo", "Volver a vivir", "La maricastaña", "Un minuto y toda la vida", "Yo tengo veinte años" y "Espera", la última en el teatro Pereda, de Santander.

Su matrimonio con María Pailou, la actriz eximia—segundas nupcias, ya que antes había estado casado Sassone dos años con Amelia Marote—, le convierte también en director de su propia compañía.

De la calidad y del puesto de Sassone en el teatro español ha escrito Marquerite:

"Sobre el ensayo y el cuento y la novela y el poema y cualquier otro género literario y periodístico de quien supo cultivar todos "con destreza, gala y brío", estaba el teatro. No entendidado de una manera prudente, cauta y fragmentaria, sino de un modo absorbente y total: para concebirlo y realizarlo, como autor y como director, como intérprete e incauso como empresario y organizador de gira y de aventura, para vivirlo, en suma, aspirando a pleno pulmón el aire gozoso o tormentoso, libre o violado, derrotado o victorioso de la farándula.

De Felipe Sassone se recordarán sus dramas y sus comedias, acogidos unos, con aire dannunziano; rientes las otras, llenas de picardía y de malicia, con tipos, situaciones, frases, color y ambiente, y siempre, hasta las obras más débiles, más precipitadas o encariñadas, con la huella de un auténtico escritor. Pero al mismo tiempo nadie, y menos la gente que milita en la Orden de Talía, podrá dejar de evocar sus anécdotas innumerables, sus frases, salidas y ocurrencias, como aquella vez que compareció ante el público "para recoger los silbidos, lo mismo que en otras ocasiones los aplausos", o aquella otra en que asombró a los cómicos en un ensayo con una demostración nunca vista."

CONFERENCIANTE, ENSAYISTA, CRITICO DE TOROS

Al salirnos de lo literario simplemente la página de Sassone se agiganta en su amor a España. Ahí están sus actividades y sus campañas en tierras de América, a favor de la verdadera España en los años anteriores a 1936; la odisea de su refugio en la Embajada de Chile, en el Madrid rojo, su marcha como protegido por Gobierno extranjero al Perú, sus charlas en Hispanoamérica en favor de la España Nacional, su regreso a España, su corresponsalia en Roma, su etapa de colaborador asiduo en EL ESPAÑOL de la primera época, sus artículos en "ABC", en "La Vanguardia", sus colaboraciones en Radio Nacional.

Tiempos, los últimos para recordar, escuchándole en las tertulias, sus dotes magníficas de conferenciante, tantas veces explicadas, su agudeza como ensayista, su afición a los toros, de la que últimamente ejercía la crítica en el periódico catalán.

Personalidad diversa, personalidad profunda, Felipe Sassone, peruano, agregado cultural de su país en España, ha muerto teniendo vivo aquel su orgullo: "Un español nacido en Lima."

José María DELEYTO

INVESTIGACION PETROLIFERA

EN la configuración de nuestro futuro petrolífero, los cuatro o cinco años últimos, y especialmente el que ahora concluye, ocuparán un lugar destacadísimo, casi decisivo.

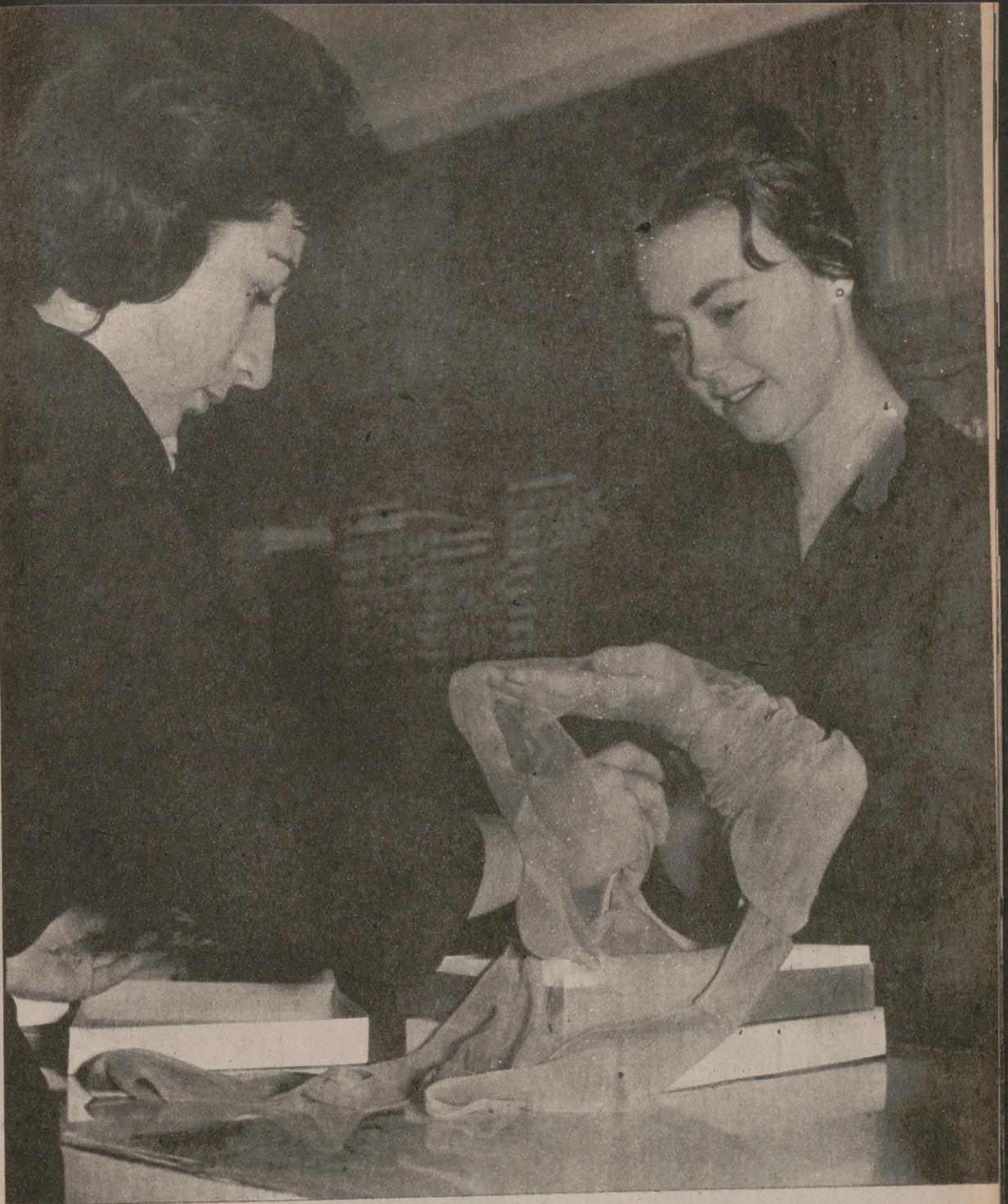
En los cuatro o cinco años últimos, efectivamente, el ritmo de las prospecciones petrolíferas en nuestro país se ha acelerado de un modo sustancial. Para algunos espiritistas excépticos, que nunca faltan, esta aseveración pueda resultar gratuita o extraña. Con toda probabilidad nos hablarían del resultado concreto y positivo obtenido hasta aquí de dichas prospecciones. Pero éste, ciertamente, es un mal planteamiento del problema. Para un dispositivo económico como el español, sobre el que pesa de una manera tan agobiante, tan terriblemente agobiante, la necesidad de importar todo el carburante que le es preciso, el problema no radica exactamente en los resultados obtenidos hasta aquí de dichas prospecciones, sino en que éstas no se hayan llevado a cabo antes, y consiguientemente, en que antes no se haya dilucidado la gran cuestión de si existe o no existe petróleo en nuestro subsuelo.

Este fallo de épocas pasadas es el que se está corrigiendo ahora. Una corrección más, entre tantísimas otras que día a día se están logrando. Pero ésta de la investigación petrolífera, desde un punto de vista económico, es sencillamente trascendental. El desenvolvimiento de nuestra economía exterior es en grandísima parte el resultado de nuestra carencia de petróleo. Más de la tercera parte de las divisas que podemos conseguir con todas nuestras exportaciones hemos de invertir en comprar en el extranjero el petróleo que necesitamos. El déficit de nuestra balanza de pagos, una de las rémoras más pesadas y complejas de toda la economía española, como es bien sabido, está determinado de una manera prefrente por este problema.

La Ley de Hidrocarburos, aprobada por las Cortes ha-

ce unos meses, evidenciaba el propósito que anima al Gobierno español de llegar con la máxima urgencia posible a conclusiones concretas en cuanto a la existencia de petróleo en nuestro subsuelo. Cuando esta Ley fué promulgada se aseguró que con ella se iniciaba una nueva etapa de la historia de nuestro país en cuanto a los problemas de carburantes se refiere. En realidad esa Ley suponía la base jurídica necesaria para que la gran labor de investigación petrolífera pudiera llevarse a cabo. Han transcurrido sólo unos meses, y del acierto de esta disposición tenemos una importantísima prueba en la reciente decisión del Gobierno al conceder treinta y nueve permisos de investigación de hidrocarburos en la Península. Casi millón y medio de hectáreas de las provincias de Navarra, Guipúzcoa, Alava, Burgos, Santander, Barcelona y Lérida serán sondeadas en busca de hidrocarburos en los seis años inmediatos. Más de mil millones de pesetas serán invertidos en ello. Por otra parte, está estudiándose la procedencia de conceder otros veinticuatro permisos solicitados para investigaciones también en la Península, que se extenderían por otras 734.000 hectáreas, y una inversión de 321 millones de pesetas en un plazo igualmente de seis años.

Sería ocioso ciertamente insistir en la trascendencia de estos hechos o, mejor dicho, del resultado de esta amplia, dinámica y completísima labor investigadora que se va a llevar a cabo por casi todo el noroeste de nuestro país en busca de hidrocarburo. Por lo pronto estas investigaciones proporcionarán trabajo a muchísimos técnicos y obreros durante unos años. Si el resultado fuese positivo, si al fin se descubriese el petróleo que nuestra economía necesita de manera tan insoslayable, puede decirse que habría llegado una de las horas más positivas y venturosas para el futuro de la economía española.



MUJERES DE MEDIO MUNDO LLEVAN MEDIAS ESPAÑOLAS

GRAN DEMANDA EXTRANJERA DE
NUESTROS ARTICULOS DE NYLON

LAS "MICROMESH", ULTIMA PALABRA DE LA TECNICA

UNA tienda de la Gran Vía madrileña; son las cinco de la tarde, hora clave para hacer compras.

Las señoras acuden a los llamativos escaparates acogiéndose a la clásica metáfora de mariposas a una bombilla encendida en medio de una impenetrable oscuridad. Muchas sienten la tentación de un modo tan fuerte que del escaparate, pasan la puerta, y entran. Algunas de estas tiendas son únicamente de artículos de nylon; y preferente son medias las que ocupan los estantes.

Cualquier mujer pide su talla, escoge el color y finura con sumo cuidado y después sale satisfecha de su compra, sin pensar en que esas medias que tan feliz le hacen en el momento, han costado un sinfín de manipulaciones antes de ir a adornar su pierna.

Ninguna mujer, si no está en el

secreto puede llegar o pensar cuánto trabajo ha costado su capricho. Las complicaciones inherentes a la singular e insustituible media de nylon son múltiples; incluso hoy día en que la maquinaria se ha perfeccionado, los procesos son tan mecánicos que la mente femenina dada a ensoñaciones y vaguedades se niega a pensar en ello.

La industria nacional de medias reviste anualmente una gran importancia. Ella sola basta para abastecer plenamente el mercado nacional y surtir muchos de los extranjeros.

Una cosa quizá poco conocida por los profanos es que la media española goza de fama en todo el mundo. Su calidad y colorido son altamente apreciados.

La mayor parte de los países que ocupan los primeros puestos en la producción de medias son superados por nuestras medias en algo muy especial y particular: la fantasía. La gama de colorido tan extensa y tan varia en cada temporada sólo puede crearla una mente meridional, para atender exigencias de mujeres meridionales. En principio, las damas de países nórdicos son de aficiones más sencillas, no les agrada el pensar en combinaciones de colores entre medias, trajes, bolso, etc. Pero luego, ¡ah!, luego que lo ven ya creado, es tan indudable la atracción por lo bonito, por lo «glamour» que, sin ninguna duda, se dirigen hacia la fantasía; dejarían

de ser femeninas si no les ocurriera tal cosa.

El número uno en la importación de medias españolas lo ostenta Inglaterra, la rubia Albión con su gran producción industrial prefiere, sin embargo, la media española. Otras muchas naciones llevan medias nuestras, entre ellas Holanda, Turquía, Suiza y a través de estas dos últimas pasan incluso a Rumanía y Hungría, Polonia y Checoslovaquia.

Ninguna o casi ninguna de nuestras compradoras habituales de las cinco de la tarde llega siquiera a imaginar que otra mujer a cientos de kilómetros estará pensando lo mismo que ella: en el éxito estético que puede proporcionarle la prenda.

DOS HORAS BASTAN PARA HACER UNA MEDIA

Unas medias, dedicándose por entero a ello y haciendo una operación tras otra sin más preocupación que el dedicarse a ese par, puede salir completamente acabada en dos horas.

Claro está que con esta dedicación a cada par, la media saldría carísima. Un proceso normal y organizado, lleva un tiempo de seis semanas desde que la materia prima entra en fábrica hasta que el artículo sale presto para la venta.

Los sistemas actuales de fabricación son dos: Las abiertas y las cerradas. El procedimiento y maquinaria es totalmente distinto para cada una de ellas.

Las salas de máquinas que hacen las medias abiertas son grandes, largas, las máquinas también lo son. Recuerdan los antiguos telares en que se hacían aquellos eternos paños que se vendían en el arca por lo bueno.

Ahora delante de cada telar ya no hay un paciente tejedor que lentamente vea pasar las horas y el hilo. Ahora es un solo hombre quien atiende a muchos telares, y ya no pasan las horas con lentitud, sino los minutos rápidos y trepidantes como el ritmo de vida actual.

En estas salas todo había de dinamismo, el rítmico ruido de la maquinaria, el moverse de las piezas blancas que luego serán medias, el obrero que vigila atento el menor fallo. No es quietud lo que inspira, sino movimiento y deseo de crear.

Estas máquinas en un principio se fabricaban de cuatro posturas, es decir, que aproximadamente cada tres cuartos de hora, dos pares de medias estaban listas para el acabado. Hoy se han ampliado a 24, a 32 y a 38 posturas. En España las más corrientes son las de 32. Estas máquinas son tanto o más sencillas de manejar que las primitivas de cuatro. Un solo hombre puede perfectamente atender una y hasta dos de ellas.

Estas medias serán las que luego quedarán con «costura». De aquí pasan al proceso de cerrar. Las máquinas en que se cierran están en otras salas y ya manejadas por mujeres que con una rapidez increíble van cogiendo medias, pasándolas por la aguja que hace la costura y dejándolas en el lado opuesto; todo ello a un ritmo vertiginoso. No es fácil ser una buena obrera en esta materia; al ver pasar la media y salir cosida en cuestión de segundos da todo ello impresión de facilidad; no es así, se tarda en llegar a la perfección, incluso seis meses de continuo ejercicio.

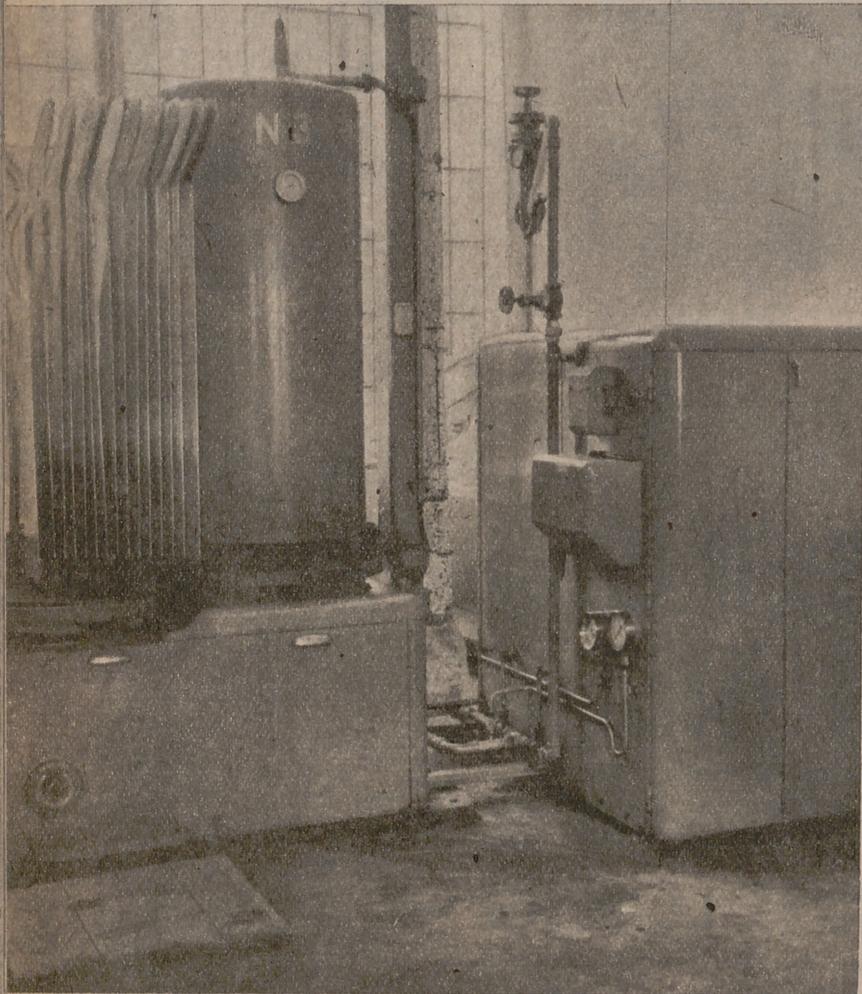
En las medias sin costura no existe tanto problema en el cierre, sin embargo, su fabricación es mucho más difícil y costosa.

Las salas de máquinas de estas últimas tienen otro aspecto distinto, son más recogidas, cada máquina es pequeña, alta y cilíndrica, sólo puede hacer una media. Todo el ambiente está impregnado de una húmeda frialdad, pues para que la factura sea perfecta las máquinas han de estar a una temperatura y humedad adecuadas.

De aquí esta media sale lista a falta solamente de cerrar la puntera, cosa que se hace en aparatos también distintos a las de con costura y con procedimientos más complicados, ya que hay que encajar cada punto en su aguja sin dejar fuera ninguno.

En la fabricación de medias nada es accesorio ni descuidable. Todos los detalles son fundamentales. En cualquier otra manufactura de tejidos, una pequeña falta puede pasar desapercibida. Aquí, el hilo ha de ser del grosor prescrito. El más mínimo enganche hace que se conviertan en artículo de saldo. Una carrera mal cosida, un defecto en el tinte, una desigualdad en el talón por pequeña que sea, saldo.

Es, pues, delicadísimo todo el proceso de manipulación en esa



Sección de planchado en una fábrica de medias



Las medias españolas son solicitadas en gran número de países extranjeros

tela de araña tan imprescindible que es la media.

Después han de ir al primer paso. En una tabla larga y plana pintada de negro, una empleada va metiendo las medias una a una y las examina concienzudamente; al menor defecto son apartadas. Luego se transportan hasta unas largas filas de obreras que sentadas en pequeñas sillas tienen a su lado una especie de cesto de labor repleto de medias a repasar manualmente. Parecen las antiguas estampas de mujeres cosiendo al sol los calcetines de la familia.

Una de las pruebas de resistencia más curiosas es la de una armadura con forma de pierna que ensancha y estira al máximo la malla; cualquier punto falso o el más mínimo enganchón saltaría.

Una vez hechas todas las comprobaciones posibles, las medias pasan a plancha. Una hilera de piernas metálicas planas aparecen junto a un gran aparato especie de autoclave.

Parece que nos encontramos en un salón futurista, las medias

todavía blancas enfundan las rígidas armaduras y sugieren un «ballet» del siglo veintitantos o más bien una representación de otro planeta. La entrada y salida de las medias en la máquina planchadora sugiere también un escenario. En la parte izquierda se colocan esperando turno. En un tiempo ya medido, las puertas de la máquina se abren con un pequeño y seco chasquido. Los pares de «piernas» enfundadas que estaban dentro van saliendo a ritmo lento y pausado por la derecha, mientras que por el lado contrario entran las que esperaban turno.

Estas máquinas son totalmente automáticas y actúan siempre a una temperatura y humedad precisadas cuidadosamente.

LA GRAN IMPORTANCIA DEL COLOR

La última fase importante del proceso es el tintado.

Las primeras materias para los tintes suelen importarse, principalmente de Alemania, de Inglaterra y de América. Sin embar-

go, la elaboración de ellos, el combinado de colores y la creación de nuevos matices es genuinamente español.

La imaginación y buen gusto de nuestros especialistas es inseparable; en una pequeña habitación de la fábrica se reúnen estos magos del color para combinar, pensar, añadir un poco de verde o un poco de rojo. Todo por la consecución de un máximo de belleza en su labor. Nunca pensamos la mujer, que un nuevo color del que nos encaprichamos puede haber costado semanas de esforzado interés por parte de algunos hombres.

Los colores varían en cada temporada y el conseguir nuevos matices cada vez más bellos es tarea impuesta a la imaginación cambiante y renovadora de estos artistas del color.

Las salas de tinte tienen la apariencia un poco de laboratorio de antiguo alquimista y por otro de una vulgar nave de lavadoras



Máquinas de rematar para el acabado perfecto

mecánicas; todo depende del espíritu con que se entre en ellas.

Las medias todavía blancas, con remembranzas de uniforme de enfermera, son medidas en pequeñas bolsas de un material distinto al nylon.

Estos tintes tienen de curioso que son especiales para el nylon y se da el caso de estar viendo dar vueltas en un tambor una tintada en negro y que las bolsas que encierran las medias siguen totalmente blancas. Lo que inmediatamente piensa el profano es que el tinte está mal y las medias saldrán también blancas;

pues, no, salen de un delicioso color negro impecable, ya que la bolsa que las envolvía era de otro material distinto.

En estas máquinas el tejido se reparte por igual en todas las prendas pese a estar apelotonadas en las bolsas, los movimientos rotativos son primero a la derecha y luego a la izquierda, de esta manera no se condensa el color en una sola parte.

Cada máquina está cargada con un color distinto que previamente se escogió por los expertos.

Una vez acabado el tinte se vuelven a vestir en hormas como las que se usaron para planchar y aquí se procede al secado, pero ya sin presión.

Después de secas van a la sección de acabado. Allí colocadas en grandes pilas pasan por unas mesas cuya parte superior es de cristal translúcido y la imagen está iluminada. La media se transparenta perfectamente y con ella cualquier defecto que se haya producido en las anteriores operaciones.

Ya vistas, pasan a la clasificación por parejas, han de encontrar su pareja exacta en tamaño, altura del talón, grosor de la costura y mil detalles más.

Un último repaso en las máquinas de hacer desaparecer enganches o pequeñísimos defectos y por fin la presentación.

Una empleada va pasando una plancha templada sobre calcomanías colocadas en la parte alta de la media, y así queda la marca de la casa. Se doblan y después de ponerlas el marchamo se introducen en estuches o en bolsas de plástico, según el gusto y el posterior coste de la prenda.

El almacén es el punto final en esta accidentada marcha de una simple y sencilla media a través de máquinas y manos. ¿Verdad, amigas, que no imaginábamos tantas complicaciones?

LA ÚLTIMA PALABRA

La última palabra en medias son las «micromesh». Son sin costura, de aspecto más mate que las corrientes y, sobre todo, duran mucho más.

Se hacen entrecruzando los hilos de tal manera que el hacer en ellas una «carrera» es difícilísimo.

La resistencia es tal que llega

PREVISION Y SEGURIDAD SOCIAL

De la eficiencia y amplitud de nuestro mutualismo laboral hemos tenido una nueva prueba, un nuevo testimonio, gracias a las recientes declaraciones del Subdirector General de Mutualidades Laborales, formuladas en una importante Asamblea de esta organización. Según estas declaraciones, nuestras Mutualidades Laborales abonaron a sus afiliados durante el año 1958, en concepto de prestaciones y subsidios, 2.200 millones de pesetas. Casi 600.000 de sus afiliados se beneficiaron de estas prestaciones. Pero para quien conozca, aunque sea someramente, la estructura y el funcionamiento de nuestras Mutualidades Laborales está perfectamente claro que su labor no queda circunscrita a la concesión de las prestaciones referidas. El crédito laboral y los préstamos para viviendas son otra importantísima faceta de su

actividad, de significación y alcance no menos importantes desde todos los puntos de vista.

Toda la geografía humana española está hoy día efectivamente integrada en nuestro ágil y eficiente dispositivo de seguridad social. Apenas nos damos idea del asombro con que nuestros conciudadanos de hace un cuarto de siglo habrían reaccionado ante el proyecto, ante el intento o ante la promesa de que iba a montarse un dispositivo de seguridad social a su servicio de las proposiciones y de la calidad del que hoy funciona en España. Posiblemente hubieran reaccionado, al menos muchos de ellos, interpretando esa promesa como una burla más, en las que aquellos tiempos eran tan pródigos. No obstante, en la España actual existe ese sistema de seguridad social, un sistema de seguridad social que

sólo en un año concede prestaciones por casi 2.300 millones de pesetas, prestaciones que alcanzan a unos 600.000 españoles; un sistema de seguridad social que ampara real y efectivamente a toda la masa trabajadora, desde el primer técnico hasta el más modesto peón, en todos los avatares e infortunios de la vida. En España el trabajo, gracias a nuestra seguridad social, a esta seguridad social creada y montada en los cuatro últimos lustros, se halla protegido, amparado, a cubierto de todas las contingencias previsibles, y el trabajador, al final de su vida o en sus infortunios, se encuentra respaldado por unas instituciones de previsión que pueden alinearse, sin duda alguna con gran ventaja, con las más modernas y eficientes de cuantas se conocen y existen hoy en el mundo entero.

a ser como la de una malla doble; sin embargo, los pequeños agujeros que van quedando entre los hilos hacen que en la pierna la transparencia sea igual o mayor que en las corrientes de 15 deniers.

No hay carreras, no hay enganches, apenas un pequeño agujerito cuando el accidente ha sido francamente violento. Esto las mujeres no podremos pagarlo con nada; ningún hombre puede pensar la satisfacción que supone y la seguridad que da el llevar un par de medias impecables con la garantía de que continuarán siendo impecables el resto de la jornada pese a quien pese.

Los colores son los mismos y el aspecto exacto a los corrientes, pero la confianza mucho mayor.

Las fábricas en España son, pues, de las más completas y perfectas del mundo; hable si no la demanda extranjera en estos artículos. Estas fábricas se encuentran repartidas por todo el suelo peninsular y preferentemente en Cataluña. En Madrid hay una muy importante, la de J. Magro y Cía., y otra en construcción en Barajas.

Todas ellas se desviven por superarse en atender la demanda femenina, que también se supera cada vez más en exigir fantasía y calidad.

LA MODA Y LAS MEDIAS

Hasta hace unos años la alta costura parecía que no se ocupaba mucho del capítulo medias. Hoy vemos los escaparates llenos de esos nombres que conmueven a toda mujer como algo maravilloso y tentador: Christian Dior, Balenciaga, Nina Ricci...

En ningún modelo se descuida hoy el acoplamiento de las piernas al tono del traje y sombrero.

Los colores cambian mucho en cada temporada, lo actual nos lleva hacia los tonos misteriosos e indefinidos. Los grises ya no son real y totalmente grises, un pequeño matiz castaño les hace más sugestivos y más variados en su escala.

Todos los tonos últimos tienen una nota común, es la ligera tendencia rojiza que da encanto a la pierna. Estos tonos parece como si estuvieran ideados por la alta costura, ya que a lo que mejor se adaptan es a los trajes de gran vestir, aunque igualmente se pueden llevar para caca.

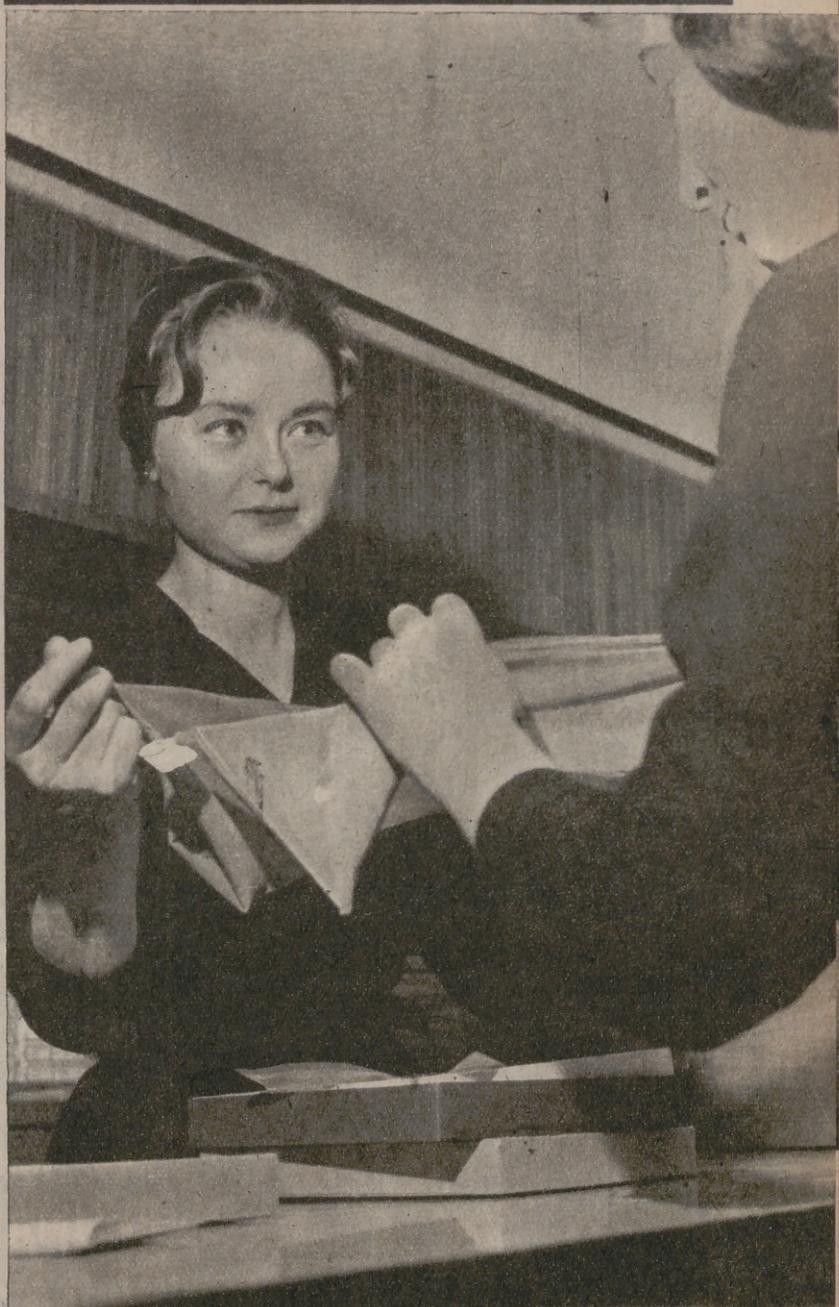
Vemos, pues, que las medias es algo de mucho más valor del que podríamos imaginar; los cuidados que se tomaron para ofrecérselas perfectas no pueden ser despreciados en ningún modo. Es obligación incluso moral el cuidarlas, casi mimarlas para que su buen aspecto y duración lleguen al máximo. Nunca se acercarán a los radiadores para su secado, el excesivo calor les perjudica. Y, sobre todo, nada de uñas rotas ni tratos bruscos. Merecen toda nuestra consideración y debemos ofrecérsela.

Encarnación MORENO

(Fotografías Aumente y Henecé)



Una batería de medias después de salir de la plancha



La hora de escoger color y forma, una operación siempre delicada para la mujer

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

MUJERES DE MEDIO MUNDO
LLEVAN MEDIAS ESPAÑOLAS

GRAN DEMANDA
EXTRANJERA
DE NUESTROS
PRODUCTOS
DE NYLON

LAS "MICROMESH",
ULTIMA PALABRA
DE LA TECNICA